

Hombre y Sociedad

GUIA DIDACTICA



EDITORES

José Alcántara Almánzar
Antonio Menéndez Alarcón

**Hombre
y Sociedad**
GUIA DIDACTICA

Hombre y sociedad

GUIA DIDACTICA

Editores:

José Alcántara Almánzar
Antonio Menéndez Alarcón

INSTITUTO TECNOLOGICO DE SANTO DOMINGO
Santo Domingo
1989

Este libro se publica como material de apoyo educativo para uso exclusivo de los estudiantes del curso "Hombre y Sociedad" del Instituto Tecnológico de Santo Domingo. Por lo tanto, no estará a la venta para el público en general.

Los conceptos emitidos en esta obra son responsabilidad exclusiva de los autores.

Hombre y sociedad : guía didáctica / Editores José Alcántara Almánzar, Antonio Menéndez Alarcón. -- Santo Domingo : INTEC, 1987. 200 p.

I. Antropología social 2. Sociología I. Alcántara Almánzar, José, ed. II. Menéndez Alarcón, Antonio, ed.



306
CEP/INTEC

© 1987

Reimpresión 1989

Portada Susie Gadea

Impreso por
EDITORIA CORRIPIO, C. POR A.
Calle A esq. Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, República Dominicana

Impreso en República Dominicana

Contenido

INSTRUCCIONES GENERALES	1
UNIDAD I	
EL ESTUDIO CIENTIFICO DEL HOMBRE Y LA SOCIEDAD	3
Cuestionario de autoevaluación	31
Respuestas	33
UNIDAD II	
EL HOMBRE Y SU EVOLUCION	35
Cuestionario de autoevaluación	52
Respuestas	54
UNIDAD III	
LA CULTURA	57
Cuestionario de autoevaluación	88
Respuestas	91
UNIDAD IV	
PERSONALIDAD Y SOCIALIZACION	95
Cuestionario de autoevaluación	105
Respuestas	107
UNIDAD V	
LA ESTRUCTURA Y LA ORGANIZACION SOCIALES .	111
Cuestionario de autoevaluación	128
Respuestas	130

UNIDAD VI	
ESTRUCTURA Y PROCESOS ECONOMICOS EN EL	
MUNDO MODERNO	135
Cuestionario de autoevaluación	162
Respuestas	163
UNIDAD VII	
LOS CONFLICTOS Y LOS CAMBIOS SOCIALES	165
Cuestionario de autoevaluación	187
Respuestas	189

Instrucciones generales

La *Guía Didáctica de Hombre y Sociedad* es un instrumento de aprendizaje preparado por el Equipo de Trabajo del Área, con la finalidad de que completes tu formación a través del autoaprendizaje y la autoevaluación.

Antes de iniciar los ejercicios de cada unidad, debes tener en cuenta lo siguiente:

- Lee cuidadosamente los objetivos generales y específicos.
- Realiza todas las actividades que se indican en cada unidad.
- Consulta y estudia los materiales didácticos de tu libro de texto *Hombre y Sociedad*, y los que aparecen en cada unidad de esta *Guía*.

Para la ejecución de los ejercicios, debes seguir las instrucciones que se te indican.

Cuando realices los ejercicios, puedes verificar tus respuestas al final de cada unidad.

Si no puedes responder correctamente las preguntas, entonces realiza nuevamente las lecturas que se recomiendan en la unidad, esta vez con más detenimiento y profundidad.

No pases a una unidad nueva si no respondes como es debido a por lo menos el 80% de las preguntas.

Podrás responder a los cuestionarios individualmente, o, si lo deseas, con algunos de tus compañeros de grupo.

UNIDAD I

El estudio científico del hombre y la sociedad

Objetivos generales:

1. El estudiante establecerá las diferencias entre el saber que proviene del sentido común, la intuición y la tradición, y el conocimiento científico.
2. Asociará el conocimiento científico con la aplicación de métodos precisos en los que predomina la objetividad y la evidencia empírica.

Objetivos específicos:

1. El estudiante describirá qué es el hombre en su esencia social e histórica.
2. Definirá y correlacionará el concepto de hombre y sociedad.
3. Identificará las dificultades del estudio del hombre como ser social.
4. Establecerá la particularidad del conocimiento científico con respecto a las demás formas de aprehensión de la realidad que posee el hombre.
5. Discriminará la especificidad de lo social frente a lo natural, su correlación y las diferencias que se dan entre las leyes que rigen una y otra área de la realidad.
6. Valorará la importancia de las ciencias sociales.
7. Describirá las principales etapas del proceso de investigación científica en las Ciencias Sociales.
8. Destacará las dificultades del proceso de investigación científica y su especificidad con respecto a la investigación en las Ciencias Naturales.

Actividades:

1. El estudiante escuchará la exposición del profesor en clase.
2. Realizará luego las siguientes lecturas: Capítulos 1 y 2 del libro

Hombre y Sociedad, titulados: "El estudio de la sociedad" (pp. 13-24) y "La teoría sociológica" (pp. 25-50)

3. Participará en las discusiones que se organicen en clase, tomando como base las lecturas recomendadas en el párrafo anterior.

4. A continuación presentamos un texto de Horton y Hunt, titulado "La ciencia y la búsqueda de la verdad". El estudiante leerá dicho texto antes de realizar los ejercicios del cuestionario de autoevaluación.

LA CIENCIA Y LA BUSQUEDA DE LA VERDAD

Paul B. Horton y Chester L. Hunt*

Un patólogo, después de elaborar un prelado, coloca el portaobjetos debajo del microscopio y gradúa las lentes cuidadosamente. Un destacamento de guerreros purari vigila con atención mientras coloca la canoa en el agua, pues, a no ser que balancee, la expedición no tendrá éxito. Un hombre se baja de un automóvil nuevo, corta una rama en forma de horquilla y la lleva de un lado a otro sosteniéndola encima del suelo, mientras una cuadrilla de hábiles cavadores permanece cerca, esperando a cavar donde la rama dice que se encontrará el agua. Una mujer en Peoria, inquieta por la suerte de su hija que no ha cumplido aún los veinte años, pide a Dios consejo. Un médico hojea las páginas de un libro de texto de parasitología tratando de identificar la extraña erupción en la piel de un enfermo. Un senador examina el último escrutinio de la opinión pública mientras pregunta cómo va a votar sobre el proyecto de ley de los arrendamientos.

Cada una de estas personas está tratando de encontrar una guía. Sus problemas varían y las fuentes donde van a buscar la verdad son distintas. ¿Dónde hallará el hombre la verdad? ¿Cómo puede saber si la ha encontrado? Durante el millón de años, más o menos, que lleva de vida sobre la Tierra, el hombre ha ido a buscar la verdad a muchos sitios. ¿Cuáles son algunos de ellos?

* *Sociología*. México: Mc-Graw Hill Latinoamericana, 1977

Algunas fuentes de verdad

La intuición

Galeno, un famoso médico griego del siglo II, hizo un diagrama detallado del cuerpo humano mostrando exactamente por dónde podía atravesarse sin que surgiera ninguna herida mortal. ¿Cómo sabía cuáles eran esos puntos vulnerables? Simplemente los conocía. Es verdad que había aprendido mucho sobre la anatomía humana a base de sus propias observaciones y de las de sus colaboradores; pero, además de esto, se fiaba de la intuición que le advertía cuáles eran las zonas mortales en el cuerpo del hombre. La intuición es como una llamarada de luz interior (verdadera o falsa) cuyo origen no puede identificar o explicar totalmente el que la recibe. Hitler confió enormemente en su intuición, para desesperación de sus generales. Su intuición le advirtió que Francia no iba a combatir por la zona del Rin, que Inglaterra no lucharía por Checoslovaquia, que Francia e Inglaterra no iban a combatir por Polonia, y que Inglaterra y Francia abandonarían la lucha cuando él atacase a Rusia. Acertó en las dos primeras intuiciones y se equivocó en las dos últimas.

A la intuición se pueden atribuir muchas hipótesis brillantes, que después se comprueban por otros métodos.

Quizá la importancia mayor de la intuición radique en la formación de la hipótesis. Como fuente de conocimiento, de conclusiones, la intuición resulta menos satisfactoria. Es cierto que algunas veces es como un salto sutil que nos lleva hacia una conclusión válida, que se fundamenta sobre una masa de experiencia y conocimiento recordados a medias. Pero ¿cómo puede comprobarse este conocimiento intuitivo? A menudo no lo puede ser. Anaximandro propuso su teoría de la evolución en el siglo VI antes de Cristo, pero sólo en el siglo XIX pudieron los hechos determinar que esta teoría era cierta en lo fundamental. Un conocimiento intuitivo frecuentemente no puede comprobarse en el momento mismo en que se presenta. Algunas veces no se puede probar de ninguna manera o, al menos, no se puede hacer hasta que ya es demasiado tarde, como descubrió Hitler al final.

La autoridad

Hace dos mil años Galeno sabía más acerca de la anatomía humana que ningún otro ser humano de su tiempo: hasta el año 1800, los médicos le citaban todavía como una autoridad. Aristóteles afirmaba que se podía añadir un cubo de agua a un cubo de cenizas

sin que se saliese y dos mil años después, un estudiante que se hubiese atrevido a sugerir que esta afirmación debía probarse, hubiera sido reprendido por su insolencia. Durante muchos siglos el pensamiento creador fue dominado por la autoridad aristotélica, puesto que desde el momento en que una autoridad tiene razón, todas las ideas disidentes han de estar equivocadas. La autoridad no descubre nuevas verdades, pero puede impedir que se descubra o se acepte una nueva verdad.

A pesar del peligro que puede tener la autoridad, no podemos prescindir de ella. Cuando la acumulación de los conocimientos se hace demasiado grande para que pueda ser asimilada por un solo hombre, debemos confiar en los especialistas que han recopilado los conocimientos que son fiables sobre un campo en particular. Una autoridad es una fuente necesaria y útil de conocimiento —en el campo en que es precisamente una autoridad—. La ciencia no reconoce autoridades sobre “las cosas en general”.

Una autoridad puede ser de varias clases. La autoridad sagrada se apoya en la creencia de que cierta tradición o documento —la Biblia, el Corán, los Vedas— es de origen sobrenatural. O bien en la creencia de que un cierto grupo o institución —los médicos, los sacerdotes, la iglesia— recibe continuamente una asistencia sobrenatural. La autoridad profana no procede de la revelación divina, sino de la percepción humana. Puede ser de dos tipos: la autoridad profana científica, que depende de la experiencia empírica, y la autoridad profana humanística, que se basa en la creencia de que ciertos “grandes hombres” poseían una extraordinaria intuición acerca de la conducta humana y la naturaleza del universo. La búsqueda de la verdad por la consulta de los “grandes libros” es un ejemplo del uso que se hace de la autoridad profana humanística.

En algunos campos — asistencia jurídica y psicológica, viajes espaciales, sanidad y régimen alimenticio, por ejemplo—, muchos de los que se llaman autoridades, pero que no tienen una autoridad profesional adecuada, han armado un gran alboroto. La más reputada de las autoridades se vuelve necia e incompetente, si se sale del campo de su especialidad. Un general que pontifica sobre la prevención del crimen, un hombre de negocios que patrocina una moda alimenticia, un médico que dogmatiza sobre los problemas laborales — todos ellos se ponen en ridículo—, y también ponen en ridículo a sus oyentes.

El profano (y cada cual es profano en todos los campos con excepción del de su especialidad) no tiene ninguna opción; ha de

confiar en la autoridad, puesto que no puede llegar a ser un perito en todas las cosas. Resulta pretencioso mostrarse en desacuerdo con los expertos calificados sobre una cuestión de hecho. El problema que se le plantea al profano consiste en encontrar y reconocer a la autoridad que sea profesionalmente competente en la materia que le concierne.

A pesar de todo, ninguna autoridad científica tiene la última palabra sobre el conocimiento humano. El científico respeta la autoridad calificada: pero, sin embargo, pone en duda las afirmaciones básicas y verifica las conclusiones. Un hombre que se tiene por experto en un campo determinado merece que se consideren seriamente sus puntos de vista, pero el peso de la autoridad no cierra la puerta a una posible investigación ulterior. La autoridad científica de hoy podrá ser la base para los estudios de investigación en el futuro. Así, el conocimiento va progresando convirtiendo implacablemente las conclusiones "finales" de hoy en el punto medio de las de mañana y en guías que a lo largo del camino harán posible la expansión del conocimiento.

La tradición

De todas las fuentes de verdad, la tradición es una de las más alentadoras. Aquí se acumula la sabiduría de las edades y al que la desprecia se le acusa de sinvergüenza o de loco. Si una pauta de conducta "ha surtido efecto" en el pasado, ¿por qué no seguir usándola?

La tradición, sin embargo, no sólo conlleva la sabiduría sino también la palabrería vana de los tiempos. La tradición es la buhardilla de la sociedad y está abarrotada de toda clase de instrumentos útiles y de restos inservibles. Buena parte de lo que se llama "experiencia práctica" consiste únicamente en repetir los errores de nuestros antepasados. Una de las tareas de la ciencia social es la de deslindar de nuestro folklore lo verdadero de lo que es meramente antiguo.

El sentido común

Durante miles de años el sentido común de la gente hizo creer que la tierra era plana, que los objetos grandes caían más rápidamente que los pequeños, que la piedra y el hierro eran materias totalmente compactas y que el verdadero carácter de una persona lo revelaban sus rasgos faciales; sin embargo, hoy sabemos que ninguna de estas afirmaciones es cierta.

Cuando no sabemos de dónde vienen nuestras ideas o en qué se fundamentan las llamamos a veces “sentido común”. Al denominarlas “sentido común”, no tenemos que probarlas, porque habrá otros que se afiliarán también al autoengaño colectivo de dar por sentado que ya han sido probadas. Si uno exige una prueba, se le hace saber que la idea ha sido comprobada por la experiencia. El término sentido común pone una fachada respetable delante de todas las nociones de las que no se puede aducir un conjunto sistemático de evidencia.

Lo que a menudo pasa por sentido común consiste en la acumulación de las adivinaciones colectivas, de los presentimientos o de las experiencias nacidas de los errores de un grupo. Muchas de las afirmaciones del sentido son fragmentos indudables, reales y útiles de conocimiento. “Más apaga buena palabra que caldera de agua” y “cada oveja con su pareja” son observaciones prácticas sobre la vida social. Pero otras muchas conclusiones del sentido común se basan en la ignorancia, en el prejuicio y en una interpretación equivocada de los hechos. Cuando los europeos en la Edad Media observaron que los pacientes con fiebre no tenían piojos, mientras que mucha gente sana los tenía, llegaron a la conclusión por sentido común de que los piojos curaban la calentura y, por consiguiente, esparcieron piojos sobre los pacientes con fiebre. Pensaban que los piojos continuarían allí hasta que la fiebre cediese. El sentido común, lo mismo que la tradición, conserva tanto la sabiduría como los despropósitos de la gente. La misión de la ciencia consiste en desentrañar los unos de los otros.

La ciencia

Únicamente en los últimos dos o tres siglos, el método científico ha llegado a ser un modo común de buscar respuestas al mundo natural. Pero sólo muy recientemente la ciencia se ha convertido en una fuente de conocimiento acerca del mundo social del hombre: con todo, en este breve período en que empezó a confiar en el método científico, el hombre ha aprendido más que en los diez mil años anteriores. Esa espectacular explosión del conocimiento, que se ha producido en el mundo moderno, va a la par con el uso que el hombre hace del método científico. ¿Por qué este método resulta tan fecundo? ¿En qué difiere de otros métodos que también buscan la verdad?

**La investigación científica
ha descubierto:**

Ningún sexo es superior al otro en cuanto a las aptitudes intelectuales heredadas.

Los catarros los producen ciertos virus, si bien la exposición al frío puede disminuir la capacidad de resistencia del organismo.

No existe relación entre los rasgos faciales y las características de la personalidad.

No hay ninguna conexión entre desnudez y conducta moral, según se advierte al comparar los distintos tipos de sociedades.

La honradez de una persona en una situación determinada dice muy poco sobre cuál va a ser su conducta en otra ocasión diferente.

Los grandes delincuentes han sido castigados de niños, mucho más severamente que otros que no lo son.

El grupo de los genios o de los que casi lo son, está por encima del término medio en cuanto a salud, adaptación emocional y nivel económico.

No hay evidencia que relacione la literatura pornográfica con una conducta sexual reprochable.

Los científicos no encuentran ninguna evidencia convincente de las diferencias en las capacidades raciales innatas.

**La tradición y el sentido
común dicen:**

Los hombres son superiores intelectualmente a las mujeres.

Los catarros se producen por enfriamiento y por tener los pies mojados.

El carácter de las personas se refleja en la cara.

El traje que revela induce a una conducta inmoral.

Un hombre que hace trampas en las cartas hará fraudes en los negocios.

Quien bien te quiere te hará llorar.

El genio o el casi genio es enfermizo, intratable, inconstante y desafortunado.

La literatura pornográfica promueve los crímenes sexuales y las perversiones.

La raza negra tiene especial talento para la música, pero es inferior intelectualmente.

Características del conocimiento científico

La evidencia verificable

El conocimiento científico se basa en la evidencia verificable. Entendemos por evidencia las observaciones concretas de los hechos que otros observadores pueden ver, pesar, medir, contar o comprobar en busca de exactitud. Podríamos pensar que esta definición es obvia y que ni siquiera se debía mencionar; pues la mayoría de nosotros tiene ciertas nociones de lo que es el método científico. Sin embargo, hace sólo unos pocos siglos, los estudiantes de la Edad Media sostenían largos debates sobre el número de dientes que tenía un caballo en la boca; sin molestarse en mirarle la boca para contárselos.

En este momento se nos ocurre una inquietante pregunta metodológica “¿Qué es un hecho?” Aunque la palabra parece, en principio, simple, no es fácil distinguir un hecho de una ilusión que se comparte ampliamente con los otros. Supongamos que definimos el hecho como un juicio descriptivo acerca del cual todos los observadores calificados están de acuerdo. De acuerdo con esta definición, los fantasmas de la Edad Media fueron un hecho, puesto que todos los observadores medievales convenían en afirmar que los fantasmas eran reales. No disponemos, por lo tanto, de ningún medio que nos permita asegurar que un hecho es una descripción exacta y no simplemente una impresión equivocada. La investigación sería más fácil si los hechos fueran evidencias seguras y firmes. Como no lo son, lo mejor que podemos hacer es admitir que el hecho es un juicio descriptivo de la realidad que los científicos, después de un examen y comprobación cuidadosa, están de acuerdo en creer que es cierto.

Puesto que la ciencia se basa en la evidencia verificable, sólo puede estudiar aquellos problemas en los que se puede obtener una evidencia fiable. Preguntas como “¿Hay un Dios?”, “¿Cuál es el fin y el destino del hombre?” o “¿Qué hace que una cosa sea bella?” no constituyen problemas científicos porque no pueden estudiarse de un modo positivo. Estas cuestiones pueden ser terriblemente importantes, pero el método científico no dispone de instrumentos con propósitos para manipularlos. Los científicos pueden estudiar las creencias acerca de Dios, o del destino del hombre o de la belleza, o de cualquier otra cosa y han de estudiar las consecuencias personales y sociales de tales creencias; pero estos son estudios de la conducta humana que no intentan aclarar la verdad o el error de tales creencias.

La ciencia, pues, no tiene respuesta para todo, y muchos problemas importantes no pueden calificarse como cuestiones científicas. El método científico es nuestra fuente más fidedigna de conocimientos positivos sobre la conducta humana y el universo natural; pero la ciencia, que depende de una evidencia verificable y experimental, no puede responder a las preguntas sobre el valor o la estética, o el propósito y significado final, o los términos sobrenaturales. Las respuestas a tales preguntas han de buscarse en la filosofía, en la metafísica o en la religión.

Cualquier conclusión científica representa la interpretación más razonable que se ha hecho de toda la evidencia disponible, pero más adelante puede surgir una evidencia nueva. Por eso, la ciencia no consta de verdades absolutas. La verdad absoluta es aquella que se considera verdadera en todos los tiempos, lugares o circunstancias. Las verdades científicas sólo son suposiciones que están sujetas a la revisión a la luz de una nueva evidencia. Algunas conclusiones científicas (por ejemplo, la de que la tierra es un esferoide, o la de que las tendencias connaturales están condicionadas por la cultura) están basadas en un cúmulo tan grande y consistente de evidencia, que los científicos dudan de que puedan ser descartadas por un nuevo descubrimiento. Sin embargo, el método científico requiere que todas las evidencias se sometan a nuevo examen cuando un nuevo hallazgo lo exige.

Esta receptividad a la nueva evidencia es cosa fácil de decir, pero no de mantener. Los científicos son seres humanos y, a pesar de la objetividad que se les exige, a veces se niegan a examinar una nueva evidencia si contradice las tradiciones científicas establecidas. Los colegas de Galileo se negaron a mirar a través del telescopio y ver las lunas de Júpiter. Lavoisier sostenía burlescamente que las piedras (meteoritos) no podían caer del aire porque no las había allí en lo alto; todos los científicos de la Academia de París calificaron el fonógrafo de Edison de superchería porque decían que la voz humana no podía reproducirse a través de un disco. La circulación de la sangre de Harvey, los microbios de Pasteur, el descubrimiento de Simmelweis de que la fiebre del sobrepeso la traían consigo los médicos, eran rechazados por sus colegas muchos años después de su descubrimiento. Un estudio reciente (Warner, 1938) descubrió que muchos de los psicólogos que desestimaron los descubrimientos de Rhine sobre la percepción extrasensorial no habían leído ninguna de las investigaciones que había publicado. Es tan difícil mantener una actitud abierta al examen de una nueva evidencia, que incluso muchas veces ni los científicos pueden conseguirla.

La neutralidad ética

La ciencia es conocimiento y el conocimiento puede emplearse de distintas maneras. La fisión atómica puede utilizarse para dar energía a una ciudad o para incinerar una nación. Cada uso del conocimiento científico implica una selección entre varios valores. Nuestros valores definen aquello que es lo más importante para nosotros. La ciencia nos enseña que el exceso en el comer y fumar cigarrillos acorta nuestra esperanza de vida. Pero ¿puede la ciencia decirnos qué tipo de vida debemos escoger ya sea larga o una más disipada? La ciencia puede responder a preguntas de hechos, pero no puede probar que un valor es mejor que otro.

Entonces, la ciencia es éticamente neutral. Mientras la ciencia busca el conocimiento, los valores de la sociedad determinan la forma cómo se va a emplear este conocimiento. El conocimiento sobre una bacteria puede utilizarse para conservar la salud o para librar una guerra bacteriológica. El conocimiento que se tenga de un grupo organizado se puede utilizar para conservar la democracia o para establecer una dictadura.

Puesto que la ciencia es éticamente neutral, no existe ningún campo de la investigación que sea demasiado sagrado como para no explorarlo. Con frecuencia los descubrimientos científicos destruyen mitos venerados, socavan las instituciones establecidas y retan los valores alabados. Cuando Vesalio sentaba las bases de la anatomía mediante la disección del cuerpo humano, se vio obligado a robar tumbas para tener cadáveres que disectar, pues la gente consideraba que el cuerpo humano era demasiado "sagrado" para cortarlo. Los estudios de Kinsey sobre el comportamiento sexual humano efectuados hace algunos años y los estudios más recientes de Masters y Johnson (1966; 1970) levantaron un coro de protestas de aquellos que consideraban que el comportamiento sexual humano era "demasiado íntimo" como para investigarlo científicamente. Pero para la ciencia no existe ningún tipo de preguntas "impropias". Cualquier pregunta sobre la cual se pueda verificar la evidencia es una pregunta conveniente para la ciencia. La ciencia actúa bajo la creencia de que, si el conocimiento científico socava las creencias, instituciones y prácticas establecidas, entonces estas ciencias, instituciones y prácticas necesitan ser revisadas.

Aunque la ciencia puede ser éticamente neutral, no lo son los científicos. Cada científico tiene su propio sistema de valores al que no puede divorciar totalmente de su trabajo. Tal vez no debería hacerlo. Hay un fuerte debate entre los científicos respecto a si sus

disciplinas científicas deberían emplearse en una búsqueda neutral del conocimiento o lograr ciertos objetivos sociales. Por ejemplo, ¿debería aceptar el físico la tarea de desarrollar una bomba más mortal o un sociólogo mostrarle a un gobierno opresivo y antidemocrático cómo mantener en la esclavitud a su pueblo? Estas preguntas se discutirán en el próximo capítulo en una sección sobre los papeles que juega el sociólogo.

La observación — la técnica básica del método científico

La palabra “evidencia” surge súbitamente en todas las discusiones sobre el método científico. ¿Qué es la evidencia y dónde se encuentra? La evidencia proviene de toda clase de hechos verificables y se adquiere a través de la observación científica. Observación científica no es lo mismo que mirar simplemente las cosas. Nos pasamos la vida contemplando las cosas, pero esta actividad no quiere decir que seamos observadores científicos: es más, una vida entera dedicada a matar moscas, no nos hace entomólogos. ¿En qué se diferencia la observación científica de una simple ojeada a las cosas?

La certeza

La observación científica es cierta. El observador científico ha de ser extremadamente cuidadoso y asegurarse de que las cosas son como las describe. El juicio, “Mi patio está lleno de árboles muertos”, es de una certeza dudosa a menos que un experto hubiese comprobado que los árboles estaban muertos y no en un estado simplemente latente. O bien la aseveración “Las familias son más numerosas de lo que solían ser” resulta poco precisa. ¿Dónde y en qué proporción son las familias más numerosas que lo fueron y cuándo? Si decimos “La proporción de familias en Norteamérica que tienen cuatro o más niños ha crecido de un modo considerable en la pasada década”, esta aseveración resulta más exacta. Comprobar totalmente, tal es el precio que se paga si se quiere conseguir la certeza científica.

La precisión

La observación científica es precisa. La aseveración, “Mi patio está lleno de árboles muertos”, no es precisa aun cuando pueda ser exacta. ¿Qué significa “lleno de árboles muertos”? Si dijéramos “Todos los árboles de mi patio están muertos” o “Hay veinte árboles muertos en mi patio”, la aseveración ganaría en precisión. Mientras

que la certeza se refiere a la verdad o corrección de una inferencia, la precisión alude al grado o medida. Si la afirmación anterior que hicimos sobre las familias, se corrigiese así, "La proporción de familias en Norteamérica que tienen cuatro o más niños crece de un 6.6 por ciento en 1948, o un 8.6 por ciento en 1972", la conclusión resultaría más precisa.

En un experimento de laboratorio, el científico pesa, mide, cuenta o regula el tiempo de cada experimento. Una fórmula que dijera, "Tomé un poco de agua salada, añadí una pizca de sulfato de cobre y un poco de ácido nítrico, lo dejé enfriar un momento...", sería casi inútil. ¿Qué cantidad de agua? ¿Hasta qué punto de caliente? ¿Cuánta sal, cobre, sulfato y ácido? ¿Se enfrió durante cuánto tiempo y a qué temperatura? A menos que sea totalmente precisa, una observación tiene un valor limitado para la ciencia.

Puesto que la obra científica busca la precisión, el científico ha de evitar el lenguaje colorista y extravagante. En tanto que la literatura trata de despertar los sentimientos del lector, la ciencia sólo aspira a comunicar una información exacta. Las líneas de Tennyson: "En cada momento muere un hombre y nace otro", es buena literatura. Para que fuera buena ciencia, debería escribirse: "En todo el mundo, según datos de 1972, cada 0.5956 segundos, en promedio, muere un hombre, una mujer, o un niño; cada 0.2448 segundos, en promedio, nace un niño". Un escrito literario puede ser intencionalmente vago, impreciso y fantástico e incitar al lector a preguntarse lo que quiere significar (por ejemplo, si Hamlet estaba verdaderamente loco o no). El vuelo dramático del novelista y la imaginación provocativa del poeta, estarían en cambio fuera de lugar en un escritorio científico. Con todo, una buena obra científica no debe ser aburrida, ni ha de fatigarnos con un cúmulo insufrible de detalles mal ordenados. El escritor científico ha de ser claro, fácil de entender para el lector calificado y tiene que mantener el interés a través de una serie de hechos significativos e interpretativos

¿Cuánta precisión se necesita? Esto depende de lo que estemos estudiando. Al medir átomos, la millonésima parte de una pulgada puede ser un error muy grande, mientras que en una estación agrícola de experimentación una variación de varios pies será a lo mejor insignificante. Un sociólogo observa la conducta de una multitud compuesta de varios cientos de personas sin contarlas, al igual que un entomólogo describe un "gran enjambre de abejas", sin saber cuál es su número. La ciencia, sin embargo, aspira siempre a conseguir toda la precisión que exige el problema particular que estudia. Si las

condiciones de la observación hicieran imposible este grado de precisión, el científico debe aplazar sus conclusiones hasta tanto pueda reunir observaciones más precisas.

El sistema

La observación científica es sistemática. La observación científica define un problema y después ha de trazar un plan organizado que le permita reunir los hechos en torno a él. Supongamos la cuestión a debatir, ¿Cuál es la proporción media de alumnos que se casan mientras están en la Universidad y abandonan los estudios, en comparación con la de los estudiantes solteros? Uno puede tratar de contestar a esta pregunta intentando recordar simplemente los estudiantes que ha conocido; pero este número resultaría pequeño y no sería representativo, pues nuestra memoria es imperfecta. Las conclusiones basadas en recuerdos casuales no son muy de fiar. Si nuestro plan de investigación incluye la comprobación sistemática de las actas de la universidad de varios miles de estudiantes, entonces sí que podríamos decir que la media que damos de estudiantes casados a solteros que abandonan los estudios, está basada en datos positivos. Pero, a menos que estos datos se hayan reunido como parte de un programa sistemático y organizado de observaciones científicas, es probable que estén llenos de errores y que sean incompletos. Las anécdotas, los recuerdos personales, las impresiones de una conferencia con proyecciones pueden sugerir una hipótesis que vale la pena comprobar; pero ningún científico sentará una conclusión sobre tales datos.

El registro de datos

La observación científica debe ser registrada. La memoria del hombre es notoriamente falible. Los datos que no se registran no son seguros. Ningún científico de laboratorio intentará rememorar un experimento detallado. Ha de transcribirlo totalmente, registrando cada operación y reacción, de tal modo que sus procedimientos y hallazgos pueden ser conocidos con certeza y comprobados por otros científicos.

En el campo de la conducta humana, no es tan forzosa esta necesidad de que la observación sea registrada. Supongamos que un catedrático dijera: "Ha aumentado mucho últimamente el número de mujeres estudiantes que se especializa en este ramo del saber; pero, aunque algunas llevan a cabo un trabajo excelente por término medio, no pueden equipararse en este campo con los estudiantes

hombres". ¿Qué ha querido decir exactamente este catedrático? A no ser que, en efecto, haya recordado y computado los tantos por ciento de los dos grupos, lo que está diciendo de hecho es, "He recordado mentalmente el nivel medio de cientos de mis alumnos, y he añadido y computado mentalmente los tantos por cientos de los estudiantes varones y hembras: y he descubierto que la media que daban las mujeres era inferior a la de los hombres". Es indudable que una proeza tal de la memoria es imposible. Todas las conclusiones basadas en el recuento de una masa de datos no registrados, no son de fiar. De hecho, estas conclusiones que se apoyan en simples recuerdos son totalmente inútiles, porque generalmente expresan los prejuicios del observador, que se han manifestado en una conclusión científica. Puesto que la memoria es imperfecta, las cosas a menudo las "recordamos" de la manera que preferimos que hubieran sido, más que como fueron. El prejuicio, la creencia fundada en los deseos más que en los hechos y la actitud habitual, operan para tergiversar nuestras observaciones de modo que se adapten a nuestras preferencias. Es muy importante, por lo tanto, que la evidencia obtenible se registre lo más pronto posible: mientras más tarde el observador en registrar la observación, mayores serán las probabilidades de que se tergiverse la información por las preferencias, prejuicios y creencias. Los relatos siguientes de una catástrofe, según fueron referidos por uno de los supervivientes, demuestra cambios sucesivos que introduce el tiempo.

Los recuerdos que tiene el hombre sobre sí mismo no son de fiar. Un mes después del hundimiento del "Litch" interrogué a los supervivientes por segunda vez. Las historias habían variado en algunos casos radicalmente. Cuando el barco explotó todos consideraban honorable y admisible el hecho de salvar su propio pellejo. Más tarde, al acercarse a la civilización y a la sociedad normal, muchos hombres recordaron cosas nuevas: cómo, por ejemplo, habían luchado por salvar a los otros con riesgo de sus propias vidas.

Las notas sobre un señalero que tomé diez minutos después de que fuese rescatado, decían: "Después que salté, nadé lo más rápidamente posible. Nadé cara al viento, según nos había usted recomendado. No tenía chaleco salvavidas y estaba muy asustado. Vi a alguien que flotaba con la cabeza debajo del agua. Era el señor X. Tenía la espina dorsal partida. Lo podía adivinar por la extraña forma en que sobresalía formando un ángulo justo debajo del cuello. Pensé para mí que si estaba muerto no tenía objeto que malgastase el salvavidas. Le quité el chaleco y me agarré de él. No sé lo que ocurrió con el cuerpo del señor X".

Cuando me entrevisté con el mismo hombre un mes después, me dijo: "Nadé lo más rápidamente y lejos posible del barco. Nadé cara al viento como usted nos había recomendado. Vi a alguien que flotaba con la cabeza debajo del agua. Era el señor X. A pesar de que tenía el espinazo roto y la cabeza hundida me figuré que quizá el médico podría hacer algo por él. Saqué su cabeza fuera del agua y le anudé al chaleco salvavidas debajo de la barbilla de modo que la cabeza se sostuviese en el aire. Pataleé por el agua durante una hora, agarrándome al chaleco salvavidas del señor X sólo para descansar un rato de vez en cuando. Vi una balsa a unas cinco yardas de distancia. Pensé que quizá el doctor o algún miembro del hospital podría venir en ella. Nadé hasta allí. No había ningún médico. Remamos hacia donde había estado el señor X, pero no encontramos señal de él".

Me encontré al señalero en una calle de Washington hace un par de meses —cinco años después de que el "Litch" se hundiese—. Su historia había variado más. Ahora era él, el señalero, el que tenía el chaleco salvavidas. Cuando vio que el señor X tenía la espina dorsal rota se quitó el chaleco salvavidas y se lo puso al oficial lisiado. "Sabía que estaba muerto, pero me imaginé que quizá habría una posibilidad entre mil de que se pudiese salvar. Era mi deber tratar de ayudarlo, de modo que le dí mi chaleco salvavidas". (Tomado de William J. Lederer. *All the Ships at Sea*. New York: William Morrow and Company, Inc., pp. 203-204. Se reimprimió con la autorización de Harold Ober Associates Incorporated, 1950).

La objetividad

La observación científica es objetiva. Esto significa que hasta donde sea humanamente posible la observación no debe ser influida por las creencias, preferencias, deseos o valores del observador. En otras palabras, objetividad significa la facultad de ver y aceptar los hechos como son, no como uno desea que sean. Es muy fácil ser objetivo cuando observamos algo sobre lo que no tenemos preferencia o valores. Es muy fácil estudiar objetivamente las formas de apareamiento de la mosca de la fruta, pero menos fácil observar la conducta del ser humano con una gran imparcialidad. En todos aquellos asuntos en que nuestras creencias, hábitos y valores están involucrados, estamos expuestos a ver lo que está de acuerdo con nuestras necesidades y valores emocionales. Pocos norteamericanos, por ejemplo, podrían relatar una descripción detallada de la distribución del trabajo dentro del sistema familiar poligámico sin incluir

muchas palabras y frases que revelarían su desaprobación. Si una serie de observaciones científicas se cuentan objetivamente, el lector no podrá saber si al observador le gusta o no lo que está refiriendo. Sin embargo, muchos experimentos han demostrado que aun nuestras más simples observaciones están afectadas por nuestros sentimientos y esperanzas. Por ejemplo, en una investigación (Harvey, 1955) muchos observadores consideraron que un disco que llevaba impreso el nombre de "Eisenhower" tenía palabras más grandes en tamaño que otros discos similares con nombres sacados de la guía telefónica. Otros estudios semejantes han demostrado que los niños pobres ven el tamaño de las monedas más grande que los niños de familias acomodadas, y juzgaron que un pedazo de tela verde en forma de hoja era más verde que un pedazo de la misma tela que tenía la forma de un asno.

Muchas situaciones que deberían ser problemas puramente científicos, suscitan violentas controversias porque consideramos que es difícil ser objetivos o aún no sabemos si somos objetivos o no. El problema de si ¿los cigarrillos que se fuman producen cáncer del pulmón? no es insoluble desde el punto de vista científico: sin embargo, cada nuevo estudio provoca una reacción racional más amarga. Los datos que se tienen no son todavía enteramente concluyentes y dejan el campo abierto a los distintos prejuicios de las partes interesadas. La industria del tabaco que puede sacar una montaña de conclusiones de un montoncito de evidencias científicas, cuando prepara sus anuncios publicitarios, insiste continuamente en que necesitamos más evidencia para llegar a una conclusión en este asunto.

Los fumadores de cigarrillos que tienen más interés en defender, practican también el hábito nuevamente adquirido de suspender todo juicio hasta que se disponga de más datos válidos. Algunos ardientes impugnadores de los cigarrillos acogen cada nuevo estudio como prueba final de lo que han "sabido" desde el principio. En este asunto, pocos son los desinteresados y los que pueden ser totalmente objetivos. Ser objetivo es quizá la más difícil de las obligaciones científicas. No es bastante que se esté dispuesto a ver los hechos como son, se debe también saber cuáles son los propios prejuicios, si quiere uno prevenirse contra ellos. Un prejuicio es, simplemente, una tendencia, generalmente inconsciente, de ver los hechos de una cierta manera, motivada por nuestros deseos, intereses y valores. Así, en un incidente racial un observador ve a una persona blanca insultar o maltratar a un negro, donde otra ve a un negro que actúa insolente y provocativamente. Un observador considera que los negros de Nor-

teamérica defienden valerosamente sus derechos democráticos, mientras otro juzga que lo que hacen es provocar disturbios de una "manera desatinada".

Pocas veces "los hechos" son tan indiscutibles que un prejuicio no pueda falsearlos. La percepción selectiva es una tendencia a ver y oír aquellos hechos que confirman nuestras creencias y menosprecian las de los otros. Muchos experimentos han demostrado que la gente que observa un incidente racial verá y escuchará sólo lo que desea ver y escuchar.

Si lo que esperamos ver no está allí, ¿nosotros lo vemos de todos modos! Fue lo que se demostró de un modo dramático en un famoso experimento (Allport y Postman, 1945) en que a los observadores se les enseñaba la imagen de un hombre blanco vestido toscamente que blandía una navaja abierta y discutía violentamente con un negro bien trajeado, que se mantenía en una actitud apologetica y conciliatoria: después se pidió a los observadores que describieran la escena. Algunos de ellos "vieron" la navaja en las manos del negro, donde contaban que estuviera. Después, al contarse unos a otros la descripción de la escena (A la refirió a B, que a su vez se la refirió a C, y así sucesivamente), pronto los observadores pusieron la navaja en la mano del negro, donde "convenía que estuviera". Aunque no se habían sentido emocionalmente involucrados en el incidente, aunque habían tenido mucho tiempo para estudiarlo y habían hecho un esfuerzo consciente para ser exactos en lo que veían y referían u oían, los prejuicios inconscientes del observador llevaban, sin embargo a muchos de ellos a ver u oír un hecho que no estaba allí.

Si el estudiante duda de que la gente ve y ve a menudo lo que espera ver y oír, se puede hacer un sencillo experimento. En una reunión se recibe a cada invitado que llega con una amplia sonrisa, un cordial apretón de manos, murmurando al mismo tiempo, "lamento verle hoy a usted por aquí", y se despide de cada invitado que se va con un "me alegro de que se marche tan pronto". Muchos oirán lo que esperaban oír, no lo que se dijo en realidad. Esta es la razón de por qué si nuestro prejuicio nos hace creer que los negros son perezosos, los judíos emprendedores, los hombres de negocios fulleros y los policías brutales, veremos muy pocas veces lo que está en desacuerdo con nuestras expectativas. El prejuicio es como un cedazo que sólo permite que pase lo que se supone que va a pasar. El prejuicio criba nuestras percepciones admitiendo, por lo general, en la conciencia aquellos hechos que sólo concuerdan con nuestros prejuicios.

Por lo tanto, podemos decir que la amenaza más común a la objetividad es el interés creado, el hábito y el prejuicio. La objetividad no la consigue un observador fácilmente, pero puede adquirirse con la práctica. Uno puede llegar a ser objetivo cuando se vuelve consciente de sus prejuicios e intenta hacerse cargo de cuáles son. A través de un riguroso aprendizaje de la metodología científica, a través del estudio de muchos experimentos y de la anotación de muchos casos de empleo objetivo y no objetivo de los datos, un observador puede desarrollar con el tiempo una cierta aptitud para abrirse paso a través de muchas capas de autoengaño y poder percibir los hechos con un grado mayor de objetividad científica. El científico cuenta además con otro poderoso aliado —la crítica de sus colegas—. El científico publica su obra de modo que ésta pueda ser revisada por otros científicos que no compartan sus prejuicios y que consideran el problema desde otro punto de vista diferente. Este proceso de publicación y crítica significa que el trabajo falsificado acabará por desmascararse con el tiempo, y que el científico que permite que sus prejuicios determinen la utilización que va a hacer de los datos, estará expuesto a severas críticas por sus colegas.

Cuando escribe sus observaciones, el científico utiliza un lenguaje objetivo. Por ejemplo, consideremos las siguientes afirmaciones:

La creciente intervención militar norteamericana en Vietnam estuvo acompañada de más frecuentes manifestaciones por la paz y de un creciente debate público en torno a la sensatez de esta política.

La creciente agresión norteamericana en Vietnam levantó un coro de indignación contra nuestra arrogante y brutal negativa de autogobierno para el pueblo Vietnamita.

Nuestra creciente decisión de impedir que el comunismo esclavizara a Vietnam fue arrasada por el enorme furor de nuestros simpatizantes del comunismo y los conciliadores de una paz a cualquier precio.

La primera de estas declaraciones está escrita en el lenguaje neutro y descriptivo del científico social, mientras que las otras dos están rabiosamente parcializadas. Los escritos polémicos pueden ser apropiados en el debate, mas no en la ciencia.

En años recientes han aparecido publicaciones polémicas en las reuniones anuales de las sociedades profesionales, como la American Sociological Association, y en los nuevos periódicos dedicados a la

sociología "radical". En estas publicaciones la objetividad, la neutralidad y la pasión rigurosa por la exactitud son secundarias cuando se lanzan generalizaciones, acusaciones estridentes y hay un impulso apasionado hacia la acción social. Esto no quiere decir que el método científico esté cambiando. Por el contrario, refleja un debate, que surge corrientemente en todas las ciencias, en torno a si el fin principal de sus autores es el conocimiento científico o la acción social [Horton y Bouma, 1971].

La observación preparada

La observación científica es realizada por observadores entrenados. Un millón de personas observan el sol y la luna girando rápidamente a través del cielo, pero sólo los observadores más preparados poseen ciertos conocimientos que les indican que esto no es exactamente lo que ocurre. Un observador inexperto no sabe lo que ha de buscar ni cómo tiene que interpretarlo. No conoce las trampas que le llevarán a una conclusión falsa, ni está plenamente consciente de las jugarretas que pueden ocasionarle sus limitaciones y prejuicios. Los relatos más terroríficos acerca de los fenómenos sobrenaturales los cuentan, por lo general, personas incultas y no preparadas y los expertos los desestiman. Cuando se refiere alguna observación interesante el científico necesita saber: (1) ¿Cuál es el nivel general de cultura y preparación del observador? ¿Pertenece a un grupo social marcado por la superstición, o viene de gentes bien informadas y algún tanto escépticas? Los fantasmas, los sortilegios, la magia y otros acontecimientos sobrenaturales son hechos que ciertos grupos juzgan muy reales pero que otros consideran un divertido disparate. (2) ¿Qué conocimientos especiales o educación ha recibido en este campo especial? ¿Posee la suficiente instrucción como para saber si el conocimiento tendría una explicación perfectamente natural? Así, un biólogo entre los pasajeros de un barco estará menos expuesto a ver un monstruo marino que los miembros de la tripulación, y el meteorólogo ve menos platillos voladores que la gente que no tiene un especial conocimiento de los fenómenos atmosféricos.

En la actualidad se está explotando el interés público por los fenómenos físicos y ocultos. Un libro que clama que las plantas tienen conciencia y responden a los sentimientos humanos se ha convertido en un best seller [Tompkins y Bird, 1973], aunque los científicos por lo general no se impresionan, y no existen informes auténticos de que alguien haya "odiado" la hierba en el césped. Un mago de salón de tiempo completo, Uri Geller, está captando en la

actualidad gran atención como mentalista e incluso ha llegado a impresionar a un grupo de físicos del Instituto de Investigaciones de Stanford [*Science News*, 20 de julio de 1974, p. 46]. Pero los físicos y otros científicos, no son observadores que estén preparados para el engaño mediante un juego de manos. Estos magos consideran que los científicos son tan fáciles de engañar como cualquier otro, y por lo general descartan a Geller y otros mentalistas como directores de espectáculo por carecer de poderes físicos [Weil, 1974, *Business Week*, 26 de enero de 1974, pp. 76-78]. Es lógico que un "observador preparado" deba ser entrenado en la clase particular de observación que esté dirigiendo. Muchos acontecimientos ocurren sin que haya un observador científico que los registre. Si cada monstruo marino apareciera ante un grupo de ictiólogos, cada fantasma se materializara ante la mirada investigativa de los sociólogos y cada revolución ocurriera en presencia de un equipo de sociólogos, nuestro conocimiento sería más completo. Pero para muchos fenómenos los únicos informes que tenemos son las impresiones casuales de observadores inexpertos que se encontraban allí por casualidad: estos relatos pueden ser interesantes y posiblemente útiles, pero los científicos los deben interpretar con una extremada precaución.

Las condiciones controladas

Una observación científica se lleva a cabo a través de condiciones controladas. Los científicos gustan de los laboratorios, porque son lugares a propósito para controlar el calor, la luz, la presión, los intervalos de tiempo o cualquier otro fenómeno importante. Se habla de experimento científico cuando controlamos todas las variables menos una y después se observa lo que sucede cuando ésta varía. A no ser que todas las variables, excepto una, hayan sido controladas, no podemos estar seguros de cuál es la variable que ha producido los resultados. Por ejemplo, si queremos estudiar los efectos de los fosfatos en el crecimiento de una planta, todos los factores — semilla, suelo, agua, sol, temperatura — tienen que ser los mismos para todas las parcelas de un terreno con muestras: entonces es cuando puede decirse que las dosis variables de fosfatos en las muestras de ensayo son las responsables de los índices diferentes de crecimiento. Esta es la técnica básica de toda experimentación científica: cambiar una de las variables mientras todas las otras se mantienen constantes.

Existen procedimientos para el análisis multivariado que permiten al investigador trabajar con dos o más variables a un mismo tiempo. Pero esto apenas constituye un refinamiento del proceso

básico de mantener constantes las otras variables para medir el impacto de una (o más) de las que se están estudiando.

El fracaso en controlar las variables es un error muy común en el método científico que explica muchas falsas conclusiones. Por ejemplo, hace unos pocos años el empleo de las antihistaminas como remedio contra el catarro, se basaba en varios experimentos según los cuales a la mitad de los pacientes que decían que tenían síntomas de catarro se les daba una píldora blanca que no contenía medicina alguna. Estos fueron el "grupo de control" que se utilizó como base para medir la eficacia de la nueva píldora sobre el grupo de prueba. Los resultados fueron alentadores, pues la mayoría del grupo de prueba referían que sus catarros habían desaparecido. Estos hallazgos se divulgaron de una manera entusiasta, pero poco crítica, en las revistas populares y docenas de fabricantes de "remedios contra el catarro" creyeron que habían alcanzado un gran triunfo repleto de oro.

Estos experimentos se llevaron honradamente, pero una investigación posterior reveló que había habido un error de método. Aunque las personas que acudían en busca de tratamiento estaban convencidas de que se les daba a todas la misma píldora, el médico sabía qué píldora recibía cada uno. Así cuando el paciente contaba los síntomas que había tenido antes y después de tomar la píldora, el prejuicio inconsciente del médico le llevaba al parecer a desvirtuar las informaciones en la dirección que respaldaba los hallazgos que esperaba encontrar. Cuando algún tiempo después se realizó un test nacional sobre la vacuna antipolio de Salk, se tomaron algunas precauciones para salvaguardar contra los prejuicios inconscientes a las personas que llevaban a cabo el experimento. Se numeraron y se registraron en un libro con clave las dosis aparentemente idénticas de vacuna y de píldoras en blanco, de modo que ni los pacientes, ni los médicos que ponían las inyecciones y anotaban cada caso supieran de qué manera había que orientar los informes. Se pudo así conocer que los resultados se debían a la vacuna y no a un prejuicio inconsciente. Los casos de fraude son extremadamente raros entre los verdaderos científicos, pero el prejuicio inconsciente es una eventualidad constante que puede aparecer.

Puesto que los laboratorios son lugares adecuados para controlar las condiciones de la observación, los científicos los utilizan siempre que pueden. Pero muchas cosas que son importantes no pueden llevarse a un laboratorio. Los volcanes y los temblores de tierra no pueden escenificarse en un tubo de ensayo ni podemos estudiar con

toda realidad el proceso de un noviazgo por el hecho de reunir a varias parejas en un laboratorio. Tanto los observadores físicos como los sociales tienen frecuentemente que observar los fenómenos en el escenario natural en que se producen. Las técnicas pueden variar, desde sumergir un batiscafo en el fondo del océano, hasta dar a realizar un cuestionario a un grupo de reclutas del ejército. Si recordamos que el objeto básico de la ciencia es conseguir que las observaciones sean exactas, mientras que los laboratorios, el material, las fichas IBM sólo son las herramientas de trabajo de la observación, esta diferencia entre las distintas técnicas no podrá desconcertarnos.

Puesto que muchos fenómenos tienen que ser observados en su escenario natural —levantamientos, pánicos, desastres, observación de platillos voladores— y a menudo los observadores son inexpertos, al científico le interesa conocer especialmente en qué condiciones fue observado el acontecimiento. ¿Era el observador un circunstante interesado o un participante involucrado emocionalmente? ¿Se encontraba el observador tranquilo, descansado y cómodo, o estaba excitado, aterrorizado, agotado, enloquecido por el hambre o incapacitado de alguna otra manera para la observación exacta? ¿Cuáles eran las condiciones de luz y las otras circunstancias visuales? No nos sorprende que los marineros, que pertenecen por tradición a un grupo supersticioso que frecuentemente padece de aislamiento prolongado, peligro, hambre, sed y agotamiento hubieran escudriñado a través de la espuma del océano o la bruma de la tarde y que hubieran visto sirenas tentadoras y monstruos terroríficos que otros observadores no han podido comprobar.

El crítico científico dará fe a una observación que se refiere sólo si las condiciones de la observación han sido controladas. Bajo este punto de vista, la ciencia se muestra escéptica acerca de las pretensiones del espiritismo y de la adivinación de los pensamientos. Un espiritista puede llevar a cabo una sesión muy convincente en su propio escenario, pero los espiritistas se muestran reacios a realizar una sesión cuando la habitación, el mobiliario y la luz están controlados por un científico. El adivinador profesional de pensamiento resulta muy persuasivo en el teatro, pero rechuye leer los pensamientos bajo condiciones científicamente controladas. Hasta que las sesiones de espiritismo y adivinación del pensamiento no se lleven a cabo en condiciones que excluyan la posibilidad de engaño, los científicos considerarán las unas como un fraude y las otras como un entretenimiento.

¿Acaso no es raro que la mayoría de los que pretenden ver el futuro estén actuando en carnavales o en night clubs en lugar de sobresalir en los millones de Wall Street? ¿Por qué ningún lector de la mente declarado ha ganado un campeonato mundial de ajedrez o de bridge? Si la telequinesia (mover los objetos físicos con el poder de la mente) es real, ¿Por qué no hacen desaparecer los fajos de billetes guardados en cajas fuertes en lugar de ir de un lado a otro con tazas de té y cuellos estirados? Aunque existen informes periodísticos ocasionales respecto a que algún mentalista ha “resuelto” un crimen, ¿acaso no es significativo que los departamentos de policía y las agencias de inteligencia no emplean a tales personas? Aunque se han publicado muchas revelaciones sobre los trucos de los videntes, mentalistas, adivinos, astrólogos y espiritualistas [Barber y Mecker, 1974], parece que sus adeptos son mucho más numerosos en la actualidad que en cualquier época reciente.

En varios aspectos la observación científica difiere de la contemplación de las cosas. Nos pasamos la vida mirando las cosas, y esta actividad es fuente de mucha información, muchas impresiones y numerosas conclusiones. Pero estas conclusiones están desfiguradas por la coincidencia, la memoria selectiva y el prejuicio personal. Por consiguiente, antes de dar una generalización por buena, el observador crítico quiere saber en qué se fundamenta. ¿Esta conclusión se basa en un conjunto sistemático de evidencia científica o es una reacción improvisada o una observación fortuita?

El método de la investigación científica

Un método científico (algunos preferirían decir los métodos científicos) incluye muchas cosas. El científico debe reunir toda la información anterior que pueda encontrar sobre el problema. Después de mucho estudio y observación formula una hipótesis. Una hipótesis es un juicio teórico cuidadosamente elaborado que trata de relacionar unos con otros los hechos conocidos de una manera lógica. La hipótesis se comprueba luego por medio de una investigación científica. Por ejemplo, la hipótesis de que el cáncer es una enfermedad producida por un virus, está basada en un gran número de observaciones que relacionan los hechos conocidos de una manera lógica y se está comprobando actualmente a través de numerosos proyectos de investigación. Con el tiempo una hipótesis se confirma, se rechaza, se revisa, y de esta manera la ciencia progresa.

Hay varios grados en una investigación científica. Son fáciles de catalogar pero no fáciles de seguir.

1. Formular el problema, esto es, encontrar un problema de alguna importancia científica y definirlo de modo que pueda estudiarse científicamente. Supongamos que surge la cuestión de si el hecho de que los miembros de un grupo confraternicen resulta un perjuicio para el éxito académico. Nuestra hipótesis debería ser, "los miembros de un grupo obtienen notas inferiores que los estudiantes que se les equiparan fuera del grupo".

2. Bosquejar el objeto de la investigación, lo que se debe estudiar, qué datos tienen que buscarse, dónde y cuándo han de ser reunidos, elaborados y analizados. En el ejemplo anterior, necesitaríamos seleccionar y emparejar los casos de miembros y no miembros de un grupo, estableciendo grados en los datos seguros y ver qué procedimientos mecánicos y estadísticos podríamos utilizar al analizar estos datos y llegar a las conclusiones.

3. Reunir los datos de acuerdo con el diseño de la investigación. Muchas veces habrá que cambiar ese diseño para soslayar alguna dificultad imprevista.

4. Analizar los datos. Habrá que distribuir en listas, clasificar, comparar y elaborar los datos, hacer los tests o computaciones necesarios que faciliten el resultado.

5. Inferir conclusiones. ¿Ha sido confirmada o rechazada la hipótesis original? ¿Los resultados no son convincentes? ¿Qué ha añadido esta investigación a nuestro conocimiento? ¿Qué nuevas cuestiones y sugerencias aporta a una investigación posterior? ¿Qué consecuencias trae para la teoría sociológica?

Métodos normativos de investigación

El término normativo significa "estar conforme con o apoyar alguna norma o pauta". El método científico de investigación consiste en establecer una pregunta, recoger la evidencia y sacar conclusiones de ésta, no importa que sean sorprendentes o desagradables. En contraste, el método normativo establece la pregunta de una forma tal que implica la conclusión y luego busca la evidencia para apoyar dicha conclusión. Este es el método de "investigación" que la mayoría de la gente utiliza la mayor parte del tiempo y en el cual incluso los científicos caen a veces. Por ejemplo, la pregunta: "¿Cómo impide la familia tradicional el crecimiento emotivo? (o, inversamente, "¿Cómo impulsa la familia tradicional el crecimiento emotivo?"), en realidad establece una conclusión y exige evidencia para sustentarla. La mayor parte del pensamiento popular y una buena parte de la investigación científica son normativos, pues es la bús-

queda de una evidencia para sustentar una conclusión que se ha considerado de antemano. La mayoría de los eruditos marxistas son normativos, pues parten de la conclusión de que la operación de clase es la causa de la mayoría de las enfermedades sociales. Igualmente, la mayoría de la investigación conservadora es normativa, pues parte de la conclusión de que la mayoría de las enfermedades sociales provienen de los defectos personales y de las faltas de los individuos que están involucrados, en tanto que la "investigación" real consiste en un esfuerzo por identificar estas faltas. Las sentencias de la investigación científica necesariamente no son "erróneas", pero siempre son incompletas, pues el investigador busca solamente las clases de evidencia que sustenta la conclusión preconcebida.

La sociología como ciencia

La ciencia puede definirse por lo menos de dos maneras: (1) la ciencia es un conjunto de conocimientos organizados y verificados, que se adquieren a través de la investigación científica; (2) la ciencia es un método de estudio por medio del cual se obtiene un conjunto de conocimientos organizados y verificados. Son, desde luego, dos maneras distintas de decir poco más o menos lo mismo.

Si se acepta la primera definición, entonces la sociología es una ciencia en tanto que desarrolla un conjunto de conocimientos organizados, verificados y fundamentados en la investigación científica. En la medida en que se separa del mito, del folklore y de las creencias fundadas en los deseos más que en los hechos y en que basa sus conclusiones en la evidencia científica, la sociología es una ciencia. Si la ciencia se define como un método de estudio, entonces la sociología es una ciencia, en tanto que usa un método de estudio. Todos los fenómenos naturales pueden estudiarse científicamente, utilizando los métodos científicos. Cualquier tipo de conducta - sea la de los átomos, de los animales o de los adolescentes - es un campo idóneo para el estudio científico.

Pocas acciones de la humanidad, durante una gran parte de su historia, se basaron en un conocimiento comprobado, porque el hombre a través de los tiempos se guió principalmente por el folklore, la costumbre y la conjetura. Hasta hace un par de siglos, muy pocas personas aceptaban la idea de que el hombre debía intentar descubrir el mundo natural por la observación sistemática del propio mundo natural, más que consultando a sus oráculos, a sus antepasados o a su intuición. Esta nueva idea fue la que dio origen al mundo moderno. Hace unas pocas décadas el hombre empezó a actuar bajo la convicción de que tenía que seguir el mismo camino si quería llegar a

conocer algo acerca de la vida social del hombre. Hasta qué punto se ha llegado a sustituir el folklore por el conocimiento en la sociología, es lo que trataremos de ver en los capítulos que siguen.

El desarrollo de la sociología

La sociología es la más joven de las ciencias sociales. Augusto Comte acuñó en Francia la palabra "sociología" en su obra *Filosofía Positiva*, publicada en 1838. Comte consideraba que una ciencia de la sociología debería basarse en la observación sistemática y en la clasificación y no en la autoridad y la especulación. Para aquella época ésta era una idea relativamente nueva. Herbert Spencer publicó en Inglaterra sus *Principios de Sociología* en 1876. Este aplicó la teoría de la evolución orgánica a la sociedad humana y desarrolló una gran teoría de la "evolución social" que fue ampliamente aceptada durante décadas, luego descartada durante varias décadas para, en la actualidad, recuperar una aceptación parcial bajo una forma modificada. El norteamericano Lester F. Ward publicó en 1883 su *Sociología dinámica* en la cual pedía progreso social por medio de la acción social inteligente que debería ser guiada por los sociólogos. Todos estos fundadores de la sociología fueron básicamente filósofos sociales. Proclamaban que los sociólogos deberían recoger, organizar y clasificar los datos objetivos y obtener, en base a estos datos, teorías sociales completas. Pero con mucha frecuencia su método consistía en concebir un gran sistema teórico y buscar luego los datos que lo sustentaran. De este modo, mientras pedían investigación científica, era muy poco lo que hacían al respecto. Incluso dieron los primeros pasos necesarios, pero la idea de una ciencia de la sociología tenía que preceder a la construcción de ella.

Un francés, Emile Durkheim, dio la más notable y primera demostración de metodología científica en sociología. En su obra *Las Reglas del Método Sociológico*, publicada en 1895, esbozó la metodología que luego continuaría en su estudio *El Suicidio*, publicado en 1897. En vez de especular sobre las causas del suicidio, Durkheim hizo primero un plan de su investigación y luego recogió una gran cantidad de datos sobre las características de los suicidas. Con base a estos datos dedujo una teoría del suicidio.

En la última década del siglo pasado aparecieron los cursos de sociología en muchas universidades. En 1895 se inició la publicación del *American Journal of Sociology* y en 1905 se organizó la American Sociological Society (en la actualidad American Sociological Association). Mientras que la mayoría de los sociólogos europeos prove-

nían de los campos de la historia, la economía política o la filosofía, muchos de los primeros sociólogos norteamericanos habían sido trabajadores sociales, pastores o hijos de pastores y casi todos tenían antecedentes rurales. La urbanización y la industrialización fueron creando grandes problemas sociales. Estos primeros sociólogos buscaron, por tanteo, soluciones científicas. Consideraron que la sociología era una guía para el progreso social.

Los primeros volúmenes del *American Journal of Sociology* contenían relativamente pocos artículos dedicados a la descripción científica o a la investigación, pero tenían muchos sermones llenos de exhortación y consejo. Por ejemplo, un artículo bastante típico publicado en 1903, "Los efectos sociales del día laboral de ocho horas", no contiene datos objetivos o experimentales. Sin embargo, está completamente dedicado a relatar todos los beneficios sociales que, según nos lo asegura el escritor, se desprenderán de un día laboral más corto (Mc Bay, 1903).

En cambio, en los años treinta las diferentes publicaciones sociológicas estaban llenas de artículos de investigación y descripciones científicas. La sociología ha llegado a ser un conjunto de conocimientos científicos, con sus teorías basadas en la observación científica y no en la especulación de poltrona o la observación impresionista.

Resumen

En su búsqueda de la verdad, el hombre ha confiado en: (1) la intuición, que va desde la imaginación brillante hasta una simple conjetura; (2) la autoridad, que le indica lo que es cierto; (3) la tradición, que considera verdad lo que durante mucho tiempo ha sido aceptado como verdad; (4) el sentido común, especie de baúl, mundo que lo incluye todo desde la observación fortuita hasta todas o cualquiera de las otras fuentes de verdad, y (5) la ciencia, el método más reciente de buscar la verdad. La ciencia difiere de las otras fuentes de verdad en que, (a) puesto que la verdad científica está basada en una evidencia que se puede comprobar, la ciencia estudia sólo aquellos problemas en que se puede llegar a la evidencia verificable, sin intentar dar una respuesta a muchas preguntas importantes acerca del valor, del fin o de la significación última de las cosas: es más, la ciencia admite que toda verdad científica es de tipo experimental y que está sujeta a revisión a la luz de una nueva evidencia; y (b) la ciencia es neutral desde el punto de vista ético, pues trata de descubrir los conocimientos, pero no de dirigir el uso que ha de hacer de ellos.

La técnica básica de la investigación científica es la observación. La observación científica se diferencia de la simple contemplación de las cosas en que la observación científica es: (1) cierta, pues busca descubrir lo que realmente existe; (2) tan precisa y exacta como sea necesario; (3) sistemática, en un intento por encontrar todos los datos pertinentes; (4) registrable en todos los detalles lo más rápidamente posible, (5) objetiva, libre, hasta donde es humanamente posible, de las tergiversaciones que traen los intereses creados, los prejuicios, o las creencias fundadas en los deseos más que en los hechos; (6) dirigida por observadores experimentados, que saben lo que buscan y cómo lo pueden reconocer; (7) dirigida bajo condiciones controladas que disminuyen el peligro del fraude, autoengaño o interpretación equivocada.

Los grados de un proyecto de investigación científica son: (1) formular el problema; (2) bosquejar el objeto de la investigación; (3) reunir los datos; (4) analizarlos; (5) sacar las conclusiones. Mientras el método científico va de la evidencia a la conclusión, el método normativo, tan popularmente utilizado, comienza con una conclusión y busca una evidencia que la sustente.

Muchas veces se ha discutido si el estudio de las relaciones sociales del hombre es o no una ciencia. La sociología es una disciplina muy nueva, que surgió recientemente de las especulaciones de los filósofos sociales y reformadores sociales del siglo XIX. Puede decirse que estos estudios pasan a ser ciencias sociales cuando la vida del hombre se estudia a través de métodos científicos que desarrollan un conjunto de conocimientos verificables.

CUESTIONARIO DE AUTOEVALUACION

Ejercicio 1

1. Explique qué significa estudiar al hombre y la sociedad científicamente.

2. ¿Cuándo comienzan a estudiarse científicamente las sociedades humanas?

3. ¿Cuáles son las características principales de la observación científica?

4. ¿Qué es el método científico?

5. ¿En qué consiste la objetividad?

6. Explique la razón que impide la “objetividad absoluta” en las ciencias sociales.

7. Enumere las dificultades principales en el estudio científico de la sociedad humana.

8. Establezca la diferencia fundamental entre el trabajo científico de un biólogo o un químico y el de un sociólogo o un psicólogo social.

9. ¿Para qué sirven las hipótesis en las ciencias sociales?

10. ¿De qué manera se establecen las hipótesis en una investigación?

11. Indique las principales particularidades de los métodos cuantitativos y cualitativos.

12. Establezca un plan de investigación con las diferentes fases generales.

Ejercicio 2

Marque con una **X** la letra de la respuesta correcta.

1. ¿Qué utilidad tienen las hipótesis en las ciencias sociales?

- a. Indican cómo proceder para realizar una investigación empírica.
- b. Orientan la formulación de preguntas y ayudan a establecer los objetivos de la investigación.
- c. Son instrumentos técnicos que se utilizan especialmente en

la redacción del informe de investigación.

- d. Constituyen elementos que resuelven con exactitud los problemas planteados.

Ejercicio 3

Escriba **F** o **V**, si es falso o verdadero, en la rayita.

1. _____ Las técnicas cualitativas hacen uso intensivo de las matemáticas para el estudio de los fenómenos sociales.
2. _____ Las técnicas cuantitativas permiten recolectar informaciones comparables de un elemento a otro.
3. _____ En el estudio de los fenómenos sociales se ha constatado que en las preguntas con respuestas “sí” o “no”, la respuesta afirmativa ejerce estadísticamente una influencia atractiva.

RESPUESTAS

Ejercicio 1

1. Significa que debemos emplear los procedimientos rigurosos y verificables del método científico para determinar las características, las relaciones y el comportamiento de las sociedades humanas.

2. En el siglo XIX, que es cuando las ciencias sociales llegan al mayor grado de precisión en la definición de su objeto de estudio y desarrollan sus métodos de investigación.

3. La exactitud, la sistematización, la objetividad, la verificación.

4. El conjunto de supuestos y principios que guían al científico en su investigación.

5. Es la capacidad de aceptar los hechos de la realidad tal y como ellos se presentan a la observación del investigador.

6. Es prácticamente imposible lograr una total disociación entre el observador (el científico social) y el objeto observado (el hombre, la sociedad), ya que el primero forma parte del segundo y su capacidad de controlar valores, prenociones y preferencias es relativa.

7. Las tradiciones, las creencias populares, los prejuicios, las supersticiones.

8. El biólogo o el químico están en una relación de exterioridad con relación al mundo natural que estudian, mientras que el sociólogo o el psicólogo social sólo pueden observar y comprender la actividad humana desde el interior.

9. Para orientar la investigación, ayudar a establecer los objetivos de la misma y formular preguntas.

10. A partir de documentos escritos sobre el problema o problemas similares, en base a la reflexión sobre el problema, o a partir de reuniones con personas que tengan relación con el problema estudiado.

11. Las técnicas cualitativas pretenden encontrar las relaciones que vinculan entre sí a los sistemas o grupos de individuos, partiendo del hecho de que en toda realidad, cada nivel no existe sino en su relación con los otros. Mientras que los métodos cuantitativos utilizan el lenguaje matemático para establecer correlaciones, recolectando informaciones comparables de un elemento con otro.

12. a) Preparación; b) recolección de datos; c) análisis; d) informe.

Ejercicio 2

Respuesta: b.

Ejercicio 3

1. F
2. V
3. V

UNIDAD II

El hombre y su evolución

Objetivo general

El estudiante explicará el proceso de hominización del ser humano, desde el punto de vista científico.

Objetivos específicos

1. Conocerá en qué consiste el proceso de hominización o antropogénesis, sus principales aspectos y etapas y las explicaciones más destacadas sobre dicho proceso.

2. Captará la correlación entre lo sociocultural y lo biológico en el hombre.

3. Diferenciará entre la explicación científica y las apreciaciones elementales del sentido común, acerca de las razas humanas.

4. Explicará las principales hipótesis sobre el origen de las razas y su repercusión en las diferentes épocas de la vida de la sociedad.

5. Identificará las raíces étnicas de la sociedad dominicana.

6. Apreciará la conformación racial de la sociedad dominicana.

Actividades

Lee cuidadosamente los capítulos 3 y 4 de tu libro de texto *Hombre y Sociedad* titulados: "Los fundamentos biológicos de la sociabilidad" (pp. 51-80), y "La evolución de la cultura" (pp. 81-102). Fijate en las diferencias entre las sociedades subhumanas y las humanas y en la evolución socio-cultural del hombre.

Para una visión más actualizada de los descubrimientos sobre el origen y la evolución del hombre, consulta el texto que reproducimos a continuación:

LOS AUSTRALOPITECINOS

Tim D. White*

Actualmente, el final de la estación seca en la llanura africana de Serengeti, Tanzania, viene anunciada por algunas lluvias dispersas. Hace aproximadamente cuatro millones de años, a consecuencia de la erupción de un volcán muy próximo, las lluvias eran acompañadas por finas cenizas volcánicas que recubrieron la sabana. Entre los centenares de animales que imprimieron sus huellas en esta ceniza se encontraba el miembro más primitivo de la familia humana, una forma de australopitecino. Sus huellas fosilizadas, descubiertas en 1978 en el paraje de Laetoli, constituyen uno de los documentos más antiguos que poseemos acerca de nuestros orígenes.

Más hacia el norte, el gran valle del Rift se ensancha para formar el triángulo del Afar etiópico. Esta región, que hoy no es más que un desierto, hace tres millones y medio de años era un hervidero de intensa vida animal. Cerca de sus lagos y ríos medraban entonces los antepasados y los primos de los animales que pueblan actualmente el continente. Allí vivían y morían igualmente otros australopitecinos, otros antepasados del hombre. Uno de ellos, una hembra adulta, conocida con el nombre de "Lucy", fue enterrada y fosilizada en el lecho de un río muy antiguo; su esqueleto fue descubierto en 1974 en Hadar.

Los australopitecinos de Hadar y Laetoli constituyen de hecho los fósiles humanos más abundantes y completos de más de tres millones de años de antigüedad. ¿Pero qué relación podría existir entre estas dos poblaciones separadas por unos 1750 km? El conjunto de estudios efectuados sobre el terreno y en el laboratorio desde hace varios años permiten considerar actualmente a estos vestigios humanos como pertenecientes a una sola y única especie denominada *Australopithecus afarensis*. Verdadero hombre-mono, este australopitecino asocia de manera sorprendente unos caracteres primitivos y simiescos con la adquisición de una locomoción bípeda como la que caracteriza a la especie humana. De hecho, es el más antiguo eslabón conocido de la cadena evolutiva que debía conducir al hombre actual u *Homo sapiens*. Su descubrimiento ha enriquecido considerablemente nuestros conocimientos sobre los orígenes de nuestra especie. Para comprender la importancia de este nuevo eslabón en la estirpe

* *Mundo Científico*. (21).

humana recordemos previamente las primeras investigaciones sobre nuestros antepasados. Hay que tener en cuenta que en el siglo diecinueve, en una época en que los restos humanos eran muy pocos y, por tanto, difíciles de interpretar, prácticamente cada fósil recién descubierto era interpretado como el "eslabón perdido". Fue en Europa especialmente donde vieron la luz, en 1848, y luego en 1856, los primeros vestigios humanos neandertales. Posteriormente se descubrieron otros neandertales entre las osamentas de animales desaparecidos. Primero fueron considerados como unas "anomalías", después como los antepasados directos del hombre moderno, antes de aceptarlos como los representantes de una rama desaparecida del árbol genealógico humano. (*Mundo Científico*. (13): 424, abril 1982).

En busca del eslabón perdido

Cuando el paleontólogo holandés Eugéne Dubois descubrió en 1898 en Java un cráneo más antiguo que el de Neandertal, la comunidad científica dividió sus opiniones. Algunos lo consideraron un mono y otros vieron en él una especie de eslabón perdido del hombre. Los ulteriores descubrimientos realizados en China, en Europa y en Africa vinieron a confirmar que se trataba de uno de nuestros antepasados, *Homo erectus*. En la actualidad se sabe que representa el penúltimo estadio evolutivo del género *Homo*, el que precede a la aparición de *Homo Sapiens*.

Un pariente todavía más antiguo fue descubierto en 1924 cuando el profesor Raymond Dart extrajo un cráneo infantil de la gruta de Taung, en Africa del Sur. Pese al pequeño volumen del cerebro, Dart clasificó a su fósil en la estirpe humana y le dio por vez primera el nombre de australopitecino, *Australopithecus Africanus*. La reacción de la comunidad científica fue negativa en gran medida, considerando muchos al australopitecino simplemente como mono fósil. La tesis pareció confirmarse por el descubrimiento en Inglaterra del llamado "fósil de Pildown", que poseía la mandíbula de mono y la caja craneana de hombre, lo que parecía indicar un desarrollo muy precoz del cerebro en la evolución humana. El enigma de este fósil duraría hasta los años 1950, en que se constató que se trataba de una "falsificación" artificialmente reconstruida. Mientras tanto, otros descubrimientos en Africa del Sur habían permitido situar definitivamente al australopitecino en la familia del hombre. Robert Broom y John Robinson habían reunido una importante colección de fósiles pertenecientes a dos especies de hombre-mono del Africa austral: *Australopithecus africanus*, que constituye la especie más corriente y

la más antigua, era aceptada generalmente como un antepasado del hombre, mientras que su "primo" más especializado era considerado por los científicos como una rama desaparecida.

Mientras Dart, Broom y Robinson se esforzaban por situar a los australopitecinos en el árbol genealógico del hombre, el Dr. Louis Leakey buscaba en el Este africano las pruebas de lo contrario. Para él, el hombre "auténtico" representado por el género *Homo* se remontaba a una fecha más lejana en el tiempo, y el australopitecino no era más que una rama abortiva. Las afirmaciones de Leakey se vieron contestadas varias veces, pero él perseveró. En 1959, su paciencia pareció ser recompensada. En ese año Mary Leakey descubrió un cráneo fósil en las capas inferiores de la famosa garganta de Olduvai, en Tanzania. Una vez más Leakey afirmó haber dado con el hombre "auténtico", pero la comunidad científica unánimemente reconoció en este descubrimiento a un representante septentrional de *Australopithecus robustus*, denominando a dicho representante *Australopithecus boisei*.

Paralelamente, nuevos descubrimientos, realizados en el fondo de la garganta de Olduvai, iban a permitir la identificación de la más primitiva de todas las especies de *Homo*, *Homo Habilis*. En los mismos niveles de la garganta se habían descubierto toscos útiles de piedra. Utilizando por vez primera la nueva técnica de datación del potasio-argón, se llegó a fijar de manera absoluta la edad de los mismos y de las dos especies contemporáneas de homínidos, *A. Boisei* y *H. habilis*, en alrededor de 1.8 millones de años.

Durante los años 1960, el estudio de todas las fases primitivas de la evolución humana se centró en el valle del Rift del Este africano. Los apasionantes descubrimientos de Olduvai fueron seguidos por otros en el valle del curso inferior del Omo en Etiopía. En 1932, una primera expedición francesa dirigida por Camille Arambourg sólo había conseguido encontrar fósiles de animales. En 1967, una expedición franco-americano-keniana volvió a las orillas del Omo y trabajó allí durante varias temporadas. Yves Coppens había sucedido a Arambourg en la dirección del equipo francés. La expedición, conducida por el Dr. Clark Howell, debía elevar el nivel de la investigación paleoantropológica llamando a especialistas de numerosas disciplinas. Los investigadores pudieron establecer una sólida cronología de la evolución de la fauna en Africa y obtener importantes especímenes de homínidos bien datados. Richard Leakey, uno de los jefes de equipo de la expedición, halló un yacimiento muy rico en la orilla este del lago Turkana (o lago Rodolfo) en Kenia. Las excavaciones que

llevó a cabo en Koobi-Fora proporcionaron una importante colección de vertebrados fósiles, entre los que había numerosos homínidos. Gracias a las excavaciones de Olduvai, de Koobi-Fora y del Omo, hacia la mitad de los años 1970 se llegó a disponer de una buena documentación sobre la evolución de los homínidos a lo largo del Pleistoceno inferior, período que se inicia hace unos dos millones de años. Los científicos llegaron a la conclusión de que en esta época África era habitada por antepasados del hombre del tipo *Homo habilis*, y que esta especie compartía el mundo con su “primo” especializado y vegetariano, el robusto *Australopithecus boisei*. Sin embargo, quedaban muchas preguntas sin respuesta. ¿Cuál de estos homínidos era el fabricante de los útiles de piedra hallados en Olduvai y Koobi-Fora? ¿De dónde venían estas dos especies? ¿Cuál era su antepasado común y cuándo había vivido? Resulta comprensible que las respuestas a estas preguntas, así como a otras que se relacionan con ellas, tuvieran que venir de nuevos descubrimientos. A este respecto, los yacimientos más antiguos —los del Plioceno de 2.5 a 5.5 millones de años) resultaron ser particularmente importantes, como veremos a continuación.

Los descubrimientos de Hadar

Hasta entonces las rocas del Plioceno tan sólo habían proporcionado pequeños indicios. En 1935, Louis Leakey descubría en las capas pliocénicas de Tanzania un canino de homínido, que atribuyó a un mono. En 1939, una expedición alemana al mismo lugar extraía un fragmento de maxilar de homínido, que suscitó controversias pero que no hizo avanzar mucho las cosas. Las localidades Kenianas de Lothagam, Kanapoi, Lukeino y Ngorora, en conjunto, no han proporcionado hasta ahora más que dos dientes, un pequeño fragmento de mandíbula y alrededor de una sexta parte de húmero. Poca cosa son estos hallazgos sobre nuestros antepasados de hace más de tres millones de años.

Mientras que las excavaciones de Koobi-Fora y del Omo permitían aclarar el árbol genealógico humano en el Pleistoceno, el geólogo francés Maurice Taieb exploraba pacientemente el gran Rift en el Noroeste de Etiopía. Fue allí, en lo más profundo del Afar, donde Taieb descubrió el depósito de Hadar. Invitó al antropólogo norteamericano Donald Johanson a formar parte con él de la expedición internacional del Afar. Taieb y Johanson comprendieron muy pronto la importancia del lugar. La presencia de osamentas fósiles de cerdos, de caballos, de elefantes y otros animales indicaban una antigüedad de tres millones de años por lo menos. Esta primera

datación bioestratigráfica sería confirmada por la datación radiométrica de las rocas volcánicas: 3.600.000 años. El descubrimiento en Hadar, entre 1973 y 1977, de diversos homínidos fósiles haría de este yacimiento uno de los de mayor antigüedad y riqueza del mundo. El hallazgo de Johanson en 1973, en Hadar, de una articulación completa de rodilla de homínido parecía indicar una adquisición muy antigua del bipedismo (marcha bípeda). A este descubrimiento siguió en 1974 el de "Lucy" un esqueleto casi completo de homínido hembra adulto. En 1975, el descubrimiento sin precedentes en el sitio Hadar 333 de un gran número de homínidos fósiles —trece individuos por lo menos— proporcionó a los antropólogos gran cantidad de informaciones nuevas. Todas las regiones anatómicas del cuerpo se hallaban representadas. En la mayoría de los casos, las mismas partes del esqueleto se presentaban en varios individuos de edad y de sexo diferentes, lo que permitía por vez primera a los antropólogos estudiar los modelos de crecimiento, las diferencias sexuales y las variaciones individuales en el seno de un mismo grupo de homínidos muy antiguos.

Los descubrimientos de Laetoli

Mientras Johanson y Taieb extraían en Hadar los restos fósiles de Lucy y de otros homínidos, varios investigadores excavaban en las rocas pliocénicas situadas justamente al sur de la garganta de Olduvai, en Tanzania. El sitio de Laetoli era conocido desde los años 30, pero su importancia real casi sólo fue admitida entre 1975 y 1978, cuando fueron descubiertos allí los restos dispersos de más de veinte especímenes de homínidos. Estos fósiles eran menos abundantes que los de Hadar, pero de edad geológica similar: de 3.6 a 3.8 millones de años. Los vertebrados fósiles de Laetoli, comprendidos los homínidos, son extremadamente fragmentarios y a menudo consisten tan sólo en algunos dientes aislados. Esto se explica por el hecho de que las condiciones del Plioceno en Laetoli no eran tan favorables como las de Hadar para la conservación de los esqueletos: los restos óseos han permanecido aquí durante un mayor espacio de tiempo en el suelo antes de ser enterrados y en consecuencia han estado más expuestos a los colmillos de las hienas y al pateo de los rebaños salvajes. Contrariamente a Hadar, Laetoli no pasará a la historia de la paleontología como un yacimiento de restos óseos pliocénicos bien conservados. Su interés reside en haber conservado, gracias a un conjunto excepcional de condiciones geológicas, importantes huellas de una ocupación muy antigua por parte de los homínidos.

En efecto, el volcán Sadiman, actualmente dormido, se erige en la extremidad este de la Llanura de Serengeti, a dos pasos de Laetoli. La erupción de este volcán explica la acumulación, debida al viento, de estas espesas capas de ceniza pliocénica que habrían de constituir los yacimientos portadores de homínidos fósiles. En el curso de una de sus fases de erupción, el volcán recubrió el paisaje con unos 20 cm de fina ceniza, de una consistencia parecida a la de arena mojada. Esta ceniza, que los geólogos denominan carbonatita, ha conservado las huellas de la vegetación que recubrió. Igualmente, ha preservado las marcas de todos los seres que la han pisado. Secándose y endureciéndose después, ha conservado para nosotros las huellas de animales de todo tipo, desde el ciempiés hasta el elefante. Fijando así, hace 3.8 millones de años, un instante de la historia natural de la región, la ceniza volcánica de Laetoli ha hecho un inmenso servicio a los paleontólogos. En el curso de la campaña de excavaciones de 1978, el geoquímico Paul Abdell descubrió en la toba de Laetoli las huellas de un homínido. Las excavaciones de 1978 y 1979, revelaron las señales de tres homínidos con huellas parecidas a las del hombre.

A diferencia de las de los animales cercanos a éste (el chimpancé, por ejemplo), las huellas de Laetoli revelan una fuerte pisada con el talón, una bóveda plantar bien desarrollada y un dedo grande del pie alineando los otros. Otra característica muy próxima al hombre es la propia disposición de las huellas. Estos descubrimientos son de enorme importancia antropológica: las huellas de los homínidos de Laetoli constituyen no sólo los más antiguos vestigios conocidos de un antepasado del hombre en el planeta, sino también el documento más antiguo que poseemos del modo de locomoción propio del hombre: la marcha bípeda.

¿Una o dos especies?

Las huellas de homínidos fósiles y los fragmentos de esqueletos del plioceno descubiertos en Hagar y Laetoli en los años 70 cuentan entre los documentos más antiguos de que disponemos sobre los orígenes del hombre. El Dr. M.D. Leakey me pidió en 1975 que examinara los fósiles de homínidos descubiertos en Laetoli. En diciembre del mismo año encontré al Dr. Donald Johanson, que acababa de aportar algunos hallazgos recientes en Hadar al Museo Nacional de Kenia en Nairobi con el fin de proceder a un estudio comparado. Johanson y yo mismo quedamos inmediatamente sorprendidos por las grandes semejanzas entre los fósiles pliocénicos de

Etiopía y los de Laetoli en Tanzania. Después de nuestras observaciones preliminares, Johanson y yo hemos realizado durante cuatro años un exhaustivo análisis de los fósiles. Objetivo de la operación situar a estos nuevos fósiles en la historia evolutiva del hombre y deducir sus implicaciones con respecto a nuestros orígenes.

La primera tarea de nuestro equipo fue la de determinar con precisión las relaciones existentes entre los homínidos de Laetoli y lo de Hadar. Cada una de las dos colecciones presentaba variaciones importantes de talla. Hemos analizado a las dos separadamente preguntándonos cuántas especies figuraban en cada una de ellas ¿Representaban los especímenes más pequeños, tales como el maxilar adulto de Laetoli o la Lucy de Hadar, a una especie biológica distinta de la de los individuos más grandes descubiertos en los dos lugares? Para responder a una pregunta de este género, los paleontólogos han recurrido a unas analogías actuales: del examen de los parientes próximos actuales de los fósiles en cuestión se puede deducir la amplitud de las variaciones posibles en las especies conocidas solamente por sus fósiles. Por consiguiente en nuestro estudio de los homínidos del Plioceno, Johanson y yo mismo nos hemos remitido a las especies actuales, tales como los monos antropoides de Africa (chimpancé, gorila) y de Asia (orangután) y el hombre. De este modo hemos visto que las variaciones de tamaño observadas en el conjunto de los fósiles procedentes de Hadar y Laetoli traducen una diferencia entre sexos. Esta diferencia resulta más marcada que en el hombre o en el chimpancé actuales, pero es menor, sin embargo, que en el gorila o en el babuino. Así, la pequeña estatura de Lucy se explicaría por un acusado dimorfismo sexual de los primeros homínidos.

Sin embargo, los fósiles de Hadar y los de Laetoli acusan ciertas diferencias de forma. ¿Se trata de un indicio de que son dos especies distintas? Así, en algunos individuos, el tercer premolar inferior posee dos cúspides, mientras que en otros, como Lucy, no presentan más que una. Nosotros hemos observado la misma variación en los chimpancés actuales. Por otra parte, hay investigaciones que se han fijado en la forma de la mandíbula de Lucy: parece tener una forma más clara de V que algunas mandíbulas más grandes. Hemos encontrado una respuesta a este problema examinando una serie de mandíbulas de monos: las hembras tienen los caninos y los incisivos relativamente más pequeños que los machos. En consecuencia, la parte anterior de la arcada dentaria a menudo es más estrecha en el mono hembra que en el macho. En nuestro caso, las diferencias entre especímenes también se deben indudablemente al sexo. Esto es lo que se ha podido comprobar, por otra parte, para todos los elementos

esqueléticos que hemos podido estudiar, tanto craneales como post-craneales. Después de metódicas comparaciones con toda una serie de especies actuales hemos llegado a la siguiente conclusión: los fósiles obtenidos en Hadar y Laetoli pertenecen a una sola y única especie.

El análisis bioestratigráfico, fundado en el estudio de los fósiles de animales hallados entre los vestigios de homínidos, y su confirmación por las dataciones radiométricas (por el método del potasio-argón) han permitido demostrar que los yacimientos de Hadar y Laetoli son de la misma época, hace unos 3.6 millones de años. Estos dos yacimientos se encuentran, como ya hemos visto, a una distancia de unos 1750 km. Las informaciones paleoecológicas obtenidas del examen de la microfauna de vertebrados (por el Dr. J. J. Jaeger de la universidad de París) y de los restos paleobotánicos (por el Dr. R. Bonnefille en el laboratorio de geología del cuaternario de Marsella) hacen pensar que el ambiente pliocénico de Laetoli estaba constituido por una planicie de sabana seca, mientras que los homínidos de Hadar habitaban un medio más arbolado y más húmedo en contacto con grandes ríos y lagos. Pero las diferencias geográficas y paleoecológicas entre Hadar y Laetoli no impiden a los homínidos fósiles de estos dos yacimientos el tener prácticamente la misma anatomía; de ahí, nuestra conclusión sobre la existencia de una sola y única especie. Ahora quedaba la tarea de situar a esta especie en el árbol evolutivo.

Hace 3.6 millones de años ya existía la marcha bípeda

Un minucioso análisis de los restos esqueléticos de Lucy y de sus semejantes descubiertos en Hadar y Laetoli revelaría a los especialistas de biomecánica y de ortopedia de nuestro equipo de investigación que estos seres eran capaces de realizar el mismo tipo de locomoción bípeda que el hombre actual. Por ejemplo, el Dr. C. O. Lovejoy y sus colaboradores de la universidad de Case Western Reserve, Ohio, han analizado las articulaciones de rodillas extraídas en Hadar en los lugares 129 y 333. Entre la rodilla del mono (cuadrúpedo) y la del hombre (bípedo) han observado tres grandes diferencias morfológicas con valor funcional. En el hombre, los huesos del muslo y de la pierna (fémur y tibia) forman un ángulo a nivel de la rodilla: en el mono estos huesos están alineados verticalmente. El fémur humano posee una cresta que impide a la rótula dislocarse hacia el lado durante la marcha; la rodilla del mono no posee esta parte saliente. Por último, una observación lateral del fémur humano

revela un perfil elíptico en la coyuntura de la rodilla; mientras que el fémur del mono presenta un perfil circular. Estos detalles de la anatomía ósea son los que explican que el caminar y la posición bípeda sean más fáciles para el hombre que para el mono. Así es como al examinar estos aspectos en las osamentas procedentes de Hadar se comprueba que presentan en todos los casos características de la especie humana. Conclusión de Lovejoy: los homínidos de Hadar se mantenían en pie, andaban y corrían con la misma facilidad que el hombre actual. Conclusión que sería brillantemente confirmada por el estudio de las huellas de pasos observadas en Laetoli. Era la prueba formal de que la transición a la marcha bípeda ya estaba acabada hace 3.6 millones de años.

Era también la prueba de que los fósiles pliocénicos pertenecían a la familia zoológica del hombre, es decir a los homínidos. ¿Habría que concluir, por tanto, que pertenecían al género *Homo*? Recordemos que este último comprende a la especie humana actual y dos especies fósiles *Homo Erectus* (antepasado evolutivo de *Homo Sapiens*) y *Homo Habilis* (el más antiguo y el más primitivo del género). Al principio se pensó que sí, pero los nuevos restos óseos descubiertos en Hadar han permitido establecer con certeza que estos primeros homínidos del Plioceno no poseían ni el desarrollo craneal ni la tecnología que, ante todo, caracterizan el género *Homo*. Colocar en este último a un homínido como Lucy, que mide alrededor de 1 m de altura, pesa 25 kg, dotado de un cerebro tan poco desarrollado como el de un chimpancé y de molares más grandes que los del hombre, sería desafiar realmente todas las clasificaciones establecidas.

Pronto nos daríamos cuenta Johanson y yo mismo de que los fósiles de Hadar y Laetoli podían relacionarse con otro género de homínido, conocido desde 1924: el australopitecino. A semejanza de *Homo*, el género australopitecino comprende varias especies. Todas ellas están perfectamente adaptadas a la marcha bípeda y se caracterizan por un pequeño cerebro, de capacidad media tres veces menor a la del hombre actual. Las diferentes especies de australopitecinos se distinguen por sus dientes, sus mandíbulas y sus cráneos. Las dos especies robustas, *Australopithecus Robustus* y *Australopithecus Boisei*, son las más especializadas, procedente la primera de África del Sur, descubierta la segunda en Tanzania, en Kenia y en Etiopía. Sus dientes delanteros son pequeños en relación con los otros, y sus molares y premolares están fuertemente desarrollados, hasta el punto de que forman verdaderas planchas para triturar los alimentos. Las enormes raíces de estos dientes se hunden en profundas y espesas

mandíbulas. La estructura craneana de las especies *A. Robustus* y *A. Boisei* revela la influencia de potentes músculos masticatorios: una cresta ósea situada delante domina la línea central del cráneo y asegura la inserción de potentes músculos temporales encargados de levantar el maxilar inferior durante la masticación. Los pómulos de estas robustas especies de australopitecinos están situados muy hacia delante, lo que permite al masetero, otro potente músculo elevador del maxilar, aplicar la máxima fuerza sobre los dientes. De ello resulta un esqueleto facial muy ancho, pero al mismo tiempo muy plano, con una abertura nasal hundida en el centro de una cara cóncava.

Estas adaptaciones dentarias y óseas se vuelven a encontrar, mucho menos marcadas, en la tercera especie de australopitecino, *A. Africanus*. Hasta el descubrimiento de los fósiles más antiguos de Hadar y Laetoli, la mayoría de los especialistas consideraban a *A. Africanus* como el antepasado común de las especies especializadas descritas más arriba y del género *Homo*, al cual pertenece el hombre. Pero cuando se le compara con los fósiles más antiguos descubiertos recientemente, resulta evidente que *A. Africanus* (hasta ahora identificado únicamente en África del Sur) representa la fase inicial de las especializaciones craneana y dentaria observadas en los australopitecinos *robustus* y *boisei*. Así, tanto por la antigüedad (dos a tres millones de años) como por la morfología (importancia de la dentadura postcanina, robustez de la cara y de los maxilares), *A. Africanus* parece destinado a ser el antepasado de los australopitecinos robustos.

Un verdadero hombre-mono

Un profundo examen de Lucy y de los demás especímenes descubiertos en Hadar y Laetoli nos condujo inevitablemente a la conclusión de que estos vestigios pertenecían efectivamente al género *Australopithecus*. Al igual que los demás miembros del mismo, se caracterizan por el bipedismo, un cerebro de pequeña capacidad y unos dientes y mandíbulas muy desarrollados. Pero a medida que progresaba nuestro análisis, Johanson y yo llegamos a identificar toda una serie de caracteres morfológicos diferentes de los señalados en los otros australopitecinos. Se trataba en todos los casos de rasgos más simiescos, más arcaicos, más primitivos, totalmente de acuerdo con la mayor antigüedad geológica de los fósiles de Hadar y Laetoli. Por ejemplo, el paladar largo, estrecho y poco profundo recogido en Hadar (*A.L. 200-1*) contrastaba con las arcadas dentarias parabólicas propias de las otras formas de australopitecinos, así como del

género *Homo*. De hecho, ocupaba una posición intermedia entre los paladares de estos homínidos y los de los monos antropoides. Los incisivos de los fósiles de Laetoli y Hadar eran más grandes que los de los otros australopitecinos y parecidos a los de los chimpancés. Otro carácter simiesco desconocido en los otros homínidos, la separación entre los dientes (diastema), fue observado en muchas de las denticiones de Hadar y Laetoli. En cuanto al desgaste de los caninos, era netamente el tipo corriente en los póngidos (monos antropoides), en lugar del arromamiento característico de los otros homínidos. Los terceros premolares superiores e inferiores presentaban formas asimétricas, intermedias entre las del chimpancé y las de los demás homínidos conocidos. Por otra parte, las mandíbulas estaban ahuecadas en el lado, carácter que también se observa en los monos, tanto actuales como fósiles, pero nunca tan marcado en las otras especies de australopitecinos o de *Homo*.

Prosiguiendo con el análisis craneal y dentario de estos "nuevos" fósiles, hemos acabado componiendo un cuadro conciso: el de un ser cuyo cráneo estaba más próximo al del chimpancé que al de cualquier otro homínido conocido. Su cara era marcadamente saliente: sus músculos temporales estaban más desarrollados en su parte posterior, hasta el punto de formar a veces verdaderas crestas por detrás del cráneo, donde obstaculizarían la acción de los músculos del cuello: la caja craneana era pequeña (uno de los especímenes hembras de Hadar poseía una capacidad craneal inferior incluso a la media de los chimpancés); la articulación de la mandíbula, plana y abierta por delante, así como las estructuras de la base del cráneo eran de tipo simiesco, muy próximas a las del chimpancé o del gorila. Estos numerosos caracteres simiescos no se encontraban en las otras especies del género *Australopithecus*. Por lo tanto, estaba claro que nos encontrábamos ante una nueva especie de australopitecino y que teníamos que encontrarle un nombre. En 1978, Johanson y yo habíamos firmado conjuntamente una comunicación científica describiendo la nueva especie descubierta en Hadar y Laetoli con el nombre de *Australopithecus Afarensis*. A petición de nuestro colega francés corresponsable de la expedición de Hadar, habíamos incluido el nombre del Dr. Y. Coppens entre los "padres" de esta nueva especie.

Australopithecus afarensis es, por consiguiente, un homínido primitivo de cerebro poco desarrollado, con dimorfismo sexual, geográfica y ecológicamente muy extendido, que carecía aparentemente de la tecnología de los útiles de piedra. El descubrimiento de este antepasado muy lejano de los homínidos nos ha llevado a revisar

la concepción que teníamos del árbol genealógico del hombre. Y nos ha permitido establecer entre *A. Africanus* y *A. Robustus* + *A. Boisei* una relación morfológica del tipo de antepasado-descendiente. Es una estirpe que presenta una neta especialización masticatoria. Y es una estirpe que ha acabado por extinguirse. La segunda estirpe de los homínidos, la que ha dado lugar a *Homo Sapiens*, se ha caracterizado por la progresiva reducción del aparato dentario y facial y por la gracilización. El desarrollo de las capacidades craneales propio de esta estirpe revela, por otra parte, su creciente inmersión en una cultura material y social.

En nuestro análisis de los homínidos de Hadar y Laetoli no hay nada que nos permita afirmar que *Australopithecus afarensis* no ha sido el antepasado de una o de otra de estas dos estirpes. Al contrario, *A. Afarensis* representa una especie de homínido muy primitivo y muy extendido, lo que nos lleva a ver en él al antepasado común de la estirpe robusta y de la que culminaría en *Homo Sapiens*.

Un nuevo modelo de la evolución humana

La publicación de nuestros descubrimientos relativos a la filogénesis de los primeros homínidos ha suscitado apasionados debates entre los paleoantropólogos, y ha inducido a muchos antropólogos a reexaminar los esquemas anteriores.

Darwin publicó su obra *El Origen de las Especies* en 1859. Pero esperó hasta 1871 para dar a conocer sus tesis acerca de la evolución del hombre. Contrasta las especies de monos existentes actualmente, como el chimpancé, con el hombre actual, haciendo observar que este último difiere del mono por la marcha bípeda, capacidades tecnológicas muy elevadas, caninos reducidos y un cerebro más desarrollado. Pero Darwin tuvo que contentarse con las conjeturas, dado que no disponía de ningún documento fósil sobre los orígenes del hombre, cuya evolución imaginaba como sigue: acostumbrándose a la utilización de piedras, garrotes y otras armas, los protohomínidos habrían adquirido poco a poco una forma de locomoción bípeda, para liberar las manos. La creciente complejidad de los utensilios se vería acompañada por un desarrollo del cerebro y el papel desempeñado en el mono por los caninos pasaría a ser realizado por la herramienta manual. Así, para Darwin, la herramienta era a la vez la causa y la consecuencia del enderezamiento corporal, y las cuatro características principales de la especie humana se habrían desarrollado simultáneamente. ¿Qué ocurre con el esquema darwinista a la luz de los últimos descubrimientos de Hadar y Laetoli? Resulta obligado cons-

tatar que no se ha encontrado ninguna tecnología de piedra que se remonte a tres millones de años. Los útiles de piedra más antiguos y más rudimentarios descubiertos son posteriores a *A. Afarensis* en 500,000 años por lo menos. Por otra parte, *A. Afarensis* se caracteriza, como ya hemos visto, por un cerebro no mucho más desarrollado que el de los monos antropoides actuales y por la adquisición de una locomoción bípeda del mismo tipo que la del hombre actual. Así pues, este carácter compuesto de los fósiles pliocénicos de *A. Afarensis*, disociado bipedismo y desarrollo craneano, inflige un cierto desmentido a la tesis de Darwin.

Los recientes descubrimientos de Hadar y Laetoli ya han suscitado una nueva teoría sobre el origen de los homínidos. El Dr. C. Owen Lovejoy, de Kent State University, Ohio, avanza la hipótesis de que quizá la cultura material no ha sido tan esencial como se pensaba para la aparición de los homínidos. Al contrario, Lovejoy repara en que durante la segunda mitad del Mioceno (de -5 a -15 millones de años) una buena parte de las regiones tropicales del Antiguo Mundo ha conocido el enfriamiento y la sequía. De ahí su idea de que los monos antropoides que vivían en el suelo en este medio más descubierto y menos estable han debido entrar en competencia creciente por los recursos estacionales con los primates que vivían en el suelo y estaban en situación de evolucionar, tales como los babuinos. Entonces, los antepasados de los monos antropoides actuales habrían elegido quedarse en este medio en vías de regresión, pero estable, que era el bosque tropical. Efectivamente, hoy día la presencia de los orangutanes, chimpancés y gorilas ha quedado restringida a estos enclaves forestales. Lovejoy piensa que los antepasados de los homínidos tan sólo han podido ocupar los ambientes abiertos gracias a modificaciones anatómicas, fisiológicas y ecológicas.

Lovejoy estima que las tasas de natalidad y de supervivencia muy bien han podido progresar debido a un incremento de la participación del padre en la alimentación de los hijos. Nuestro autor propone un modelo que pone el acento en las relaciones duraderas entre individuos de ambos sexos (monogamia). De este modelo familiar se deduciría el papel abastecedor del macho (éste aseguraría el alimento de la hembra y de su común descendencia), papel que se reconoce en muchas aves y perros salvajes, así como en algunos primates. Este "avitallamiento" de la hembra y las crías precisaba del transporte de alimentos. Esto se conseguiría mediante las transformaciones músculo-esqueléticas que permiten un bipedismo prolongado, ya que representaban una neta ventaja selectiva en el nuevo medio socioeco-

nómico. Para Lovejoy, los homínidos con pequeño cerebro pero, no obstante, bípedos descubiertos en Hadar y Laetoli serían el resultado de un proceso evolutivo iniciado en el Mioceno. Dedujo las siguientes características de los primeros homínidos: apareamiento monógamo duradero, avituallamiento de la hembra y las crías por parte del macho, fisiología y comportamiento sexuales-reproductores especializados (comprendía la disimulación de la ovulación por supresión de las señales externas del estro), y por último, bipedismo. Lovejoy sugiere que la familia nuclear y la sexualidad humana quizá se remontan a una época muy anterior al pleistoceno.

Contrariamente al esquema darwinista, el propuesto por Lovejoy parece ajustarse bastante bien a los datos paleoambientales que sugieren que los homínidos del Plioceno vivían en un ambiente modificado desde el Mioceno y no forestal. Este modelo explica el origen de los homínidos en perfecta coherencia con los documentos fósiles que muestran el desarrollo de los monos del Antiguo Mundo en detrimento de algunos monos que vivían en hábitat abierto. El modelo de Lovejoy explica el origen de los homínidos disociando desarrollo craneal y utilización de herramientas, por un lado, y bipedismo y reducción de los caninos por otro. Por tanto, se ajusta a la anatomía de *Australopithecus afarensis*, así como a los documentos arqueológicos que demuestran que la talla del útil de piedra es muy posterior a la adquisición del bipedismo. Por último, este modelo explica la ovulación oculta y otros caracteres sexuales que separan a los hombres actuales de los monos antropoides.

En busca de los antepasados de los australopitecinos

Del mismo modo que el modelo darwinista fue puesto a prueba e invalidado después por los resultados de las excavaciones efectuadas en el Plioceno, el modelo de Lovejoy deberá igualmente ser confirmado o rechazado por los futuros descubrimientos sobre la evolución de los homínidos en la segunda mitad del Mioceno. Desgraciadamente, todavía carecemos de documentos probantes. Es cierto que los descubrimientos de Hadar y Laetoli sitúan claramente al australopitecino en el árbol genealógico del hombre, y que otros descubrimientos hechos en África del Sur o del Este han enriquecido las ramas de este árbol fundamental, pero carecemos de sus raíces. Nuestros conocimientos sobre la evolución de los homínidos se remontan actualmente a cerca de cuatro millones de años. Los sedimentos más antiguos no han proporcionado hasta ahora ningún indicio fiable de lo que haya podido ocurrir con anterioridad.

Disponemos de buenos documentos sobre los primates de Eurasia como Sivapithecus y Ramapithecus del Mioceno medio (de 10 a 15 M.A.). Durante mucho tiempo se ha considerado a ramapithecus como el antepasado más lejano del hombre, lo cual ha sido impugnado por los descubrimientos del equipo de David Pilbeam en Pakistán que revelan importantes afinidades entre los primates del Mioceno y el orangután (*Mundo Científico*, (20): 1257, diciembre 1982). Pero carecemos de documentos fósiles para los monos antropoides de Africa, chimpancé y gorila. Por lo tanto, los paleontólogos se encuentran ante el problema de un "vacío" entre cuatro y ocho millones de años. Ciertos especialistas de biología molecular afirman que fue durante este período cuando tuvo lugar la separación de las estirpes que darían lugar respectivamente al chimpancé, al gorila y al hombre. Otros se inclinan por una diferenciación más antigua (*Mundo Científico*, (10): 52, enero 1982). Los documentos fósiles nos dirán cómo, cuándo y por qué apareció esta diferenciación. De ahí que un gran número de investigadores trabajen actualmente sobre este período crucial. Los yacimientos de Hadar y Laetoli han añadido una nueva especie ancestral a nuestro árbol genealógico. Más aún, han proporcionado informaciones esenciales sobre nuestros orígenes, demostrando que los primeros homínidos no disponían de útiles de piedra, pero que estaban geográfica y ecológicamente muy extendidos, eran ya perfectamente bípedos, pero todavía poseían una anatomía craneal en extremo primitiva. Por último, el descubrimiento de estos fósiles ha permitido atraer la atención sobre los sedimentos africanos de finales del Mioceno.

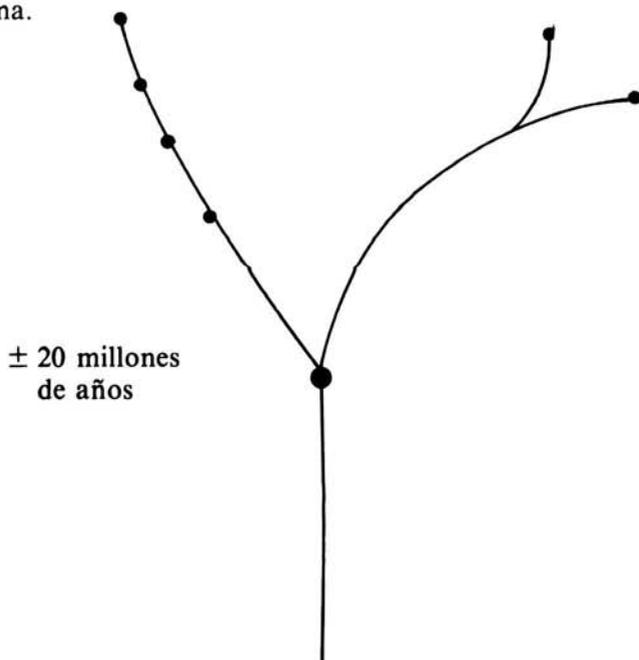
Siguiendo el ejemplo del Dr. Maurice Taieb y de sus investigaciones en el Afar, las universidades de California y Addis Abeba han organizado una nueva expedición internacional a esta región, bajo la dirección del célebre pre-historiador J. Desmond Clark, quien me ha pedido que sea el paleontólogo del equipo. Durante el otoño de 1981 hemos explorado el valle del curso medio del Awash en Etiopía. Los sedimentos fosilíferos del final del Mioceno y del inicio del Plioceno examinados durante la campaña de 1981 son muy prometedores, por lo que hace a un mejor conocimiento de los inicios de la evolución de los homínidos. En esta primera campaña ya hemos podido recuperar dos fósiles esenciales. Datan de más de 4 millones de años. Uno de ellos es un hueso de la parte frontal del cráneo; es de pequeño tamaño y de aspecto primitivo. El otro consiste en la parte superior de un fémur; procede de un homínido de unos 16 años de edad que medía 1.35 m y caminaba erguido. Estos dos restos son atribuidos al género Australopithecus.

Tenemos la intención de volver a Etiopía, en septiembre de 1982 con el fin de proseguir la investigación de los antepasados de los australopitecinos. ¿Hasta dónde y con qué forma penetran los homínidos en el pasado africano? Sólo los descubrimientos futuros permitirán a los investigadores dar respuesta a esa pregunta... Y quizá definir plenamente cuáles son nuestros orígenes.

CUESTIONARIO DE AUTOEVALUACION

1. ¿Es correcto decir que los monos actuales son nuestros predecesores?

2. Describa el proceso de hominización siguiendo el siguiente esquema.



3. ¿Qué factores influyeron en la evolución de los homínidos?

4. La teoría de la evolución sugiere que:

- Entre el lenguaje y el uso o fabricación de instrumentos debe haber existido en los orígenes una conexión directa.
- El sistema boca-faringe en los humanos y los antropoides es el mismo.
- No existe relación directa entre el cerebro y el funcionamiento general del sistema boca-faringe, este último es producto de una adaptación progresiva autónoma.

5. La teoría de la evolución establece que cada especie animal emerge a la vida terrestre en proveniencia de otras especies mediante ciertos procesos y mecanismos. En las poblaciones de organismos vivientes se dan, pues, transformaciones paulatinas que tienen como asiento:

- a. La capacidad espiritual y las tendencias innatas del hombre como animal superior.
- b. El acervo genético de los individuos de estas poblaciones (genotipo) y la morfología y conducta típica de los mismos (fenotipo).
- c. El diformismo sexual acusado caracteriza al homo sapiens en la última etapa de la evolución y su relación con el resto de elementos que conlleva la comunidad biocenética.

6. ¿Qué diferencia existe entre el planteamiento original de Darwin y el modelo del texto presentado aquí?

7. En base al texto indicado, diga hasta qué época remontan los conocimientos más precisos sobre la evolución del hombre.

8. Según el acuerdo de la gran mayoría de los científicos, las razas provienen de:

- a. Dos especies fundamentales.
- b. Múltiples especies.
- c. Una sola especie.

9. La visión científica de las diferencias raciales ha demostrado que:

- a. Existen diferencias marcadas en las características ingénitas y emocionales de cada raza.
- b. No difieren en ninguna característica física.
- c. No hay diferencias en las capacidades que se pueden considerar importantes de una raza a otra.

10. ¿Por qué es preferible el uso del concepto grupo étnico, que el de raza, en los estudios sociales actuales?

11. ¿Qué grupos étnicos tuvieron mayor importancia en la conformación del pueblo dominicano?

- a. Americano, español, africano.
- b. Indio, africano.
- c. Español, africano.

12. ¿Cómo podríamos caracterizar racialmente al pueblo dominicano?

RESPUESTAS

1. No, porque las diversas especies de primates actuales (entre los cuales el hombre está incluido) descienden todas de las formas más primitivas ya extinguidas: lo correcto es decir que el hombre es una rama especial del tronco de los primates.

2. Presentar el gráfico a su profesor.

3. La evolución se traduce materialmente por una línea doble de hechos: por una parte el perfeccionamiento acumulativo de las estructuras cerebrales, por otra la adaptación de las estructuras corporales según reglas exigidas por el equilibrio mecánico de esta máquina que es el ser vivo y móvil. Una mayor liberalización de las manos da lugar a un cráneo susceptible de albergar un cerebro mayor, ya que la liberación manual y reducción de los condicionamientos de la bóveda craneal son dos términos de la misma ecuación mecánica.

Entre los medios técnicos (el cuerpo) de cada especie y sus medios de organización (el cerebro) se teje un ciclo en el cual, a través de la economía de su comportamiento (respuestas a condicionantes ecológicos, modos de organización grupal y familiar) se abre la vía a una adaptación selectiva mayor y más ajustada. Las oportunidades de desarrollo evolutivo son, pues, tanto mayores cuanto el dispositivo corporal se presta a un remodelado del comportamiento por la acción de un cerebro más desarrollado. En este sentido el cerebro tiene el mando de la evolución, pero permanece irremediamente tributario de las capacidades adoptativas del cuerpo.

4. (a)

5. (b)

6. En este trabajo se disocia bipedismo y desarrollo craneano y los útiles de piedra más antiguos encontrados se remontan a 500,000 años. Por lo cual se infiere que la cultura material no ha sido tan esencial como Darwin pensaba para la aparición de los homínidos.

Para Darwin la herramienta era a la vez la causa y la consecuencia del enderezamiento corporal del desarrollo de las otras características principales de la especie humana: habilidad manual, locomoción bípeda y desarrollo del cerebro.

7. Los conocimientos más precisos sobre los antepasados del hombre se remontan al surgimiento de los Australopitecinos hace alrededor de 3,800.000 años.

8. (c)

9. (c)

10. Porque la mezcla de razas en la actualidad, en diferentes países y con culturas diferentes, no permite un análisis científico, si se consideran como válidas supuestas diferencias raciales, ligadas a la cultura de cada pueblo.

Existen individuos de raza negroide en Africa, Australia y Estados Unidos con una cultura marcadamente diferente de un continente o nación a otro, por lo cual es preferible el término grupo étnico que se refiere a un grupo definido por una serie de características propias bien definidas, como por ejemplo el o los italianos u otro grupo de emigrantes que viven actualmente en los Estados Unidos.

11. (c)

12. Como un pueblo configurado fundamentalmente por dos fuentes raciales, caucásica y negroide, consecuencia de la herencia de los colonizadores y de los esclavos que éstos trajeron para reemplazar a la mano de obra india. El pueblo indio se fue extinguiendo rápidamente después de la llegada de los españoles, al ser sometidos a tipos e intensidad de trabajo que no podían resistir. También perecieron muchos en las diferentes luchas que entablaron con los colonizadores.

UNIDAD III

La cultura

Objetivos generales

1. El estudiante definirá la cultura, su estructura y características más importantes.
2. Apreciará la trascendencia de la cultura en el comportamiento humano.

Objetivos específicos

El estudiante:

1. Estimaré la especificidad de la cultura como fenómeno social, su alcance y función en la sociedad.
2. Definirá los elementos que componen la cultura.
3. Definirá usos y costumbres, y su importancia en el comportamiento y la conducta de los individuos y los grupos.
4. Relacionará los elementos de la estructura social y la conformación de la cultura.
5. Distinguirá entre cultura global y los diferentes subconjuntos culturales de la sociedad.
6. Conceptualizará etnocentrismo.
7. Apreciará los aspectos positivos y negativos del etnocentrismo.
8. Clasificará situaciones de la vida diaria que muestren los usos y costumbres de la cultura dominicana.

Actividades

1. Lectura de los capítulos 4 y 5 del libro *Hombre y Sociedad*, titulados: "La evolución de la cultura" (pp. 81-102) y "Cultura, civilización e ideología" (pp. 103-28).
2. La lectura de los textos "La cultura y el proceso de socialización" y "Cultura, contracultura y marginalidad" que reproducimos a continuación.

LA CULTURA Y EL PROCESO DE SOCIALIZACION

Salvador Giner*

1. La sociedad humana y la cultura

Sociedad animal y sociedad humana

Los hombres viven en sociedad no porque son hombres, sino porque son animales. La aparición del modo social de vida ha sido un estadio dentro de la evolución biológica previo al surgimiento del ser humano. Lo único que podemos decir del hombre es que ha llevado este modo de vida a un grado de elaboración muchísimo más alto que el de la más complicada especie animal no humana. Básicamente, empero, la sociedad humana continúa reproduciendo las características de población, especialización, solidaridad y continuidad que encontramos en cualquier otra sociedad. El conocimiento de los principios de la sociología animal es, por ende, necesario a la sociología humana. Junto a la conducta instintiva algunas especies animales poseen conductas aprendidas en la interacción —caza, lenguaje— y a través de la imitación. Del mismo modo que la explicación meramente biológica no basta para entender las sociedades animales, una sociología que no tenga en cuenta el sustrato animal de la sociedad humana sería inaceptable. Fundamentalmente es necesaria la familiarización del sociólogo con el estudio de la vida social de los primates. Junto a ello hay que conocer los procesos de la evolución humana desde la época de los subhomínidos, es decir, el Bajo Pleistoceno, hasta la aparición del *homo sapiens*. Los procesos evolutivos de los seres que han sido nuestros antepasados, su conducta, el desarrollo de su inteligencia, su antropología física —y la nuestra— son acervo necesario si queremos discernir rectamente la naturaleza social del hombre de hoy; sobre todo, nos ayudan a no abstraer su conducta, sus afanes, sus pasiones y sus creencias de su condición animal.

Hay, sin embargo, un hecho capital que separa la sociedad humana de la animal. Ese hecho es la cultura, hecho peculiar al hombre, diferente de la naturaleza biológica a pesar de encontrarse de modo altamente rudimentario en alguna especie animal, y de estar conectado con la biología y basado en su peculiar sistema nervioso.

**Sociología*. Barcelona: Ed. Península, 1979. pp. 73-95.

La existencia de la cultura, sin embargo, no significa que la sociedad humana pueda abstraerse de su base zoológica. Lo máximo que puede afirmarse es que la vida social humana significa una biología sui géneris, pues se halla culturalmente modificada. La cultura, es en gran parte, el modo humano de satisfacer las exigencias biológicas. Algunos estudiosos de estas cuestiones, percatándose de esta dimensión biológica de lo cultural, han llegado a conclusiones extremistas, según las cuales todo fenómeno de apariencia no biológica debe ser reducido a sus supuestos orígenes biológicos. El arte, la religión, la poesía épica, serían meras sublimaciones humanas de los instintos de nuestra especie, reprimidos primero y transformados después hasta que reciben una expresión aceptable para la sociedad y sus normas morales. No son sólo los seguidores de las doctrinas psicoanalíticas quienes aceptan esta proposición general, sino también un buen número de etólogos. Estos últimos, al estudiar la raza humana como especie animal - enfoque perfectamente legítimo y sumamente interesante— practican a menudo un tipo paralelo de reduccionismo.

Así la agresividad intraespecífica que caracteriza a la especie humana y que parece producir en ella fenómenos únicos tales como la guerra, la esclavización de unos hombres por otros, la delincuencia, la tortura, es explicada en términos de instintos de territorialidad, presión de población o hasta de ciertos “errores regresivos” supuestamente ocurridos en nuestro sistema nervioso durante el largo proceso de evolución que condujo a la aparición del homo sapiens. La información que nos proporciona el acervo sociológico presente nos obliga a rechazar tales reduccionismos, si bien es menester poner de relieve el hecho de que en ciertos casos algunos de los fenómenos —verbigracia la mera presión demográfica— deben ser considerados como variables muy descollantes en la marcha de la vida social.

Definición de cultura

La clásica definición de cultura dada por Tylor tiempo ha es un tanto vaga, pero fácil de entender: cultura es, según él, “un complejo que comprende conocimiento, creencia, arte, moral, leyes, usos y otras capacidades y usanzas adquiridas por el hombre en cuanto que es miembro de una sociedad”. La cultura puede ser entendida como un sistema relativamente integrado de ideas, valores, actitudes, aserciones éticas y modos de vida, dispuestos en esquemas o patrones que poseen una cierta estabilidad dentro de una sociedad dada, de modo que influyen en su conducta y estructura. Todo aquello que el hombre es y hace y que no procede únicamente de su herencia

biológica queda, pues, cubierto por el campo de la cultura. El hecho de que yo escriba en castellano, por ejemplo, no me viene dado en los cromosomas que originaron mi equipo fisiológico, el lenguaje es cultura.

El hecho de que el lector que lee estas líneas pertenezca, supongamos, a la clase media, tampoco puede explicarse totalmente por su biología: la división en clases, que es parte de la estructura social, estará estrechamente ligada, también a este vasto sistema de valores que es un elemento central de la cultura.

Básicamente la cultura consiste en contenidos de conocimientos y pautas de conducta que han sido socialmente aprendidos. La cultura, pues, requiere un proceso de aprendizaje, el cual es social, lo que no sólo quiere decir que nace de la interacción humana, sino que la cultura consiste en patrones comunes a una colectividad. Estos patrones o pautas, no obstante, son abstractos: la cultura se manifiesta en conducta concreta y en sus resultados, los cuales no son, en sí mismos, cultura. Alcanzamos el concepto de cultura, y sus diversos aspectos, a través de sus resultados tangibles que son acciones sociales y sus efectos. Ambos obedecen a normas, creencias, actitudes; y a éstas llegamos por inducción. No creemos, claro está, en la existencia mágica de normas y entidades fuera del reino de lo humano, y que lo mueven; pero aceptamos la existencia de estados de conciencia a los que llamamos, para abreviar y entendernos, cultura, aunque, como veremos en la última sección de este capítulo (III, 5), la cultura posee también un importante elemento objetivo. Estos se manifiestan tangiblemente en actos y resultados observables. La cultura misma es abstracta e intangible y sus resultados perceptibles y delimitados en el espacio y el tiempo. Tomad como ejemplo la creencia hindú en las vacas sagradas; como tal, esta creencia es intangible y abstracta, pero se concreta en un sistema de normas de conducta, de reverencia y respeto al blanco bóvido, por eso es posible ver a algún piadoso creyente fallecer de hambre junto a la bestia sagrada, la cual es definida como comestible por culturas diversas. Es más, en contraste con la India, en Lima o en Granada un animal de la misma especie sería lidiado y muerto, según otro patrón cultural de muy diferente signo. La cultura tiene los siguientes elementos: los aspectos cognitivos, las creencias, los valores, las normas, los signos y los modos no normativos de conducta. Veámoslos. Toda cultura posee unos elementos cognitivos, es decir, un grado elevado de conocimientos "objetivos" sobre la naturaleza y la sociedad. De otro modo la colectividad no podría sobrevivir: desde los pueblos más primitivos a

los más avanzados en complejidad cultural todos saben enfrentarse con la brega cotidiana, sean las que sean las creencias mágicas, religiosas, ideológicas y “no objetivas”. Junto a estos sólidos elementos cognitivos están las creencias de las cuales no afirmamos su verdad ni falsedad, pues son empíricamente improbables; las creencias son una fe sobre el cosmos y la vida, y se manifiestan también en acciones y resultados que analizaremos más adelante cuando estudiemos las ideologías y, sobre todo, la religión (VII). Conviene señalar que existe un grado muy elevado de superposición entre lo cognitivo y lo credencial y que la distinción es puramente analítica. Así, creer es también un modo de conocer la realidad, por muy “falsas” que sean las creencias de unos hombres según la opinión de otros hombres. En todo caso, el conocimiento perfecto no existe: poseemos sólo aproximaciones, más o menos profundas, a la verdad.

Por su parte, los valores con que nos acercamos a la realidad y las normas de conducta que los enmarcan determinan nuestras actitudes. Puede decirse que los valores son juicios de deseabilidad o aceptabilidad, o de rechazo, que se atribuyen a toda clase de objetos y hechos. Así, volviendo al ejemplo hindú, en el Indostán la carne de ternera o vaca es un valor negativo como alimento; pero en otras culturas es un bien deseable y es un valor económico positivo. Los valores, pues, conllevan actitudes que superponemos a fenómenos dados, y que deben ser distinguidos cuidadosamente de los fenómenos mismos.

Pronto se comprende que los valores no pueden manifestarse sin normas de conducta que los enmarquen y que tienen que ser aceptados por un número mínimo de miembros de la colectividad, y en muchos casos por todos.

La desviación del valor y de la norma establecidos suele implicar una reacción punitiva por parte de la colectividad en cuestión, aunque muchas sociedades complejas hayan institucionalizado un buen número de divergencias en un sistema de tolerancia aceptables. Así, las democracias parlamentarias occidentales permiten la pluralidad de religiones, partidos políticos, opiniones: naturalmente, en la práctica hay fricciones y la tolerancia no es absoluta sino relativa: empero, en estas sociedades hay un gran margen de coexistencia de normas y valores diferentes: ello es así, en realidad, porque hay otros principios superiores que sancionan tal tolerancia.

Los signos culturales incluyen señales y símbolos. Los primeros indican un hecho, simplemente, como es el caso de las señales de tránsito. Los símbolos son más complejos y son parte central del

sistema de comunicación que es la cultura. La red simbólica más importante es el lenguaje; sin él la estructura social se desvanecería. La sociedad humana es inconcebible sin lenguaje. Para estudiarlo desde el ángulo de mira de la sociología se ha desarrollado la disciplina de la sociolingüística, que introduce criterios demográficos, migratorios, ideológicos y políticos en la investigación de los datos referentes al lenguaje humano. Finalmente tenemos las formas de conducta no normativas, como son el estilo peculiar de las gentes de una comunidad nacional; los andaluces tienen un "estilo" propio, como lo tienen los sicilianos o los escoceses. Este último elemento es algo vago, pero no por ello menos real en la conformación de las culturas.

Cultura y subcultura

Exigencias metodológicas nos han hecho distinguir entre grupos y subgrupos, sistemas y subsistemas. Del mismo modo hay que considerar que existen culturas y subculturas. Si definimos la cultura como un sistema complejo que abarca todo un amplio territorio o una gran población, tendremos que hallar un concepto que aclare las variaciones del mismo, según criterios locales, nacionales, estaticaciones, etcétera. Si, por ejemplo, concebimos que existe una cultura yanqui, tendremos que distinguir la subcultura de la costa del Pacífico de la de Nueva Inglaterra, y ambas de la del Sur. Estos rasgos no son solamente detectables en la literatura y lenguaje de los Estados Unidos, sino en las diversas formas que adopta en ellos el prejuicio social, la ideología política o el folklore.

Las subculturas no siempre existen en armonía con la cultura general. Pueden incorporar valores no aceptados a nivel de la sociedad global. Las actitudes de una clase social oprimida pueden reflejar un resentimiento contra la opresora, y también sublimarlo en toda suerte de mitos, fábulas, creencias y formas artísticas. El estibador del muelle y el fletador de navíos forzosamente contemplan el mundo desde diversas perspectivas, por mucho que compartan el mismo idioma, sean conciudadanos y vivan en la misma localidad marítima. Normalmente, sin embargo, si no pertenecieran a subculturas sino a culturas diferentes no se entenderían, sobre una base de cooperación mínimamente pacífica. Por ello es interesante señalar cómo la agudización del conflicto de clases tiende a agudizar también la divergencia de visión del

mundo entre las partes contendientes, es decir, a escindir la base consensual de la cultura.

2. Sistema y dinámica de la cultura

Sistemas culturales

Toda cultura puede estudiarse como un sistema, pues por muchos antagonismos que en su seno encontremos, sus partes deben estar integradas con un mínimo de interdependencia para que tal cultura subsista. Ninguna cultura es una constelación totalmente caótica de valores, normas y estados colectivos de conciencia. Todas son, empero, conjuntos dinámicos que deben adaptarse no sólo al medio ambiente físico y social sino a nuevos factores de naturaleza cultural, como son las innovaciones técnicas, la introducción de ideas nuevas, las tensiones subculturales, la difusión de elementos normativos, etcétera. Por todo ello no existen culturas que no cambien, aunque algunas veces así nos lo parezca.

Cuanto más rígida es una cultura, cuanto más incapaz es de asimilar o enfrentarse con el cambio, menos posibilidades tendrá de sobrevivencia fuera del aislamiento. Las culturas más ágiles —a menudo con un aspecto exterior más vulnerable— tienen grandes posibilidades de durabilidad, aunque también pierden fácilmente algunas de sus características. Pensemos en dos subculturas helenas: Esparta-rígida y Atenas-ágil. La última ha perdurado en cierta manera hasta nuestros días, pero ciertamente lo hizo durante todo el largo período helenístico, de hegemonía romana. Con Bizancio perdió muchas características, pero tanto en la Europa oriental como en la occidental ha demostrado una poco común vitalidad y única capacidad de universalización. Cuando decimos que somos parcialmente herederos de la Grecia clásica, jónica y democrática no nos refugiamos en la retórica; sencillamente, sin ella no se explicaría nuestro universo cultural de hoy. Para poder comenzar a comprender estos fenómenos (el sistema y la dinámica de la cultura) fijémonos ahora en ciertos elementos de toda cultura: los rasgos, los complejos, el cambio cultural; y luego en el modo capital de transmisión cultural, el proceso de socialización.

Rasgos, complejos y áreas culturales

Las unidades más reducidas de toda cultura son los rasgos, por lo menos en el sentido analítico del observador. Rasgos son las unidades más pequeñas identificables en una cultura dada. Su valor para la

investigación es que se puede aislar y definir con claridad, pero carecen de él si no conseguimos integrarlos en confirmaciones, patrones o complejos culturales. Un complejo cultural es un conjunto funcionalmente integrado de rasgos culturales que persiste como una unidad en el espacio y en el tiempo. Un tipo de edificio, por ejemplo, puede ser un complejo cultural: lo es el tipi de los indios de las praderas norteamericanas, la dacha rusa, la masía catalana. Cada una de estas construcciones se componen de unos rasgos que, separados, tienen un carácter diferente en cada cultura, si es que no están presentes en una y ausentes en otros. En su conjunto, estos rasgos son algo más que la suma de sus partes, pues explican en parte la cualidad de la vida de las sociedades en las que ocurren. El tipi o cabaña india implica un mundo totalmente diferente de la masía: un mundo tribal, trashumante. La masía, con su tamaño y su separación de las otras masías, apunta un tipo específico de dominio y explotación de la tierra, y su distribución del espacio indica que es una morada patriarcal. Por eso los rasgos culturales deben relacionarse con otras categorías, principalmente socio-estructurales. Todos estos fenómenos tienen lugar en áreas culturales. Cuando hablamos de cultura vasca, lapona, francesa, cingalesa, pensamos en zonas geográficas asaz determinadas. Pero esto presenta sus dificultades, pues la difusión cultural o transmisión de rasgos y complejos, puede producirse transculturalmente. De todas formas la división en áreas tiene un valor práctico y no solamente al nivel de pequeñas zonas culturales. Así, a pesar de sus fronteras difusas y de complejidad interna de cada caso, todos sabemos lo que significa Islam, Occidente, los pueblos Anglo-sajones. Se trata de una simplificación utilitaria, que aceptamos a sabiendas de que un análisis riguroso de los fenómenos denotados por tales expresiones nos obligaría a hacer muchas salvedades que no hace el lenguaje corriente.

Niveles de la realidad cultural

Al hablar de rasgos, complejos y áreas culturales, empero, no hemos mencionado su cualidad intrínseca. Es evidente que una herramienta, un enser, un concepto, una creencia, una palabra, un vestido son todos ellos rasgos culturales y, sin embargo, de muy diversa índole. Por ello es necesario hacer distinciones. Estas distinciones son, para nosotros, de nivel más que de naturaleza, pues las más de las veces un rasgo incorpora a sí caracteres de toda índole cultural. Expliquémonos. Como afirma Pitirim Sorokin, todos los fenómenos socio-culturales entrañan tres componentes: (a) significados, valores, normas; (b) medios biofísicos que los objetivan; (c) seres

humanos conscientes que los crean, usan u operan con ellos en el proceso de sus interrelaciones. El látigo, por ejemplo, es un útil (medio físico) utilizado en la expresión cultural de un sistema de explotación económica, la esclavitud (valores, normas); sólo posee sentido dentro de una red específica de interacciones entre seres humanos: en el trabajo forzado no es posible separar la situación biofísica de los valores y creencias, y ambas del grupo concreto, pero es posible distinguir niveles de comprensión de la situación.

Estos son, fundamentalmente, tres. El primero es el nivel simbólico-ideal que incluye creencias, nociones y valores y normas sobre la realidad social. El segundo será el nivel de la acción social, en el que se plasma el anterior, y que no lo expresa totalmente, no obstante. Así, un grupo puede mantener unas creencias determinadas, pero en la práctica actual de un modo que parece poco consecuente con ellas.

El compromiso entre valores, normas y motivaciones y situaciones concretas que la contradicen es un fenómeno típico en este terreno. Finalmente nos encontramos con el nivel material de la realidad cultural. Este representa una solidificación material de los dos niveles anteriores. El palacio de Versalles, el monasterio de El Escorial, la Mezquita de Omar, pero también la choza del pastor, la tienda del nómada, la casa de vecinos nos dicen mucho de los dos niveles anteriores. Y es que la pura necesidad fisiológica y la actividad económica, por sí solas, no son suficientes para explicar la dimensión física de la obra del hombre.

Cambio cultural

Es patente que la cultura no permanece inmóvil. No sólo los aspectos menos profundos de la cultura —como son las modas— cambian con velocidad sino que otros más estructurales también lo hacen, y ello ante nuestros ojos. La tarea del sociólogo estudioso de la cultura consistirá en la determinación de las causas del cambio, de sus líneas, ritmo y correlaciones con las diferentes instituciones, estratos, árcas. Así, examinará en primer lugar fenómenos culturales de transformación relativamente circunscritos y concretos, como lo son la difusión cultural —la transmisión de rasgos culturales, recién mentada— o la aculturación o síntesis que se produce cuando dos culturas diversas entran en contacto y entrelazan. Ciertos elementos culturales se difunden sin afectar estructuras sociales: así la lengua castellana es hablada en parte de la Guinea africana, en Asturias y en

Buenos Aires, y poco puede ayudarnos este hecho a entender la diversidad de sociedades que encontramos en esos tres lugares. En cambio, la expansión del cristianismo como sistema de creencias de los europeos y su imposición proselitista o coercitiva en varias partes del mundo ha producido cambios en los sistemas sociales afectados. Pero las cosas no son tan simples: así, rara vez encontramos una mera difusión lingüística: un idioma va cargado de valores y representaciones colectivas que afectan la conducta de las gentes. La ciencia y la tecnología ligadas a menudo a la lengua, y ambas al sistema de creencias. Junto a estos fenómenos concretos de transmisión cultural están los más vastos, como es el de la evolución cultural general, la cual engloba también las revoluciones culturales. Estas últimas son fenómenos que no deben confundirse con las revoluciones políticas, aunque en la realidad existen correlaciones estrechas entre unas y otras. La aparición de la imprenta en Europa —importada de Oriente— es una revolución cultural: el impacto de la técnica moderna en la India es otra. Se trata de la introducción de un rasgo o complejo cultural en una cultura que produce un cambio rápido y radical, una reestructuración del sistema, y las más de las veces, acarrea desorden, disfunciones, tensiones y anacronismos de toda suerte durante la fase inicial de implantación. La evolución cultural, que examinaremos en nuestro último capítulo —dedicado al cambio social— relacionándola con la noción de evolución humana, no implica necesariamente progreso cultural. Hay progreso en dos sentidos. Si emitimos un juicio de valor y decidimos que la cultura *x* es mejor que la cultura *y*, habrá progreso cuando la segunda evolucione hacia la primera. Si nos abstenemos de ello, sin dejar del todo de lado la idea de progreso, podremos equiparar progreso a complejidad social, entendiendo por ésta un grado alto de división del trabajo, conocimientos objetivos sobre la realidad (ciencia), alto uso de la comunicación simbólica, secularismo (no incompatible con la coexistencia de religión en la misma sociedad) y un sistema político enlazado a una burocracia y administración muy desarrollados. Estos rasgos han sido comunes a muy pocas culturas, como por ejemplo la china o la europea. Esta última es la que los ha desarrollado al máximo en el pasado, al descartar el despotismo típico de los imperios orientales y sustituirlo por el pluralismo político y cultural. Ahora, sin embargo, la complejidad representada por civilizaciones como las citadas se está generalizando a grandes zonas del mundo, en un proceso de cambio cultural sin precedentes.

La pluralidad de las culturas

Hablamos de la cultura como hablamos de la sociedad, conscientes de que hacemos uso de una abstracción conveniente. En realidad, es más preciso hablar de culturas, en plural. El empleo singular del concepto puede entrañar etnocentrismo, el peligro que acecha al sociólogo cuando analiza sociedades, clases o grupos que no son los suyos. Por eso, en su tarea, tiene que esforzarse por despojarse de creencias y prejuicios heredados en su circunstancia personal. Por ejemplo, tiene que contemplar los mitos de cualquier religión con total respeto. Para el antropólogo, sociólogo o etnólogo esos mitos tienen en principio el mismo valor y esconden todos ellos tanta verdad sobre la naturaleza humana como la que pueda esconder la religión que sus mayores le infundieron cuando era niño, si éste es el caso.

La ciencia social moderna está empeñada en la ardua faena de eliminar las reliquias de la arrogancia del europeo, quien solía contemplar las "curiosas" costumbres de los "salvajes" o de los pueblos "exóticos". Es menester entender que cada grupo posee una imagen del mundo y una constelación de valores que puede diferir profundamente de los de otros grupos. Lo que para una colectividad es sagrado, para otra es profano. La aceptación de este hecho elemental, que es causa parcial de tantos terribles conflictos entre las diversas sociedades del pasado y del presente, implica la admisión de un grado considerable de relativismo cultural, esto quiere decir que nos percatamos, en virtud de los hallazgos de las ciencias sociales, de que los principios morales, las ideologías, las creencias religiosas, las leyes, dependen del lugar, la historia, la población, la tradición heredada y otros muchos factores externos de la naturaleza básica del hombre.

Es evidente que entre la admisión de un grado considerable de relativismo cultural y la admisión de un grado total del mismo hay una diferencia muy importante. La adopción del relativismo cultural total significa la negación categórica de la existencia de una naturaleza humana básica, pues en tal caso nuestra conciencia y nuestra conducta dependerían enteramente del medio ambiente social y físico en que nos encontremos. No obstante, son precisamente los hallazgos de las relativistas ciencias sociales los que apuntan en otra dirección. La aparición de ciertos fenómenos culturales según regularidades específicas en lugares distantes y no comunicados entre sí indica la existencia de un sustrato al que es dable llamar naturaleza humana. Quizá podamos llegar a saber algo seguro sobre ella al descubrir el denominador común a todas las culturas: los universales de conducta

y conciencia. Paradójicamente, pues las ciencias sociales que en un principio parecían haber venido a relativizar totalmente nuestra imagen del hombre nos suministra nuevos datos para su reestructuración según criterios más aceptables para nuestras exigencias y mentalidad. Así, pues, sin temor a perdernos en un escepticismo absoluto, aceptaremos un cauto relativismo metodológico que consistirá principalmente en considerar que la conducta y la conciencia de los hombres depende en gran manera de la estructura social y de la cultura de la que son parte. A su vez, tanto la estructura social como la cultura deberán acomodarse a los rasgos básicos de la naturaleza humana. Estos últimos no nos son plenamente conocidos, aun y cuando háyanse presentado anteriormente algunos de los más descolantes y relevantes para la sociología, a la luz de lo que sobre el tema se sabe.

3. El proceso de socialización

Aprendizaje y socialización

La socialización es el proceso mediante el cual el individuo es absorbido por la cultura de su sociedad. Fundamentalmente, la socialización es un aprendizaje: en su virtud el individuo aprende a adaptarse a sus grupos, y a sus normas, imágenes y valores. Trátese de un proceso de aprendizaje de conducta (y de ideas y ciencias que a la postre han de plasmarse en conducta). Como proceso es permanente, pues dura toda la vida del individuo y es perenne en la sociedad. Para el individuo la socialización es particularmente intensa durante sus primeros años. Y es durante la infancia cuando más clara se ve la naturaleza de la socialización, la cual es, en su carácter de aprendizaje, un proceso de interiorización normativa, imaginativa y valorativa, como descubrió Freud. Por eso se puede hablar simbólicamente de su Super Yo, formado por la capa cultural superimpuesta a nuestra conciencia más elemental. Esta interiorización paulatina del mundo social sigue unos canales biológicos que vienen dados por el equipo fisiológico del niño, que incluye una enorme plasticidad. A pesar de la alta determinación que entraña la condición física del recién nacido, éste es en potencia un haz muy variado de tipos humanos. El individuo adulto único que surgirá más tarde dependerá en gran manera del tipo de socialización que reciba. A su vez, ello dependerá no sólo de la estructura del grupo en el seno del cual crezca, sino de la cultura.

Jean Piaget ha estudiado las primeras fases del desarrollo del niño, desde la identificación del mundo percibido consigo mismo

hasta el momento en que descubre la existencia de objetos exteriores independientes. Ya durante esas fases hay socialización, la cual aumentará en intensidad a medida que crezca el niño y comience a distinguir entre objetos inertes y objetos sociales-personas, sujetos de roles. En esa fase comienza su integración en el primero de sus grupos, la familia. Es entonces cuando interioriza un código de moral, al aprender, sin que exista deliberación por su parte, lo que está bien hecho y lo que está mal hecho, lo que puede hacerse sin sanción punitiva y lo que implica tal sanción. Esta interiorización es emocional: y por ello los valores serán, toda la vida, reacciones afectivas ante ciertos aspectos del mundo. Todo este proceso de transmisión cultural se realiza por la interacción del niño con la madre y con el padre primero, y luego con hermanos, parientes, amigos de la familia, sin que tal orden sea rígido, salvo en el primer paso: pues si hay alguien que sustituya a la madre en el cuidado inicial del recién nacido, tal persona adopta el rol materno y tiene sus efectos sobre la virgen conciencia del nuevo ser humano.

Socialización, cultura y estructura social

Poco a poco, con castigos y premios —a menudo mediante signos de aprobación y reproches no violentos—, el primer grupo a que el niño pertenece comienza a moldear su personalidad según sus valores y su imagen del mundo. Se le transmiten normas y técnicas de conducta, se le enseña a aceptar una estructura social determinada. A su vez, cuando el agente socializado haya interiorizado estos esquemas y se haya convertido en agente socializador, es muy probable que inconscientemente coadyuve al mantenimiento de la cultura y de la estructura social que de pequeño recibió. Por eso el proceso de socialización —el modo de educar— es tan importante en la continuidad o discontinuidad de los sistemas sociales. Sin necesidad de concebir la cultura, como supraestructura psicológica o Super-Yo, los misioneros de algunas religiones han dedicado sus esfuerzos a educar, según sus creencias, a los miembros más jóvenes de los países en los que realizan proselitismo, a sabiendas de que en las primeras fases de la socialización es cuando el individuo es más vulnerable o posee mayor plasticidad. Si un pueblo es más tolerante que otro, más autoritario que otro, más capaz de expresión estética que otro, etc., ello se debe, en gran parte, al método de socialización de su población infantil. A su vez, claro está, este fenómeno suele estar secundariamente conectado con condiciones económicas, históricas o geográficas múltiples.

Mas la socialización —como se ha apuntado— no acaba con el grupo familiar. Los agentes de socialización familiares pronto son sustituidos. En las sociedades occidentales los hay sancionados por el poder público, o son instituciones privadas, pero ajenas a la familia: jardines de infancia, escuelas. A medida que crece el nuevo individuo aumentan en número los agentes. En una tribu aislada el individuo pronto conoce los límites de su sociedad, y no tarda en pasar por los decisivos ritos de iniciación (los ritos de passage también son socialización), o sea, de integración en la estructura grupal. En nuestra sociedad en cambio, la duración de los estudios superiores, por ejemplo, nos da una idea del largo camino a recorrer. Y el hombre de ciencia, el artista o el pensador son hombres que no paran nunca, deliberadamente, su proceso de aprendizaje; han hecho suyo, precisamente, ese proceder cuyo origen es social. Por otra parte, en las sociedades técnicamente avanzadas existen agentes aparentemente impersonales de socialización —como son la radio, la televisión, la prensa— los cuales son una novedad frente a los sistemas siempre personales que han prevalecido tradicionalmente. Gran cantidad de información —cargada de valoraciones y rasgos culturales— se transmiten ahora a través de estos medios impersonales. Así, la propaganda política, con su contenido emocional y que excluye el análisis— y es en gran medida, por tanto, irracional—, es transmitida por estos medios en todos los países modernos sin excepción. Un análisis del contenido de los mensajes retransmitidos nos mostrará que los grados de objetividad y de respeto para la autonomía o libertad del agente socializado —el miembro del público— varía considerablemente de sociedad a sociedad y que tras cada medio de comunicación hay personas, partidos y grupos con unos intereses y opiniones muy concretos.

Desde los estudios de psicología infantil a los de los medios de comunicación de masas, el tema de la interiorización y transmisión de la cultura es vasto y debe ser enfocado interdisciplinariamente, con ayuda de la psicología social, la sociología, la antropología cultural, la ciencia política. Cuando nos adentramos en él nos encontramos con uno de los mejores ejemplos de la unidad e interdependencia íntima de las ciencias humanas.

4. Socialización y acción social

Decíase más arriba que si un pueblo es más tolerante que otro, más autoritario que otro o más rico en expresión estética que otro, ello se debía en parte al método de socialización sufrido por su población, especialmente la infantil. Que este "método" sea, a su vez, fruto de un conjunto de factores, tales como la herencia cultural histórica, las exigencias de su estructura económica y otras similares, y como se viene subrayando, las pautas de conducta que caracterizan a sectas, facciones, clases sociales, tribus, grupos profesionales y demás agrupamientos humanos deben ser entendidas como inculcadas en sus miembros mediante el proceso de aprendizaje de la cultura o subcultura al cual llamamos socialización. Ahora bien, ¿es posible establecer una taxonomía de los valores fundamentales sobre los que se orienta la acción humana en virtud de ese proceso y de acuerdo con la cultura predominante? La gran riqueza de los valores que se puedan encontrar en cualquier sociedad, su aparente variedad infinita, la sutileza de sus matices pueden inclinarnos a desistir de tal intento. Pero si desistiéramos nos encontraríamos con que habría que prescindir de toda interpretación socio-cultural rigurosa de la acción social, la cual aparecería entonces como un fenómeno carente de sentido.

En el estudio de instituciones aisladas, bien delimitadas, no será muy arduo determinar cuáles son tales orientaciones básicas de conducta, acordes con los fines de las mismas. Pensemos tan sólo en las expectativas de conducta que encontramos en un cuartel, en un convento, en un vacío, donde la rigidez jerárquica, los rituales preestablecidos, las rutinas y la división de las tareas carecen de ambigüedad, amén de la ideología explícita que preside tales sistemas sociales cerrados. Sin embargo, cuando tratemos de establecer lo mismo para colectividades más difusas, como por ejemplo, una clase social, surgirán las dificultades que se apuntaban. En este contexto, una de las clasificaciones de orientaciones culturales de conducta que tiene cierto interés es la propuesta por Parsons: no es que ella disipe nuestras dudas, pero por lo menos es un esfuerzo de clasificación de la acción cuya crítica puede empezar a develar el sentido socio-estructural del proceso de socialización.

Según Parsons, la acción social presenta siempre un problema para el individuo y ese problema es resuelto (o halla una ayuda en su resolución) mediante el sistema de valores del grupo. Esos valores le orientan en cada caso en una dirección determinada, la cual se establece sobre unas líneas de conducta de doble sentido. En efecto,

en su acción social concreta el individuo debe escoger entre ciertas polaridades culturales, las cuales no tienen por qué presentarse a su conciencia de un modo explícito. Al contrario, cuanto más interiorizados estén los criterios sociales de conducta menos consciente será de ellos. Parsons llama a esas polaridades *pattern variables*, o variables de pauta social, y según él pueden reducirse a cinco:

- a. Cualidad-ejecución
- b. Universalismo-particularismo
- c. Afectividad-neutralidad
- d. Difusión-especificidad
- e. Autoorientación-orientación colectiva.

a. En el primer caso los valores inculcados nos indican si hemos de prestar atención a lo que una persona o grupo son, o bien a lo que hacen. Cuando el boer segrega —y con ello, explota— al africano de raza negra atiende a su cualidad (mejor dicho, a una cualidad que se le atribuye) y no a su capacidad de actuar como cualquier otra persona. La discriminación ocupacional contra la mujer en España o Italia también obedece a este mismo tipo de criterio. Por el contrario, toda situación en que se escoge o discrimina según criterios de mera capacidad de ejecución de una tarea representa el polo opuesto de la anterior.

b. Los hombres pueden actuar según un criterio de moralidad universal, aplicable a todos por igual, o según un criterio particularista que podríamos llamar clánico. La lealtad a una tribu, partido político o gobierno por encima de toda consideración de principios morales universales es un ejemplo de acción social particularista.

c. Otro tipo de conducta es la determinada por la neutralidad afectiva, la conducta “fríamente racional”, polo opuesto de aquella que está totalmente a la merced de la afectividad o la pasión. Aunque ambos elementos están presentes en toda sociedad, cada cultura enfatiza las formas de afectividad que se consideran apropiadas y admisibles en cada caso, y ello de modo hartamente diferente.

d. La conducta que dimana de ciertos roles —así, el de padre— posee un gran grado de difusión y aun de ambigüedad, aunque algunos de sus aspectos sean bien claros. Por el contrario, en muchos casos ocurre una prestación de servicios frecuentemente respaldada por contrato que especifica y limita la acción social en todos los sentidos.

e. Finalmente, la acción social puede ir dirigida estrictamente en beneficio de los intereses propios, individuales, o en favor de la colectividad. Esta distinción, de apariencia simple, entraña alguna dificultad. La orientación "hacia la colectividad" no significa siempre una entrega altruista de ella. Así, en la ética profesional de médicos o abogados nos encontramos con que la orientación es hacia el paciente o cliente: si el médico dictamina a sabiendas contra el paciente o el abogado contra su defendido laboran rápidamente en favor de su propia destrucción profesional, salvo casos muy especiales. En el mundo de los negocios capitalistas, en cambio, el beneficio propio es el único criterio de acción social. El fabricante de armas jamás se pregunta qué hará con ellas el comprador. El fabricante de productos químicos no tiene inconveniente en corromper la atmósfera o destruir fauna y flora de los ríos. Es más, los valores aprendidos -- triunfar económicamente es un bien supremo -- le indican que ésa es la manera correcta de actuar.

Todos estos elementos se encuentran en cada colectividad en grados diferentes y, a su vez, en combinaciones diversas. Cada extremo, para complicar las cosas, parece ser compatible con su opuesto según los terrenos en que deba materializarse la acción social. En los Estados Unidos, por ejemplo, es fácil hallar valores de neutralidad afectiva, universalismo y orientación colectiva entre las gentes de estirpe protestante y nordeuropea: sin embargo, esas mismas gentes, sobre todo las de clase baja, ejercen una intensa segregación particularista contra puertorriqueños, negros y judíos, por no mencionar más que tres categorías. Algunos grupos humanos, sobre todo sectas religiosas y ciertas tribus, parecen alcanzar grados muy altos de coherencia en sus esquemas valorativos y de acción social: sin embargo, la presencia de contradicciones y de niveles múltiples de moralidad u orientación de conducta es la norma. Naturalmente, estas multiplicidades, con sus tensiones y conflictos consiguientes, obedecen a causas económicas, políticas, demográficas o de otra naturaleza. No es posible considerarlas fruto del azar.

5. Dimensiones de la realidad cultural

A lo largo de este capítulo he recogido varias de las distinciones más interesantes que han aparecido en el estudio sociológico de la cultura. Parece adecuado darle cima con un análisis de la realidad cultural muy atractivo, presentado por Karl Popper y que, como se verá, no parece ofrecer ningún grado de incompatibilidad serio con

los diversos niveles ya introducidos, ni con las categorías y fenómenos descritos.

Durante mucho tiempo los filósofos han distinguido la existencia de dos “mundos”, el de nuestra conciencia subjetiva y el mundo externo, es decir, que veían la realidad como algo esencialmente dual. (Esto es cierto si exceptuamos, sobre todo, a quienes creían que además de esos dos mundos existía un tercer universo de poderes sobrenaturales o de ideas platónicas). Ahora bien, el estudio sociológico de la cultura nos hace ver que quizá convenga añadir a esos dos mundos primordiales el subjetivo y el objetivo compuesto por realidades físicas, un mundo de creaciones culturales que posee las características de la objetividad (es externo a nuestra conciencia) y las de la subjetividad (sólo en ella cobra vida y sólo en ella es percibido). Acabamos de ver precisamente cómo el proceso de socialización entraña una interiorización —apropiación subjetiva— de ciertas normas, valores, conocimientos y creencias que estaban primero fuera de nosotros, tan objetivas y ajenas a nuestra mente como pueda serlo cualquier fenómeno físico.

Siguiendo estas nociones que la imaginación sociológica ha hecho posible, aunque sin hacer referencia a sus obvias raíces en esta ciencia social, Karl Popper ha distinguido entre tres mundos diferentes de la realidad. El primero de ellos, el mundo 1, según su vocabulario, es el mundo de los objetos físicos, de las cosas; el segundo, el mundo 2, es el de la conciencia, que incluye los procesos de pensamiento; y el tercero, el mundo 3, es el mundo de los productos objetivados del pensamiento humano: ideas, teorías, explicaciones, ideologías, ciencia, conocimientos de toda índole. El tercer mundo, que es fundamentalmente el de la cultura, es naturalmente un mundo creado por nosotros en nuestra actividad pensante, pero es esa actividad objetivada. Aunque en cierto sentido el mundo 3 sólo existe cuando es percibido conscientemente por el 2, posee una cierta autonomía, ya que los hombres lo plasman a través del mundo 1. Así, la cultura está encarnada y guardada en monumentos, libros, laboratorios, códigos penales, textos sagrados, artefactos de todas clases —todos pertenecientes al mundo 1, pero pensados y creados originalmente en el 2—, mas tiene una dimensión objetiva indudable. Gracias a ello una persona no debe “saber” de memoria todo lo que “sabe” dentro de una disciplina. El ingeniero no sabe toda la ingeniería que “sabe” la humanidad; es decir, que tiene a su disposición la humanidad, catalogada en textos especiales. Nuestra consulta constante de diccionarios, tablas de logaritmos, mapas, fórmulas de cálculo infini-

tesimal, manuales de cirugía, es una prueba fehaciente de esa dimensión —y nada más que dimensión— objetiva que posee el mundo 3.

El desarrollo de culturas complejas y avanzadas sólo puede ocurrir a través del desarrollo del mundo de la cultura objetivizada. La crítica —filosófica, científica, social— que es esencial para el florecimiento de una sociedad, no sólo culta, sino capaz de progresar hacia la libertad y la dignidad de todos sus miembros, sólo puede surgir cuando la cultura se destribaliza, es decir, cuando el lenguaje se objetiviza. Es entonces cuando puede surgir la discusión sobre la falsedad o verdad de un texto, de una teoría, de una explicación sobre el mundo. Así, cuando se nos dice que la escritura representó un cambio enorme en la evolución de la humanidad, se suele significar que de pronto los hombres se encontraron con la posibilidad de almacenar conocimientos objetivamente, y echar mano de ellos cuando era necesario. Ello es, sin duda, cierto, pero el sentido profundo de la aparición de la escritura y de la consolidación a través de ella de un verdadero mundo 3 (noción puramente analítica: recuérdese que sólo puede existir en la conciencia de hombres de carne y hueso, y que su autonomía es muy relativa) es que mediante ella los seres humanos han conseguido acceder a modos más humanos de creatividad. La música polifónica, la física nuclear, la filosofía socialista, la poesía lírica, la navegación extraterrestre y tantas otras conquistas del espíritu humano, han sido posibles gracias a la actividad crítica de nuestros propios logros que permite la existencia del mundo de nuestros procesos de pensamiento plasmado en redes de símbolos objetivizados. El desarrollo de ese mundo nos hace herederos de toda la creatividad de la raza humana y nos permite descartar sus errores y explotar sus hallazgos, invenciones y avances.

CULTURA, CONTRACULTURA Y MARGINALIDAD

Luis Britto García

Se demuestra en este ensayo cómo las subculturas “son instrumentos de adaptación y de supervivencia de la cultura y del organismo social”. La contracultura es “una guerra entre modelos, una batalla entre concepciones”, reflejo de “la discordia de grupos que ya no se encuentran ni integrados ni protegidos dentro del cuerpo social”. Los sectores marginados como creadores de subculturas. El marginador convierte al marginado en infrahumano, supremo disidente. El mito de Prometeo y su opuesto: la contracultura o el fuego desencadenado y la búsqueda de un tiempo nuevo, he aquí algunos de los motivos de las inquietantes reflexiones del autor, quien considera

debe detectarse en la cultura la raíz de todos los conflictos. Liquidar físicamente a los agentes de la contracultura significaría la liquidación de la sociedad misma.

La obvia definición de Clausewitz postula que el objetivo de la guerra consiste en imponer nuestra voluntad al enemigo. Postula también que la guerra es la continuación de la política, por otros medios. Omite decir que la política es la continuación de la cultura, por otras vías. El aparato político —que se define por el monopolio de la violencia legítima en una sociedad determinada— sólo existe para operar, represivamente, aquellos aspectos de la conformación de la conducta que los mecanismos de la cultura no han podido inculcar en el hombre. El aparato estatal surge, por tanto, para cubrir los fallos del aparato cultural y es —por cuanto sociedad y cultura aparecen antes que el Estado— residuo de éste.

La cultura como conflicto

La guerra, por su parte, estalla cuando el aparato político no encuentra otra forma de llevar adelante sus propósitos que mediante la imposición armada. Las bombas empiezan a caer cuando han fallado los símbolos. De allí que la raíz de los conflictos deba ser detectada en la cultura: dentro de ésta o a través de ésta se logra la imposición de patrones de conducta al enemigo extraterritorial o de clase, se inculcan concepciones del mundo, valores y actitudes. A la larga, el aparato político no puede imponer y mucho menos defender victoriosamente en guerra lo que la cultura niega. Montesquieu intentó señalar esta misteriosa relación entre normas coercitivas y realidades culturales (espíritu) concluyendo que sólo la coordinación entre unas y otras permite la aplicación del sistema legal y su eficacia en una sociedad determinada. Adelantó decididamente fórmulas para hacer que las leyes coincidieran con el espíritu y postuló, tímidamente, consejos para hacer que el espíritu pudiera adaptarse a las leyes. El jurista más inteligente de su época respetaba antes al espíritu que a la norma.

Dos siglos han pasado y las relaciones se han invertido. Mediante las operaciones de penetración, de investigación motivacional, de propaganda y de educación, los aparatos políticos y económicos han asumido la tarea de operar en el cuerpo viviente de la cultura. Esta intervención tiene como instrumento quirúrgico un arsenal de símbolos; como campo, el planeta; y como presa, la conciencia humana. Sus cañones son los medios de comunicación de masas; sus proyectiles, las ideologías. La ubicuidad de la llovizna radioactiva es deleznable frente a la persuasividad y armisticios; la de la cultura, no.

Cuando del seno de la cultura surge una contracultura que dialécticamente se le opone y la contradice, la sociedad no puede liquidar físicamente a sus cultores porque significaría la aniquilación propia. Debe, pues, sostener una ofensiva ideológica; un tipo especial de ofensiva destinada a negar sus mismos principios, a devorar a sus propios hijos; en el fondo, a devorarse a sí misma negándose toda posibilidad de desarrollo. Preparándose así, mediante la victoria, la paralización que al fin habría de sumirla en el foso donde caen todas las culturas que, al alcanzar el poder de esterilizar sus fuentes vitales, pierden esa facultad de aprender y transformarse que constituye su vida.

Cultura y subcultura

Para comprender qué es una cultura y cómo se transforma, debemos antes comprender cuál es su función dentro de la sociedad en la cual se produce.

Todo organismo vivo —sea un protozoo, un animal compuesto o ese agregado de seres que llamamos sociedad— debe mantener una estructura relativamente estable en medio de un entorno sujeto a un cambio continuo. La condición de ser vivo obliga a una serie de intercambios con ese entorno cambiante, y la posibilidad de que dichos intercambios se realicen sin destruir al ser vivo depende de que éste pueda regularlos. Para que tal regulación sea posible, es necesario que el ser vivo forme dentro de sí una imagen parcial de ese entorno y que rija su organización y sus procesos internos por esa imagen, que constituye un modelo del ambiente en el cual se dan los procesos vitales.

En virtud de que el ser vivo es sólo afectado por un lugar y un tiempo específico del entorno, tal modelo ha de ser parcial. En virtud de que el ser vivo dispone de escasos elementos para construir dicho modelo del entorno, tal modelo ha de ser necesariamente resumido. En virtud de que el medio ambiente cambia, tal modelo ha de ser, a corto o largo plazo, modificable.

Este proceso de construcción de modelos del entorno, y de regulación interna a base de ellos, es lo que llamamos código genético, cuando nos ocupamos de la generalidad de los seres vivos. Dicho código contiene las claves esenciales que describen el entorno específico al cual debe adaptarse el soma del ser vivo: se encuentra resumido en los aminoácidos que constituyen la doble hélice del código genético; se transmite por herencia, y no es alterado directamente por los cambios del medio ambiente, sino catastróficamente

por mutaciones o enfermedades que, al azar, pueden producir una mejor adecuación al medio, o también una inadecuación que se traduce en la extinción del sistema.

En ciertos seres vivientes, superpuesto al código genético se desarrolló un segundo tipo de modelo del entorno, que se distingue por su capacidad de corresponder con rápidas modificaciones internas a los cambios percibidos en el ambiente a través de los sentidos. A esta segunda categoría de modelos los llamamos memorias. No son útiles para modificar la estructura genética del ser viviente; pero a base de ellos el mismo puede modificar su conducta. Las memorias no se transmiten por herencia, justamente porque su utilidad estriba en la posibilidad de duplicar a corto plazo las variaciones específicas a que está sometido el medio donde mora el ser viviente individual que las posee. Las memorias, además, para ser útiles deben comprender en su modelo información continua acerca de la situación del ser viviente en relación al entorno dentro del cual deben regular su conducta. Las memorias, por tanto, son imágenes que comprenden autoimágenes.

Finalmente, el organismo social, en cuanto sistema viviente, no escapa a esta necesidad de regular sus relaciones con el ambiente y modular su organización y su conducta refiriéndose a un modelo parcial, resumido y modificable de ese entorno, que contiene además una imagen así mismo parcial, resumida y modificable del propio organismo social actuando dentro de él.

Un organismo social, por lo tanto, cuenta con tres categorías de modelos: (1) El código genético, que regula las formas somáticas de cada uno de sus miembros. (2) Las memorias de cada uno de ellos. (3) Y esa gran memoria colectiva que podemos llamar la cultura del organismo social, que resulta de la agregación sinérgica de los restantes códigos genéticos y memorias individuales y, en determinados casos, de sostenes materiales no vivientes. Esta memoria es necesariamente parcial, porque se refiere a aquellos aspectos del universo que más directamente afectan al organismo social; resumida, porque se reduce a utensilios, prácticas y símbolos; y modificable, porque ha de ser capaz de destruirse a sí misma para reflejar de manera adecuada los cambios que ocurren en el entorno, la relación del organismo social con estos cambios y las transformaciones de dicho organismo social.

Como el ambiente y el propio organismo social constan de un gran número de elementos y están animados de una casi infinita diversidad de fuerzas, ambos se modifican constantemente y por ello,

la utilidad de una cultura depende de su capacidad de modificarse para construir modelos adecuados de tales transformaciones y regir por ellos la conducta del organismo social. Pero, en virtud de que el organismo social se define por su capacidad de mantener una cierta constancia observable de estructura y de conducta, la cultura ha de ser capaz, asimismo, de mantener una cierta estabilidad o inercia frente a la modificación del entorno y las fuerzas entrópicas del propio organismo social. Tal estabilidad define su identidad y en cierta forma su existencia.

La cultura, pues, al igual que el código genético y la memoria individual, ha de lograr una tensión dialéctica ideal entre la adaptación del organismo al entorno y el mantenimiento de determinada estabilidad estructural en dicho organismo. Una cultura que cede sin ofrecer resistencia a cualquier modificación externa o interna, provoca la desintegración de los rasgos reconocibles del organismo social, y a todos los efectos, la disolución de éste. Una cultura que por el contrario, se inmoviliza y pierde su capacidad de modificar su contenido interno para reflejar las modificaciones del ambiente y del propio organismo social, será inepta para regir las respuestas de este organismo y variar su conducta, la cual se repetirá en una cada vez más abierta contradicción con la nueva situación real, hasta que la acumulación de tensiones entre la respuesta inadecuada y la nueva realidad haga colapsar el sistema. Un estudio de la cultura ha de ser por ello, en esencia, una indagación sobre las relaciones entre las tendencias opuestas y dialécticas que determinan la estabilidad del modelo y su modificabilidad.

Para definir su estabilidad, el organismo social ha de seleccionar, como los elementos menos variables del modelo cultural, aquellos componentes más esenciales e inmodificables de su entorno y de la organización y conductas diseñadas para responder al mismo. Sobre esta base, la cultura ha de permitir una amplia modificabilidad del modelo para hacer frente a transformaciones internas o externas y así poder determinar sus respuestas a las mismas. Como el modelo que llamamos cultura se sustenta en las diversas memorias individuales de los integrantes del cuerpo social, en las redes simbólicas a través de las cuales éstos se comunican, e, incidentalmente, en los objetos de la naturaleza que modifican, dicho modelo no es homogéneo, como tampoco lo es el propio organismo social. De hecho, toda conciencia y toda memoria consiste en un sistema de advertir heterogeneidades y discontinuidades. De allí que, a toda discontinuidad, a todo fraccionamiento, a toda divergencia de condiciones dentro del grupo social, corresponda un fraccionamiento o una parcialidad del modelo, que

podemos llamar subcultura, o en el caso extremo de fraccionamiento, contracultura. Así como toda cultura es parcial, a toda parcialidad corresponde una cultura, o para decirlo con más propiedad, una subcultura.

Así, dentro de un organismo social que se diferencia en clases, castas o grupos, existirán subculturas clasistas, de casta o grupales; en una sociedad que discrimina sexualmente, florecerán subculturas masculinas y femeninas; en una sociedad que se extiende sobre extensos ámbitos geográficos que no pueda avasallar totalmente, surgirán subculturas del llano y de la montaña, de la costa y del continente, del campo y de la ciudad.

Ello ocurre porque, como hemos indicado, todo modelo es parcial y sólo puede referirse a condiciones particulares del universo. Un organismo social que desarrolla particularidades desarrollará asimismo subculturas que corresponden a sus diversos núcleos o suborganismos parciales, y que definirán asimismo la identidad de estos. Por ello, basta que exista un grupo definido, para que se integre una subcultura del mismo: por ello, pueden existir subculturas de un clan, de una familia, de una profesión, de los marginales, y hasta de una pareja. Cada subcultura, remedando la cultura genética, crea una imagen del entorno, que comprende una imagen del subgrupo frente a ese entorno; crea una red de símbolos particulares; y, valiéndose de ellos, define los elementos que constituirán su estabilidad estructural y aquellos que podrán ser modificados conforme a la variación del organismo social general.

Las subculturas, en este sentido, son instrumentos de adaptación y de supervivencia de la cultura y del organismo social, ya que constituyen el mecanismo natural de modificación de ésta, y el reservatorio para el tanteo de soluciones que oponer al cambio del entorno y del propio organismo social. Así, por ejemplo, la aparición de una subcultura de marinos en un pueblo nómada pastoril recién llegado al mar es obviamente la vía a través del cual éste, a la larga, puede desarrollar una cultura marinera, dentro de la cual una subcultura de artífices puede llegar a conocer procesos tan complejos como la electrólisis de los metales y la elaboración de mercancías, que puede a su vez constituir una subcultura —y luego una cultura— de mercaderes.

Una cultura militar, que desalienta o reprime la formación de subculturas de otra índole dentro de su cuerpo social, puede producir una inmovilidad y una esterilidad que lo conducirán, a la larga, a la destrucción por la imposibilidad de adaptar esta rígida existencia cuartelaria a nuevas técnicas bélicas que requieren superior artesanía

o habilidad organizativa, o nuevas formas de vida. La formación de subculturas cumple, por lo tanto, dentro del ámbito de la cultura, el mismo papel que dentro del código genético desempeñan las mutaciones y dentro de la memoria la formación de nuevas sinapsis. Una subcultura es un análisis y una proposición de vías de relacionarse con un aspecto parcial, posiblemente nuevo, de la realidad ambiental o social.

La subcultura crece en la misma medida que el grupo o sector al cual le sirve la enseña de identidad, hasta que, al triunfar este grupo, se convierte en cultura dominante, y pretende someter a su denominador común las restantes parcialidades culturales. En caso de producirse esta victoria absoluta, la misma resulta fatal. La declinación de una civilización empieza cuando sus poderes de dominación cultural se perfeccionan tanto – o sus facultades de plasticidad se ocluyen a tal punto – que toda alternativa se cierra. En tal momento, se asimila a una especie incapaz de mutar, a una memoria incapaz de procesar datos nuevos, y comparte con ellos un destino ineluctable: el de ser barridos cuando ocurra la primera modificación del entorno o la primera alteración del organismo.

Cuando tales elementos definitorios de la identidad del grupo son incompatibles con los del organismo social general, se produce una contracultura, una guerra entre modelos, una batalla entre concepciones, que no es más que el reflejo de la discordia de grupos que ya no se encuentran integrados ni protegidos dentro del conjunto del cuerpo social. La capacidad de supervivencia de la cultura se define, así, por su posibilidad de aprender de las subculturas sin ser destruida. Una subcultura, en efecto, anuncia una radical modificación de las condiciones del entorno o del soma social: es una señal de crisis o de génesis que representa la amenaza del cambio y el potencial beneficio de una fecundación polínica enriquecedora que mejora las posibilidades del organismo social de adaptarse a la situación nueva. El intercambio de material genético en los protozoarios, y la reproducción sexual en los vegetales y los animales complejos, cumplen la misma función. En ambos casos, se admiten dentro del organismo social códigos extraños, versiones radicalmente diferentes de la realidad, y se encuentra una forma de sintetizarlas dentro de un lenguaje común para integrar un nuevo código. El rechazo de estas injerencias lleva a la esterilidad o al estancamiento.

Centro y periferia de las culturas

De allí el gran papel de los sectores marginados como creadores de subculturas, que, a su vez, son el producto y el emblema de esa marginación. Los márgenes — culturales, sociales, geográficos— de un sistema son como la piel por donde éste se comunica con el exterior, con lo que es contrario al centro de su cultura, usualmente conformado de manera definitiva y, por lo tanto, estancado. La piel es el inicio de toda sensación, porque define diferencias en superficies. Todos los sentidos son modificaciones de la piel: nuestra conciencia es un conjunto de representaciones de lo que golpea nuestra piel desde el mundo exterior, y casi nunca de nuestra realidad interna, de nuestra más profunda estructura, de la que sabemos sólo en momentos de crisis, de indigestión o de agonía, porque es poco variable, porque sus procesos están organizados en ciclos periódicos que sufren poca alteración porque están configurados en un sistema monótono cuya regularidad sólo se altera con las catástrofes. Dentro, lo antientrópico, “orden”; fuera, lo entrópico, el “desorden”. Nuestra conciencia da por sabido el orden interno —aunque nunca lo conozca a plenitud— y se ocupa ante todo de hacer modelos del desorden entrópico externo, al cual debe adaptarse dentro de las posibilidades del sistema. Si aceptamos que la riqueza de una cultura se define por su posibilidad de crear nuevas formas, debemos asumir que esta fecundidad comienza a cerrarse en el momento en que se establecen de manera definitiva las estructuras esenciales que configuran la identidad del sistema, y corre hacia su agotamiento en el instante en que la realidad exterior al sistema —su marginalidad geográfica, económica, social, política o cultural— deja de plantearle desafíos, o cuando la superestructura pierde su capacidad de responder adecuadamente a estos.

La creación cultural es uno de los aspectos que se paraliza en una sociedad que entra en estancamiento, que ha perdido su capacidad de transformarse. El estancamiento cultural es, por ello, un síntoma intranquilizante, en la medida que la capacidad de transformación de un sistema es una de las características que lo definen como viviente.

La personalidad del marginal

Como hemos indicado, en el momento en que un sistema cierra la posibilidad de integración de sus subculturas, éstas pasan a ser contraculturas y los sectores que participan de ellas son definidos como marginalidades, o no integrados, o excluidos. Esta ruptura produce efectos tanto para los integrantes de la cultura marginadora,

como para los de la contracultura marginada. Los marginadores, al negar la diversidad de su entorno cultural, se encierran en un mundo progresivamente empobrecido. Para justificar este encierro, deben realizar un complejo proceso de exclusión del marginado, proceso que, alternativa y contradictoriamente, niega la diferencia a la vez que la enfatiza. El marginador, en efecto, condiciona de manera angustiada la uniformidad en su propio círculo, al mismo tiempo que exagera la diferencia del marginado al extremo de convertirlo en lo otro, en lo no humano: en el bárbaro, el infrahombre, el pagano, el hereje, el esclavo, el paria, el lumpen, el enfermo mental, el disidente.

Todo sistema cuya capacidad evolutiva empieza a tener fallas, escinde así el universo en un núcleo conservador de bienpensantes conformistas, opuesto a un enemigo antihumano constituido por desviantes sobre los cuales se proyectan todas las formas del mal. Los marginados, por su parte, no pueden efectuar con igual eficacia la operación de exclusión. Viven en el mismo ambiente que los rechaza; están obligados a prestar adhesión y obediencia a la misma cultura que los margina; están sometidos a la valoración contradictoria que resulta de regirse a la vez con los cánones de ésta y por los criterios propios. La existencia del marginado es contradictoria en la misma medida en que se lo disputan los sistemas excluyentes de la cultura y de la contracultura. Ello determina la aparición de una particular caracteriología en el marginal, descrita en abundantes estudios:

“La ambición se opone al sentimiento de autorrespeto. El desea el reconocimiento del grupo dominante y al mismo tiempo ofende su arrogancia. Orgullo y vergüenza, amor y odio y otros sentimientos contradictorios se mezclan tumultuosamente en la naturaleza de la personalidad marginal. Las dos culturas producen una pauta dual de identificación y una lealtad dividida, y el esfuerzo por mantener el autorrespeto convierte esos sentimientos en una actitud ambivalente. El individuo entra y sale de cada situación grupal varias veces en el día, por ello su atención se centra repetidas veces en cada actitud grupal y en su relación con ella”.

Como rasgos del carácter del marginal han sido señalados, además, la conciencia de solidaridad del destino con su subgrupo; una exaltada sensibilidad para con el juicio del grupo dominante; la aceptación inconsciente de los valores de éste, que lo lleva a veces a adoptar una actitud crítica ante los defectos de su propio grupo, que incluye con frecuencia odio y desprecio hacia sí mismo. Se ha señalado, también, que tales grupos tienen un interés vital en el establecimiento de una perspectiva humanitaria y universalista, en la abolición de diferencias basadas en motivos de raza, credo, sexo o

nacionalidad, y en la creación de un orden legal que coloque el derecho en un plano superior al de la fuerza.

En su aspecto psicológico, la vida del marginal transcurre en medio de la situación de conflicto insoluble que las autoridades de la antisiquiatría señalan como generadora de la sicosis. La personalidad del marginal consiste en un verdadero yo dividido. Por lo tanto, obligatoriamente, su existencia debe consistir en una lucha hacia la obtención de la totalidad, combate que puede terminar, bien en la adhesión absoluta a la cultura marginadora, bien en la absoluta identificación con la conducta marginada, bien en la integración armónica de ambas culturas en una síntesis que las comprende y las rebase.

El hombre mismo es como animal, el marginal por excelencia. A medio camino entre la altura boricola y la de las llanuras; igualmente inadaptado para la dieta puramente vegetal y puramente carnívora, mal protegido contra los excesos de la temperatura; erecto con una estructura vertebral que la evolución diseñó para el avance inclinado, con extremidades en parte prensiles y en parte locomotrices, con una estructura corporal suficiente para dañar, pero sin armas naturales; a ratos predador, pero sin la velocidad ni el equipo mortífero óptimo para capturar presas, el hombre es una contradicción entre modos de vida excluyentes, un inadaptado nato. La cultura es la mediación que el hombre crea para cubrir con símbolos la distancia que lo separa de la naturaleza. Así, desde el principio y por esencia, la cultura fue una contracultura, una disruptiva facturación de símbolos y artefactos simbólicos progresivamente diferenciada y con frecuencia opuesta a la normativa natural del instinto.

De tal forma al miembro somático se superpuso el miembro artificial de la herramienta, a la epidermis se añadió la piel desechable de la vestidura y la vivienda, el fuego solar y el relámpago libre de la naturaleza fueron capturados en el fuego del hogar, que es a la vez metáfora del tiempo y de la muerte —los dos conceptos culturales cuyo conocimiento identifican al hombre como especie—. No en vano la conquista del fuego es objeto de mitos esenciales en todas las culturas. En la occidental, el robo de Prometeo, y su martirio subsiguiente, marcan el inicio de la civilización: la conservación de la brasa sirve de núcleo a la habitación y a la familia. La prisión de Prometeo alude al encierro del hombre en los cada vez más complejos sistemas que nacen del encadenamiento del fuego en el horno, en el crisol, en la caldera, en la cámara del cañón y en el cilindro del motor. La cultura de Occidente sanciona sus códigos con la combinación mística de la contrición y del fuego infernales, nueva metáfora de las llamas encadenadas.

Las contraculturas, por el contrario, recurren a la metáfora del fuego desencadenado. La quema del dinero en la bolsa de Nueva York, la quema de las tarjetas del servicio militar por los pacifistas, la quema de sostenes por las feministas, el incendio de los ghettos por los afronorteamericanos y el combate callejero con molotovs, constituyen ritos de purificación opuestos al fuego cautivo de los cilindros del motor y de la carga de los proyectiles. El fuego desencadenado, por lo mismo que simboliza el tiempo inmediato y eternamente presente de la naturaleza, se opone al tiempo de la civilización, estructurado y prolongado hacia el pasado y el futuro por las cadenas de la causalidad. El desencadenamiento del fuego busca así clausurar un orden permitido para sustituirlo por un tiempo nuevo y purificado.

Ahora bien, las sociedades no son homogéneas. Conforme ha dicho Ralph Linton, "una cultura es la configuración de la conducta aprendida y de los resultados de la conducta cuyos elementos comparten y transmiten los miembros de una sociedad". Esta configuración de la conducta se genera en el seno de todos los grupos sociales, en un proceso continuo y natural. Cuando por diversas razones económicas, políticas e incluso generacionales, dentro de las sociedades aparecen grupos definidos y diferenciados, estos grupos producen a su vez subculturas particulares o contraculturas, que son conjuntos de símbolos y actitudes a su vez definidos y diferenciados con respecto a los adoptados oficialmente por la sociedad.

Este proceso es continuo y natural, y hasta cierto punto endógeno, ya que la creación del nuevo contexto de símbolos y actitudes proviene del interior del mismo grupo que se siente diferenciado o excluido. En algunos casos, el símbolo o la actitud es enteramente originario del grupo: en otros, es adoptado por él mediante un acto creativo que le da al símbolo un significado enteramente nuevo y personal. Las chaquetas de cuero negro, por ejemplo, existen antes de que las adopten las pandillas juveniles, pero una vez que éstas, de una manera creativa, las usan como uniforme, tal indumentaria, que era un simple traje, pasa a tener un valor de símbolo. En ambos casos, el acto de creación o de adopción del símbolo tiene lugar dentro del grupo excluido. Y ello tiene que ser así, porque a través de esta creación de símbolos, dicho grupo marginado encuentra y afirma su identidad: se distancia de los valores oficiales de la sociedad y, en ocasiones, protesta en contra de estos.

En la medida en que el centro inmoviliza su superestructura, la periferia asume cada vez más la tarea de la innovación cultural. Como bien lo señala Cecil Saint Laurent: la bailarina, la niña y la

prostituta son las que lanzan los nuevos estilos en la ropa femenina. El apache parisino dinamita el lenguaje y crea una mitología; el compadrito argentino impone el tango ante el cual se doblegarán las aristocracias —plutocráticas o intelectuales—. Cada grupo fabrica su propia identidad: ésta exuda de la conciencia de su diferencia como la concha de la ostra. Pero a veces, el propio sistema asume el papel de crear y de dirigir la cultura del grupo disidente a los fines de dotarlo de una personalidad —cuando no exista posibilidad de aniquilarla— por lo menos manejable y rentable.

En estos casos, la cultura del sector marginado creada o mediatazada por el sector marginante, lejos de ser un símbolo de afirmación de la diferencia y un factor de oposición a lo establecido, termina por consistir en un conjunto de satisfacciones sustitutivas mediante las cuales el marginado encuentra suavizado su desacuerdo con la cultura oficial, y, en última instancia, halla posible su adaptación a la misma y su funcionamiento dentro del campo de ella.

De tal manera, los mecanismos de la colectividad industrial alienada interfieren en este proceso natural y endógeno de creación y adopción de su propia contracultura por parte de cada grupo excluido hasta desnaturalizarlo y anularlo. En este sentido, la producción industrial de la economía de mercado realiza un proceso de interferencia cultural y de falsificación de la conciencia, que a la larga se traduce en una manipulación social.

Estos mecanismos interfieren sobre los procesos de diferenciación que se producen en una sociedad, e interfieren también en el proceso del cambio social el cual se debe, en buena parte, a la afirmación y conciencia de tales diferencias. En efecto, mediante el proceso endógeno de creación de contraculturas los sectores excluidos, sean clases sociales, nacionalidades, grupos de edad, razas, castas o sexos, adquieren conciencia, primero de su existencia, luego de la comunidad de sus intereses y, finalmente, de su fuerza y de su posibilidad de alterar la realidad social.

Algunas conclusiones

Las reflexiones precedentes conducen a algunas conclusiones sobre la situación actual del choque entre las culturas que se desarrolla paralelamente al conflicto político, económico y social. La omnipotencia de los medios de conformación de la disidencia que creyó encontrar Marcuse en la sociedad norteamericana, lejos de ser un símbolo de fuerza, constituye una alarmante y contradictoria muestra de debilidad. Al derrotar las contraculturas de la década de los

sesenta, dicha sociedad se cerró al acceso hacia un mundo de pluralidad ideológica, igualdad, armonía con la naturaleza y paz, para enclaustrarse en otro de conformidad, desigualdad, ecocidio y agresión, que llevan a su fatal extremo los males de la sociedad industrial.

Frente a esta cultura con pretensiones de universalidad — última “oikumene” de la civilización de occidente— tanto los sectores discriminados, explotados y marginados dentro de las sociedades industriales, como los pueblos de esa vasta marginalidad del planeta llamada el Tercer Mundo, debemos afirmar nuestras parcialidades culturales, ya que de las mismas depende no sólo la conciencia de nuestro ser como entidades diferenciadas, sino la posibilidad del desarrollo de nuevas soluciones, nuevas formas de vida y nuevas alternativas para la crisis del hombre contemporáneo.

No debemos, en fin, pensar que la problemática aquí planteada se refiere exclusivamente a las formas de penetración que podríamos llamar “externas”. Aún en nuestras sociedades latinoamericanas, los mecanismos de conformación y recuperación del sistema aprovechan los más superficiales símbolos de las subculturas y contraculturas populares, para construir con ellos las mascaradas de consolidación de lo estatuido llamadas “populismos”. Por su letal capacidad para paralizar el cambio invocando versiones deformadas de lo nacional o de lo tradicional, los populismos colocan asimismo a las sociedades donde se producen las mortíferas condiciones de inflexibilidad, rigidez y vulnerabilidad que los instrumentales de supremacía ideológica aseguran para las grandes potencias.

CUESTIONARIO DE AUTOEVALUACION

Ejercicio 1

1. Explique las diferencias principales entre la vida de las especies animales subhumanas y la del hombre.
2. ¿Por qué la cultura es un fenómeno eminentemente social?
3. ¿Podemos afirmar que la cultura es sinónimo de conocimiento?
4. ¿Cuál es la importancia que tiene la cultura para el hombre?
5. Enumere las funciones de la cultura en la vida humana.
6. ¿Qué dicen las ciencias sociales respecto de esta creencia tan difundida?

Ejercicio 2

1. Describa las características que definen la cultura.
2. Compare las definiciones de Sir Edward B. Tylor y Guy Rocher sobre cultura y explique las diferencias.
3. ¿En qué consisten los aspectos objetivos y simbólicos de la cultura?

Ejercicio 3

1. Explique la importancia de las normas en el sistema social.
2. ¿Qué diferencias existen entre “folkways” y “mores”?
3. Al lado de la rayita, escriba F si es folkway y M si es una more de nuestra sociedad.
 - a. _____ Saludar a los amigos con un abrazo.
 - b. _____ Respetar y obedecer a los progenitores (padres).
 - c. _____ Comer los alimentos con cucharas, tenedores y cuchillos.
 - d. _____ Ponerse saco y corbata para ir al Teatro Nacional.
 - e. _____ Cuidar, alimentar y proteger a los hijos.
 - f. _____ Realizar matrimonio con una sola persona del sexo opuesto.
 - g. _____ Hacer regalos a los amigos en su cumpleaños.
 - h. _____ Obedecer las leyes de tránsito.

- i. _____ Bailar en las fiestas a las que nos invitan.
- j. _____ Prestar juramento al declarar en un juicio.

Ejercicio 4

1. Defina: Institución Social.
2. Enumere algunas instituciones sociales importantes.
3. ¿Qué relación existe entre la estructura social y la cultura?

Ejercicio 5

1. ¿En qué se diferencian las subculturas de las contraculturas?
2. Explique los conceptos “Cultura dominante” y “Cultura subalterna”.

Ejercicio 6

1. Defina etnocentrismo.
2. Señale tres aspectos positivos y tres negativos del etnocentrismo.
3. ¿Qué es el xenocentrismo?
4. Identifique con una E las expresiones etnocéntricas, con una X las xenocéntricas y con una D las declaraciones de hecho, creencias o preferencias.
 - a. _____ Creo en Dios.
 - b. _____ La Rep. Dominicana es un país exportador de azúcar.
 - c. _____ Me gusta ir a la playa en el verano.
 - d. _____ “No hay tierra tan hermosa como la mía”
 - e. _____ Los negros somos comida de puercos.
 - f. _____ Los artistas son personas excepcionales.
 - g. _____ El clima frío hace más trabajadores e inteligentes a la gente.
 - h. _____ Compartimos la isla con Haití.
 - i. _____ No me gusta la música rock.
 - j. _____ Sólo la Biblia te salvará.

Ejercicio 7

1. ¿En qué consiste lo que Luis Britto llama “memoria”?
2. Explique las categorías de modelos de un organismo social.

3. ¿Cómo se explica la dialéctica de la cultura?
4. ¿Cómo podríamos caracterizar un sistema que produce la marginalidad?
5. ¿En qué sentido la producción industrial de la economía de mercado incide en el proceso cultural?

RESPUESTAS

Ejercicio 1

1. La vida subhumana está basada en el instinto.
 - La conducta animal subhumana está sujeta a los límites que le imponen los instintos, es mecánica.
 - Las especies subhumanas no pueden transformar los rasgos que las caracterizan.
 - La vida del hombre está basada en el aprendizaje social.
 - El hombre tiene mayor capacidad de comunicar lo que ha aprendido que los demás animales.
 - El hombre posee un *lenguaje*, utiliza símbolos que enriquecen su comunicación.
 - La cultura humana es dinámica, acumulativa.

2. Es *social* porque la *cultura es compartida* por un conjunto de personas.

La cultura es un *sistema* que implica *normas, prácticas* sociales que conforman la vida social del grupo, *relaciones* entre los miembros de la colectividad (Rocher).

3. Los conocimientos son parte de la cultura, pero ésta no puede ser reducida a una porción tan pequeña, aunque importante, de sí misma.

4. La cultura le permite al hombre satisfacer sus múltiples necesidades, adaptarse al medio, transformar la realidad que le rodea, comunicarse con sus semejantes, tener un sentimiento de pertenencia e identificación con los demás.

5. Hay dos funciones principales: (1) la social, que permite reunir a una pluralidad de personas en una colectividad específica; y (2) psíquica, que conforma la personalidad individual de los seres humanos (Rocher).

6. Esta afirmación proviene de un prejuicio muy común, de suponer que los países más avanzados en términos económicos o tecnológicos son culturalmente superiores. Pero en otros menos avanzados la cultura es una totalidad muy compleja que no podemos simplificar tan fácilmente en dos categorías. Por más "atrasada" o "primitiva" que sea una sociedad, posee una riqueza y complejidad culturales enormes. Lo que podemos decir es que las culturas de distintos pueblos son diferentes.

Ejercicio 2

1. La cultura *afecta* toda la *actividad humana*, es decir, los conocimientos, los afectos, los valores, las creencias y las acciones del hombre.

La cultura aparece más o menos *formalizada*, en unos códigos, fórmulas, ceremonias.

La cultura es *compartida* por un grupo de personas.

La cultura se *transmite* de generación en generación a través de mecanismos sociales (Rocher).

2. La definición de Tylor se refiere a los aspectos materiales y no materiales de la cultura y es descriptiva. La definición de Rocher es más conceptual y sistemática porque nos explica lo que es la cultura como "conjunto trabado" y nos dice cuál es su función en la vida social del hombre (Rocher).

3. El aspecto objetivo de la cultura es aquel que puede ser observado y sentido como real por quienes la comparten. Son las necesidades materiales y concretas de la cultura. El aspecto simbólico se refiere a los medios que posibilitan la comunicación, por ejemplo el *lenguaje*, los modos no verbales pero que sirven al grupo para identificarse, para establecer unas distinciones entre ellos y otros grupos (Rocher).

Ejercicio 3

1. Es importante porque las normas nos indican cómo debemos hacer las cosas. Estas pautas de comportamiento nos ayudan a actuar de acuerdo con las expectativas sociales y contribuyen al funcionamiento de la sociedad (Horton y Hunt).

2. Los *folkways* son los usos o formas en que un grupo está habituado a hacer las cosas. Se refiere a las prácticas de buenos modales, protocolarios, etc., cuyo cumplimiento es deseable. Las *mores* o costumbres son un tipo de *folkways* que se consideran esenciales para el bienestar del grupo y cuyo cumplimiento tiene un carácter más obligatorio. Las violaciones a las *mores* tienen fuertes sanciones sociales (Horton y Hunt).

- | | | | |
|---------|------|------|------|
| 3. a. F | d. F | g. F | j. M |
| b. M | e. M | h. M | |
| c. F | f. M | i. F | |

Ejercicio 4

1. Institución es un sistema organizado de relaciones sociales que comprenden ciertos valores y procedimientos y satisface ciertas necesidades de la sociedad (H. y H.).

2. La cultura es como un *marco* general donde tiene lugar la acción social. Por tanto, la correspondencia entre la estructura social (que es donde se verifica la acción) y la cultura es muy estrecha. Sin esta relación, los seres humanos actuarían como en una especie de vacío. La cultura es entonces un marco espacial y temporal que les confiere a las relaciones e interacciones humanas un sentido (H. y H.).

3. La familia, el gobierno, la educación, la religión.

Ejercicio 5

1. Las subculturas son subconjuntos con sus propias especificidades, pero que guardan relación con la cultura global de la sociedad. Las contraculturas son subculturas cuyos antagonismos con la cultura general de la sociedad las llevan a oponerse y cuestionar los patrones culturales establecidos (H. y H.).

2. La cultura dominante es la de la clase social que dirige la sociedad en su conjunto, y es la que más influye en las demás subculturas, que denominamos subordinadas. En esta relación cultura dominante y culturas subalternas juegan un papel muy importante los valores, creencias o ideologías de los diferentes subconjuntos.

Ejercicio 6

1. Tendencia de cada grupo a considerarse superior a todos los demás.

2. Positivos:

a) Estimula la unidad e identidad culturales; b) Refuerza el patriotismo y el nacionalismo; c) Contribuye a la permanencia del grupo.

Negativos:

a) Estimula la intolerancia y el fanatismo; b) Conduce al aislamiento socio-cultural; c) Denota incapacidad crítica y prejuicio hacia otros grupos (H. y H.).

3. Es la tendencia contraria al etnocentrismo. Es decir, la subestimación o rechazo del grupo o cultura propios. (H. y H.).

- | | | | |
|---------|------|------|------|
| 4. a. D | d. E | g. E | j. E |
| b. D | e. X | h. D | |
| c. D | f. E | i. E | |

Ejercicio 7

1. Son modelos de información continua acerca del ser viviente en relación con el entorno dentro del cual deben regular su conducta, o sea, son imágenes que comprenden autoimágenes.

- 2.
- El código genético, que regula las formas somáticas de cada uno de sus miembros.
 - Las memorias de cada uno de ellos.
 - La memoria colectiva, o sea la cultura del organismo social que resulta de la agregación por asociación de los restantes códigos genéticos y memorias individuales.

3. Las tendencias opuestas que determinan la estabilidad del modelo y su modificabilidad.

Es decir que una cultura que cede sin ofrecer resistencia a cualquier modificación externa o interna, provoca la desintegración de los rasgos reconocibles del organismo social. Una cultura que por el contrario, se inmoviliza y pierde su capacidad de modificar su contenido interno para reflejar las modificaciones del ambiente y del propio organismo social, será inepta para regir las respuestas de ese organismo, hasta que la acumulación de tensiones entre la respuesta inadecuada y la nueva realidad haga postrar el sistema.

4. Es un sistema cuya capacidad evolutiva tiene fallas, escindiendo así el universo en un núcleo conservador de bien pensantes conformistas, opuesto a un enemigo constituido por desviantes sobre los cuales se proyectan todas las formas del mal.

5. La producción industrial de la economía de mercado realiza un proceso de interferencia cultural y de falsificación de la conciencia, que a la larga se traduce en una manipulación social.

UNIDAD IV

Personalidad y socialización

Objetivos generales

1. El estudiante explicará los aspectos esenciales de la personalidad humana.
2. Comprenderá los factores que hacen posible la evolución de la personalidad.
3. Establecerá la influencia del proceso de socialización en la conducta social.

Objetivos específicos

1. Identificará las principales características que definen la personalidad y los factores que contribuyen a su formación.
2. Describirá la socialización como proceso, sus principales etapas y su correlación con la personalidad.
3. Identificará los principales agentes de socialización.
4. Establecerá la correlación entre cultura, socialización y personalidad.
5. Integrará los conceptos que permiten clasificar los individuos o grupos con relación a la personalidad moral de una sociedad determinada.

Actividades

1. Estudiar los capítulos 6 y 7 del libro de texto *Hombre y Sociedad*, titulados: :“La cultura y el desarrollo de la personalidad” (pp. 129-139); y “Funcionamiento de la personalidad en la sociedad y la cultura” (pp. 141-148).
2. Estudia cuidadosamente los textos que aparecen a continuación.

VARIACIONES CULTURALES DE LA PERSONALIDAD

Judith Astelarra*

Como ya se ha dicho, si el origen de estos tipos de personalidad fuera genético, deberíamos encontrar que existen de modo semejante (aunque pudieran existir variaciones secundarias) en todas las sociedades. Los psicólogos señalan que esto parece ser cierto en todas las sociedades occidentales actuales. Sin embargo, los estudios antropológicos sobre sociedades primitivas han mostrado una amplia variedad de situaciones sociales, algunas totalmente opuestas a lo que se encuentra en Occidente.

Uno de los estudios más interesantes sobre el tema, que usaremos a modo de ejemplo, fue hecho por Margaret Mead, una pionera en el estudio del tema. Interesada en analizar la relación entre sexo y rasgos de personalidad realizó un estudio exhaustivo sobre el tema en tres pueblos primitivos de Nueva Guinea, las tribus de los Arapesh, de los Mundugomor y de los Tchambuli. Los Arapesh son una tribu muy pacífica que valora rasgos tales como la amabilidad, el espíritu de colaboración, el respeto a los seres vivos sean ellos hombres o animales, y rechazan con gran vigor la agresividad, la codicia y la violencia en la conducta social. Estos rasgos eran inducidos tanto a los hombres como a las mujeres de la tribu. Sus vecinos, los Mundugomor, en cambio, son una tribu de cazadores de cabezas y caníbales. La competencia, la afirmación del provecho personal sobre el bien colectivo y la agresividad son los rasgos predominantes en su conducta social. Son un pueblo esencialmente guerrero que vive en permanentes conflictos y guerras con sus vecinos. La hostilidad con los pueblos extranjeros se manifiesta también en las relaciones sociales internas de la tribu, tanto en las relaciones de amistad como en las relaciones amorosas. Así, por ejemplo, las parejas de enamorados demuestran su afecto mediante golpes, mordiscos y destrucción de las propiedades del ser amado.

He aquí, pues, dos pueblos primitivos, que viven en el mismo entorno geográfico pero que difieren totalmente en los valores que admiten como válidos, y en consecuencia en los tipos de personalidad que desarrollan sus miembros. Así, las diferencias entre los tipos de personalidades predominantes en ambas tribus (válidos tanto para los hombres como para las mujeres) son extremas. Esto hace que las

* *Nuestra sociedad*. Barcelona: Ed. Vicens, 1980. pp. 221-225.

diferencias culturales entre ambas tribus sean más importantes que las diferencias sexuales. Las mujeres Mundugonor son mucho más agresivas que los hombres Arapesh: es decir, responden mejor al patrón de "masculinidad" tal cual lo entendemos en Occidente. Los hombres Arapesh, a su vez, están más cercanos al tipo de personalidad "femenina". Estos rasgos psicológicos, los que eran aprobados culturalmente, eran transmitidos a los jóvenes de las tribus a través de la educación, con lo cual se reproducirá el mismo esquema de personalidad.

La tercera tribu del estudio muestra también características interesantes. En el caso de los Tchambuli, las mujeres se dedican a la pesca, la manufactura de productos comerciales y el cultivo de los huertos. Los hombres viven en casas separadas donde son responsables de sus propias tareas domésticas y fabrican productos de artesanía. Las mujeres Tchambuli se caracterizan por entablar entre ellas relaciones de amistad y solidaridad que nacen de su cooperación en las tareas económicas. Entre los hombres, en cambio, prevalecen las rencillas personales, los chismes y los celos. A las mujeres se las considera sexualmente superiores a los hombres. Ellas son quienes eligen a su compañero, y en caso de no considerar satisfactorias las relaciones sexuales con sus maridos pueden recurrir a un amante. Esto suele producir competencias y conflictos entre los hombres por lograr la atención de las mujeres. Los niños son criados por las mujeres hasta que cumplen siete años de edad. Entonces los varones van a vivir a las casas de los hombres, mientras que las niñas permanecen con sus madres, aprendiendo a trabajar. La convivencia con los adultos del mismo sexo produce las mismas características entre los niños: rencillas y conflictos entre los varones, y amistad y solidaridad entre las mujeres.

Tenemos, entonces, tres ejemplos de sociedades en las que los rasgos psicológicos, predominantes en los hombres y las mujeres no sólo varían fundamentalmente entre sí, sino que son también muy distintos a los que las sociedades occidentales consideran como prototipos de "naturaleza femenina" y "naturaleza masculina". Lo que quiere decir que cuando la cultura de una sociedad establece ciertos modelos de conducta, sus miembros se adecúan a ella desarrollando la personalidad más adecuada al modelo cultural. Esto sucede también en el caso del tipo de personalidad ligado al sexo. Lo que

nuestras sociedades consideran como masculino y femenino no está ligado a características genéticas sino a concepciones ideológicas producto del desarrollo histórico de Occidente. Los estudios antropológicos realizados a partir de Margaret Mead han ratificado ampliamente esta proposición.

Esta afirmación, producto de los estudios de sociedades primitivas, también ha influido en la reconceptualización del fenómeno de la personalidad en nuestras propias sociedades. En ellas también se dan diferencias de personalidad entre los distintos grupos y entre las clases sociales. Los estudios psicológicos de los que ya hablamos que pretendían medir ciertos factores de personalidad se habían hecho sobre muestras de hombres y mujeres blancos de clase media y clase alta. Sin embargo, cuando estos estudios se han ampliado a otros grupos sociales con diferencias étnicas y de clase, los resultados han sido muy distintos.

Así, conclusiones recientes señalan que muchas de las características consideradas femeninas, como por ejemplo la falta de ambición y de independencia, son también características de los hombres que pertenecen a grupos sociales marginados. Cuando se afirma que las mujeres no han sido nunca ni grandes literatos, ni grandes políticos o científicos de renombre, también se debería señalar que esto es común a los hombres provenientes de grupos sociales inferiores o marginados. Tampoco ha habido grandes genios de estos campos entre los negros, los campesinos o los obreros. Los psicólogos señalan hoy que la independencia, la capacidad creadora y la ambición están vinculadas al sentimiento de seguridad que desarrollan los niños durante el crecimiento. En este sentido, los niños que pertenecen a las clases superiores asumen desde pequeños un alto sentido de seguridad y de confianza en sí mismos. De donde se puede inferir que todos los seres humanos que pertenecen a grupos sociales considerados inferiores, como es el caso de las mujeres, desarrollan rasgos psicológicos semejantes en lo que respecta a la inteligencia, la independencia y la capacidad creadora. Finalmente, otros estudios contemporáneos señalan que en todas las sociedades y dentro de una misma clase social, las diferencias psicológicas predominantes entre hombres y mujeres no aparecen durante los primeros años de la infancia. Así, se encuentra el mismo grado de independencia, de emotividad, de agresividad o de inteligencia entre niños y niñas. No

es sino hacia el final de la infancia que estos rasgos comienzan a diferenciarse. Por lo tanto, también se puede resumir tomando en cuenta estos datos, que no se nace con las diferencias psicológicas, que como se ha visto existen entre hombres y mujeres, sino que éstas se aprenden durante el proceso de socialización de la primera infancia y luego se incorporan a la personalidad. Se puede concluir, por lo tanto, que si bien hay diferencias observadas en los rasgos de personalidad de hombres y mujeres su origen es más cultural que genético. La división sexual del trabajo tal como se practica hoy en nuestra sociedad, no es así el producto de la necesidad de que las funciones de los sexos se ajusten a las características psicológicas de ambos. Hay que buscar su origen, entonces, en el proceso de desarrollo social.

LA ELABORACION DEL UNIVERSO

Jean Piaget*

La constitución del universo, que parecía concluida con la de la inteligencia sensorio-motriz, prosigue a través de todo el desarrollo del pensamiento, lo que ciertamente es natural: pero prosigue presentándose más como repetición que como progreso real para englobar los datos de la acción en un sistema representativo de conjunto. Tal es la conclusión que nos suministra la comparación de nuestras actuales observaciones con los resultados del examen de las representaciones del niño de 3 a 12 años.

Para comprender la importancia de este hecho, conviene explicar las relaciones entre la asimilación y la acomodación intelectuales, aplicando esas reflexiones a los procesos del pensamiento.

Hemos procurado demostrar cómo, en el plano sensorio-motor, la asimilación y acomodación, al comienzo indiferenciadas pero presionando sobre la conducta en sentido contrario, logran poco a poco diferenciarse y llegan a ser complementarias. Los análisis acerca del espacio, del objeto, de la causalidad y del tiempo, muestran que, en el plano del pensamiento representativo que es, al mismo tiempo, el de las relaciones sociales o de la coordinación entre los espíritus individuales, se vuelven necesarias nuevas asimilaciones y nuevas acomodaciones. Estas comienzan, a su vez, por una fase de indiferenciación caótica para proceder luego a una diferenciación y una armonización complementarias.

* *La construcción de lo real en el niño*, pp. 342-347.

Durante los primeros estadios del pensamiento, en efecto, la acomodación permanece en la superficie, tanto en la experiencia física como en la experiencia social. Ciertamente, en el plano de la acción del niño no está ya enteramente dominado por la apariencia de las cosas, puesto que, gracias a la inteligencia sensorio-motriz, ha logrado construir un universo práctico coherente, combinando la acomodación a los objetos con su asimilación a estructuras coordinadas entre sí. Pero cuando se trata de sobrepasar la acción para hacerse una representación desinteresada de la realidad, es decir, una imagen comunicable y destinada a alcanzar la verdad más que la simple utilidad, la acomodación a las cosas se enfrenta con nuevas dificultades. No se trata sólo de actuar, sino de escribir, no sólo de prever sino de explicar y, aunque ya los esquemas sensorio-motores están adaptados a su función específica que es la de asegurar el equilibrio entre la actividad individual y el medio percibido, el pensamiento está obligado a construir una nueva representación de las cosas para satisfacer la conciencia común y las exigencias de una concepción de conjunto. Es en este sentido que el primer contacto del pensamiento propiamente dicho con el universo material constituye lo que se puede llamar la "experiencia inmediata", por oposición a la experiencia científica o corregida por la asimilación de las cosas a la razón. La experiencia inmediata es la acomodación del pensamiento a la superficie de las cosas, es la experiencia simplemente empírica, que considera como dato objetivo la realidad tal como aparece a la percepción directa. En numerosos casos, aquellos en los que la realidad coincide con la apariencia, ese contacto superficial con el objeto basta para llegar a la verdad. Pero cuanto más se sale del campo de la acción inmediato para construir una representación adecuada de lo real, es más necesario, para comprender los fenómenos, englobarlos en una red de relaciones que se alejan cada vez más de la apariencia e insertan a ésta en una realidad nueva elaborada por la razón. En otras palabras, sucede cada vez más que la apariencia requiera una corrección y que ésta necesite una puesta en relación con la asimilación recíproca de puntos de vista diferentes. En estudios hechos, es evidente que toda una estructuración de la experiencia, es decir, una asimilación racional y una coordinación de múltiples puntos de vista posibles, le son indispensables al niño para comprender que, a pesar de las apariencias, las montañas no se desplazan cuando uno se mueve y que las variadas perspectivas que existen no excluyen la permanencia de sus formas. Sucede lo mismo para atribuir a un río o un lago, riberas inmóviles cuando el barco avanza, y de

manera general, para organizar el espacio lejano independiente de la acción directa. En lo que respecta a los objetos, observemos, por ejemplo, en la diferencia que separa la experiencia inmediata relativa a los astros, es decir, la simple acomodación de la percepción a sus dimensiones y movimientos aparentes, de la experiencia real que adquiere el espíritu acerca de ellos cuando combina esta acomodación con una asimilación de los mismos datos a la actividad de la razón. Desde el primero de estos puntos de vista, los astros son pequeñas esferas o manchas situadas a la altura de las nubes, cuyos movimientos dependen de nuestra propia marcha y cuya permanencia es imposible de determinar (aun en lo que concierne al sol, hay niños que lo identifican con la luz o bien, por el contrario, admiten la existencia de muchos soles y muchas lunas). Desde el segundo punto de vista, por el contrario, las dimensiones y las distancias reales no tienen relación alguna con la apariencia, las trayectorias efectivas no concuerdan con los movimientos aparentes, sino merced a relaciones de una creciente complejidad y la identidad de los cuerpos celestes llega a ser función de este sistema global. Lo que es cierto, en gran escala, de los astros, lo es siempre y en todas las escalas, de los objetos sobre los que no recae la acción directa. En cuanto a la causalidad, el primer ejemplo, como el de la flotación de los barcos, tan sugestivo para el pensamiento del niño, da lugar a las mismas consideraciones. Siguiendo el curso de la experiencia inmediata, el niño comienza por admitir que los barquitos flotan porque son livianos; pero al ver un trocito de plomo o una piedrita que se hunde en el fondo del agua, agrega que estos cuerpos son demasiado livianos y pequeños para ser retenidos por el agua. Por otra parte, los grandes barcos flotan porque son pesados: pueden arrastrarse por sí mismos. En resumen, si se permanece en la superficie de las cosas, la explicación no es posible sino a costa de continuas contradicciones, pues el pensamiento, para abarcar todas las facetas de la realidad, está obligado a agregar sin cesar, unas a otras, vinculaciones aparentes en lugar de poder coordinarlas en un sistema coherente de conjunto. Por el contrario, el contacto del espíritu con la experiencia real conduce a una explicación simple, pero a condición de completar esta acomodación elemental del pensamiento a los datos inmediatos de la percepción por una asimilación correlativa de esos datos a un sistema de relaciones entre peso y volumen, etc., que la razón no logra elaborar sino reemplazando la apariencia de las cosas por una construcción real. Limitémonos, en el dominio del tiempo y la duración, a un solo ejemplo, el de la descomposición de la velocidad en relaciones entre el tiempo y el espacio recorrido. Desde el punto de vista de la experien-

cia inmediata, el niño logra muy pronto evaluar las velocidades, de las que tiene una conciencia directa, los espacios recorridos en un tiempo idéntico o el “antes” y el “después” en la llegada a la meta, en caso de trayectorias de igual longitud. Pero de ahí a descomponer las velocidades para extraer una medida del tiempo mismo, hay una distancia considerable, porque precisamente se trataría de reemplazar las intuiciones directas, propias de la acomodación elemental del pensamiento a las cosas, por un sistema de relaciones que implicasen una asimilación constructiva.

En suma, en todos los dominios, el pensamiento comienza por un contacto superficial con las realidades exteriores, es decir, por una simple acomodación a la “experiencia inmediata”. ¿Por qué esta acomodación permanente “superficial”, en el sentido preciso de la palabra, y no logra corregir inmediatamente la apariencia sensible por la verdad racional? Es que, y a este punto queríamos llegar, la acomodación primitiva del pensamiento, como anteriormente la de la inteligencia sensorio-motriz, permanece a la vez indiferenciada de una asimilación deformante de la realidad al yo y orientada en sentido contrario.

En efecto, durante esta misma fase de acomodación superficial a la experiencia física y social, se observa una asimilación continua del universo no sólo a la estructura impersonal del espíritu —la que no está precisamente acabada, salvo en el plano sensorio-motor—, sino también y sobre todo, al punto de vista propio, a la experiencia individual e incluso a los deseos y a la afectividad del sujeto. Considerada desde el punto de vista social esta asimilación deformante consiste, como lo hemos visto (parágrafo 2), en una especie de egocentrismo del pensamiento, tal que éste, aún rebelde a las normas de la reciprocidad intelectual y de la lógica, busca la satisfacción más que la verdad y transforma la realidad en función de la propia afectividad. Desde el punto de vista de la adaptación del pensamiento al universo físico, por otra parte, esta asimilación conduce a una serie de consecuencias que nos interesan aquí. En el dominio del espacio, por ejemplo, es evidente que si el niño permanece dominado por la “experiencia inmediata” de la montaña que se desplaza y por las demás acomodaciones superficiales citadas recién, es que éstas permanecen todavía indiferenciadas de una continua asimilación de la realidad al punto de vista propio. Así es como el niño cree que sus desplazamientos regulan los de la montaña, el cielo, etc. Sucede lo mismo en lo que respecta a los “objetos”; en la medida, por ejemplo, en que el niño tiene dificultad en constituir la identidad de la luna y de los astros en general, porque no sobrepase la experiencia inmediata

de sus movimientos aparentes, se cree seguido por ellos y asimila el cuadro de sus desplazamientos a su punto de vista, exactamente como el lactante cuyo universo está mal objetivado porque está excesivamente centrado sobre su propia actividad. En cuanto a la causalidad, si el niño tiene dificultad para unificar sus explicaciones en un sistema coherente de relaciones, es nuevamente porque la acomodación a la diversidad cualitativa de lo real permanece indiferenciada de una asimilación de los fenómenos a la actividad propia. ¿Por qué, por ejemplo, los barcos son concebidos como pesados o livianos en sí, sin que sea considerada la relación entre peso y volumen, sino porque el peso está evaluado en función de la experiencia muscular del sujeto, en lugar de ser transformado en relación objetiva? Igualmente, la supremacía de la duración interior sobre el tiempo exterior afirma la existencia de una asimilación deformante que acompaña necesariamente la acomodación primitiva del espíritu a la superficie de los acontecimientos.

La acomodación superficial de los comienzos del pensamiento y la asimilación deformante de lo real al yo son, pues, indiferenciadas y operan en sentido contrario una de otra. Son indiferenciadas porque la "experiencia inmediata" que caracteriza a la primera consiste, siempre, en último análisis, en considerar el punto de vista propio como la expresión de lo absoluto y someter, así la apariencia de las cosas a una asimilación egocéntrica, de igual modo que esta última va necesariamente aparejada a una percepción directa que excluye la construcción de un sistema racional de relaciones. Pero, por indiferenciadas que estén al comienzo las operaciones de acomodación y las de asimilación, actúan en sentido contrario. Precisamente, la acomodación al mecanismo profundo de las cosas está sin cesar trabada porque la experiencia inmediata se acompaña de una asimilación de las percepciones a los esquemas de la actividad propia o calcadas sobre su modelo. Inversamente, la asimilación de las cosas al yo está continuamente obstaculizada por las resistencias de esta acomodación, puesto que lo que hay que tener en cuenta es la apariencia de lo real, que no es indefinidamente plegable a la voluntad del sujeto. Igualmente, en el plano social, la posición de la opinión del otro contrarresta el egocentrismo, y recíprocamente, aunque ambas actitudes, la de la imitación de los otros y la de la asimilación al yo, coexistan continuamente y atestigüen las mismas dificultades de adaptación a la reciprocidad y la verdadera cooperación.

Por el contrario, a medida que evoluciona el pensamiento del niño, la asimilación y la acomodación se diferencian para llegar a ser

complementaria una de otra. En el dominio de la representación del mundo esto significa, por una parte, que la acomodación, en lugar de permanecer en la superficie de la experiencia, penetra cada vez más en su intimidad, es decir, que bajo el caos de las apariencias busca las regularidades y llega a ser capaz de experimentaciones reales para establecerlas. Por otra parte, la asimilación, en lugar de reducir los fenómenos a las nociones inspiradas por la propia actividad, las incorpora al sistema de relaciones debidas a la actividad más profunda de la inteligencia misma. La experiencia verdadera y la construcción deductiva llegan a ser, así, a la vez distintas y correlativas, en tanto que en el dominio social, el ajuste cada vez más íntimo del pensamiento propio al de los demás y la puesta en relaciones recíprocas de las perspectivas garantiza la posibilidad de una cooperación que constituye, precisamente, el medio propicio para esta elaboración de la razón. El pensamiento, en sus diversos aspectos, reproduce, en el plano que le es propio, el proceso de evolución que hemos observado en el caso de la inteligencia sensorio-motriz y de la estructura del universo práctico inicial. El desarrollo de la razón, esbozado a nivel sensorio-motor, prosigue, así, según las mismas leyes, una vez constituidas la vida social y la reflexión. En presencia de las dificultades que suscita la aparición de estas nuevas realidades, la asimilación y la acomodación vuelven a encontrarse al comienzo de este segundo período de la evolución intelectual, en una situación que ya había sobrepasado en el plano inferior. Pero, procediendo desde el estado puramente individual que caracteriza a la inteligencia sensorio-motriz hacia la cooperación que define el plano en que se mueve el pensamiento en lo sucesivo, el niño, después de haber vencido su egocentrismo y los demás obstáculos que hacen fracasar esta cooperación, recibe de ella los instrumentos necesarios para prolongar la construcción racional preparada durante los dos primeros años y para desplegarla en un sistema de relaciones lógicas y de representaciones adecuadas.

CUESTIONARIO DE AUTOEVALUACION

Ejercicio 1

1. ¿Cómo se forma el yo?
2. Enumere los factores que contribuyen a la formación de la personalidad y explique la importancia de cada una de ellas.
3. ¿Se puede decir que la explicación sociológica es suficiente para entender las sociedades humanas?
Fundamente su respuesta.
4. ¿Cómo se efectúa el proceso de socialización?
5. Comente el siguiente párrafo:
La psicología social contemporánea se fundamenta racionalmente en lo siguiente: en el grado en que se conoce de qué manera el individuo percibe y asigna significado a la situación en que se encuentra es posible formular predicciones satisfactorias acerca de su conducta.
6. Enumere los principales agentes de socialización, destacando las particularidades de cada uno.

Ejercicio 2

1. ¿Cuándo empieza y cuándo termina el aprendizaje humano?
2. ¿Qué es la conformidad?
3. Si la conducta desarrolla semejanzas de personalidad dentro de una sociedad ¿Cómo podemos explicar las diferencias de personalidad dentro de esa sociedad?
4. Se puede decir que el hecho de que una persona se comporte de modo dominante, ¿revela siempre con justeza sus cualidades menos aparentes?

Ejercicio 3

1. ¿Qué han demostrado los estudios sociales con relación a una personalidad caracterizada por un alto sentido de seguridad y de confianza en sí mismo?
2. ¿Cómo surge la diferenciación psicológica entre hombres y mujeres?

3. ¿Se puede decir que lo que se considera masculino o femenino en nuestra sociedad está ligado a características genéticas?

Ejercicio 4

1. ¿A qué se refiere Jean Piaget cuando habla de “experiencia inmediata”?

2. ¿Cómo opera la acomodación superficial de los comienzos del pensamiento en el niño?

RESPUESTAS

Ejercicio 1

El concepto de sí mismo surge gradualmente en el curso de la interacción y la lucha entre el individuo y el medio.

Toma forma de acuerdo con las condiciones y coacciones del ambiente. El rol de los otros es de trascendental importancia para la formación del yo. Nuestro "yo" es en gran parte función de nuestra relación con los otros seres humanos, aunque los procesos psicológicos son relativos a uno mismo (sistema nervioso y cualidades del organismo).

2. Estos son la herencia biológica, el ambiente físico, la cultura, la experiencia de grupo y la experiencia única (individual)

La herencia biológica suministra una serie de necesidades y potencialidades que los otros factores pueden encauzar y desarrollar.

- El ambiente físico, que tiene una muy limitada importancia en la conformación de la personalidad.
- La cultura: proporciona experiencias bastante uniformes para todos los miembros de una sociedad.
- La experiencia de grupo desarrolla semejanzas de personalidad en el seno de los grupos y diferencias entre ellos.
- La experiencia única de cada persona configura su personalidad.

3. No, porque el sustrato biológico de la sociedad humana es también imprescindible para entender la misma en todos sus aspectos. Se debe estudiar la evolución humana tanto desde el punto de vista social como biológico (acervo genético).

4. En la interacción del niño con la madre y con el padre primero, y luego con hermanos, parientes y amigos de la familia. Después en la escuela y con los medios de comunicación de masas. Poco a poco estos agentes moldean la personalidad del niño según valores de ellos y la imagen del mundo que ellos hacen. Se le transmiten normas y técnicas de conducta, se le enseña a aceptar una estructura social determinada. A su vez, cuando el agente socializado haya interiorizado estos esquemas es muy probable que inconscientemente coadyuve al mantenimiento de la cultura y de la estructura social que de pequeño recibió.

5. Releer cap. V, *Sociología* de Horton y Hunt y ver al profesor.

6. La familia, la escuela y los grupos de amigos que constituyen agentes de socialización personales.

Las empresas, los sindicatos, los movimientos sociales; estos ejercen una función socializadora, generalmente estructurada en razón de las actividades que persiguen.

Los medios de comunicación de masas: la radio, la televisión, la prensa escrita, el cine, que constituyen agentes de socialización dirigidos de una manera generalizada al conjunto global de una colectividad.

Fenómeno que se registra con más fuerza en la sociedad moderna y que tiene un papel cada vez más importante en este proceso por su capacidad de influencia en el pueblo.

Ejercicio 2

1. La vida humana desde su inicio consiste en un incesante aprendizaje. La herencia social nos espera al nacer y nosotros la vamos a recibir mediante el proceso de aprendizaje. Debemos aprender a partir del plano natural en que ingresamos al mundo.

2. Es una conducta que obedece a la norma social (por ejemplo que se viste según el modelo de la moda, etc...) la conformidad puede ser "querida" o sea, impuesta por la coacción, o totalmente inconsciente.

3. Porque existen experiencias vividas dentro de grupos diferentes en una misma sociedad y la experiencia única de cada individuo lo hace diferente en algunos aspectos, aunque tenga otros aspectos comunes con otros individuos en la sociedad.

4. No, porque se podría inferir erróneamente, por ejemplo, que posee una opinión elevada de sí mismo, cuando en realidad puede ocurrir lo contrario: busca compensar un sentimiento de inferioridad.

Ejercicio 3

1. La conformación de personalidad caracterizada por un alto sentido de seguridad y confianza en sí mismo está directamente ligada a los grupos sociales considerados superiores. En este sentido los sociólogos contestarán que los niños que pertenecen a las clases superiores asumen desde pequeños una gran confianza en sí mismos.

2. Estas se aprenden durante el proceso de socialización de la primera infancia y se van incorporando poco a poco a la personalidad. Podemos, pues, decir que el origen de las diferencias de personalidad se encuentra sobre todo en la cultura.

3. No. es más bien debido a concepciones ideológicas, producto del desarrollo histórico de occidente. Diversos estudios antropológicos realizados en diferentes sociedades lo han demostrado ampliamente.

Ejercicio 4

1. La experiencia inmediata es el primer contacto del pensamiento propiamente dicho con el universo material o sea el primer nivel de percepción por oposición a la experiencia científica de interpretación del universo, o a la asimilación de las cosas a la razón (a un conocimiento reflexionado o racional).

2. En la acomodación superficial de los comienzos del pensamiento en el niño se produce una asimilación continua del universo a la estructura impersonal del espíritu, al punto de vista propio a la experiencia individual, a los deseos y a la afectividad. Esta asimilación deformante desde el punto de vista social consiste en una especie de egocentrismo del pensamiento, de manera tal que éste, aun rebelde a las normas de reciprocidad intelectual y de la lógica, busca la satisfacción más que la verdad y transforma la realidad en función de la propia afectividad.

UNIDAD V

La estructura y la organización sociales

Objetivos generales

1. El estudiante entenderá el proceso de interacción que hace posible la organización social.
2. Describirá los grupos sociales, los sistemas de valoración y estratificación social.

Objetivos específicos

1. Definirá los conceptos de acción e interacción sociales.
2. Comprenderá la importancia de la interacción como fundamento de los grupos, instituciones, fenómenos y procesos sociales.
3. Interpretará el concepto de grupo social.
4. Discriminará los diversos grupos que existen en la sociedad.
5. Reconocerá la familia como institución.
6. Comprenderá las funciones de la familia, su estructura y su evolución histórica.
7. Explicará el concepto de Estratificación Social.
8. Será capaz de identificar las diferentes clases sociales.
9. Distinguirá las principales teorías de las clases sociales y los diferentes sistemas históricos de estratificación social.

Actividades

1. Lectura de los capítulos 8 (“El agrupamiento social: los grupos”), 9 (“La familia”), 10 (“La estratificación social”) y 11 (“Clases sociales y estratificación”) de tu libro de texto *Hombre y Sociedad*.
2. A continuación aparece un texto que hemos seleccionado especialmente para completar una visión sobre el problema de la estratificación social. Estúdialo antes de realizar los ejercicios.

LAS NUEVAS CLASES MEDIAS

José Luis Crespán*

Una gran parte de las discusiones generales en torno a los grandes temas de las ciencias sociales tiene su razón de ser y su fuente de confusión en la polisemia de las palabras utilizadas. Cada palabra, lejos de escribir y referirse a una única, exclusiva y simple realidad, tiene capacidad de evocar varias realidades complejas y distintas, a las que sólo describe parcialmente. De alguna manera, esta capacidad de evocación que es la característica básica de la literatura, se ha convertido innumerables veces en base del discurso social.

Resulta frecuente encontrar en dichos discursos discrepancias que corresponden a acepciones, percepciones o concepciones diversas del objeto que se pretende estudiar, encubiertas por un ficticio acuerdo en la denominación común, bajo una misma palabra de realidades o elementos sociales diversos. Si bien esta situación ha permitido un gran desarrollo de la sociología "académica", no es menos cierto que ha aportado muy pocas novedades a la comprensión de la realidad. Ello es especialmente visible en los intentos de categorización o clasificación de los individuos que componen una determinada estructura social.

La actividad clasificatoria, que consiste en la identificación de un grupo más o menos homogéneo de cosas con un único título que las engloba y que obtuvo uno de sus primeros éxitos con la clasificación realizada por Linneo en el terreno de las ciencias naturales, ha tenido numerosos seguidores en el terreno de las ciencias sociales.

La construcción de tipologías como instrumento de clasificación ha sido uno de los vicios intelectuales favoritos de los científicos sociales. Max Weber con la construcción de sus "tipos ideales" fue un ilustre exponente del método, y el propio Marx utilizó asimismo la construcción de tipologías para la exposición y comprensión del análisis realizado sobre la estructura social. Fruto de esta elaboración fue su teoría de las clases sociales.

Pero también hay que decir que la construcción de tipologías puede resultar positiva, interesante y constructiva siempre que se produzca la diferenciación entre tipología y realidad. Las más de las veces los discursos de los científicos sociales han tratado estas tipolo-

*En: Juan Francisco Mursal—Benjamín Oltra. *Nuestra Sociedad. Introducción a la Sociología*. Barcelona: Ed. Vicens-Vives, 1980. pp. 193-207.

gías, construidas en el terreno de lo teórico-abstracto como si fueran la propia realidad. Y es que muchos ilustres académicos aún no han abandonado la estrecha pretensión positivista de controlar la realidad a través del control de las palabras con las que la describen.

Afortunadamente la realidad social ha desbordado siempre el pensamiento formal-abstracto y se ha manifestado mucho más rica y sugerente que lo que los discursos acerca de ella podían hacer pensar. Y es que la realidad social tiene unas características de dinamismo y de dialecticidad que la hace difícilmente aprendible desde esquemas teóricos rígidos o dogmáticos. Dinamismo en el sentido de que cambia constantemente y dialecticidad en el sentido de que este cambio nunca es lineal sino polimorfo y, muchas veces, contradictorio en un mismo momento y en el seno de una misma sociedad. Todos los elementos que configuran una determinada estructura social se comportan de alguna manera —sólo los difuntos dejan de comportarse— pero sus comportamientos no sólo no son armónicos y homogéneos sino que muchas veces resultan extraños y contradictorios.

Las clases medias

Todo este preámbulo introductorio viene a describir más o menos con exactitud lo que ha sido el tratamiento del tema de las clases medias en la literatura sociológica. Este ha sido uno de los temas más prolija y confusamente tratados en la sociología contemporánea. Prolijidad que es motivada por el interés objetivo que dichas clases medias despiertan en todos los órdenes del sistema social y confusión que es motivada fundamentalmente porque es un objeto de estudio que viene definido tradicionalmente por exclusión. En efecto las clases medias están constituidas por aquellos individuos que no pueden ser claramente incluidos ni en la clase alta ni en la clase baja.

Lo cierto es que, al margen de confusiones, entre ambos grupos extremos se encuentra una franja social que ha tendido a incrementarse cuantitativamente con el desarrollo de la sociedad industrial. Y no sólo ha aumentado en número sino que además su crecimiento ha significado una diversificación interna tal que hace difícil su definición por criterios propios. Tan es así que el maestro de sociólogos que fue C. Wright Mills dio a su estudio sobre las clases medias en Norteamérica el título de *White Collar* (cuello blanco) por ser este el único rasgo diferencial que resulta común a los integrantes de dicho grupo social: el ser trabajadores de cuello blanco.

La poca especificidad teórica y funcional del grupo ha dado lugar a una buena cantidad de textos en los que se realiza una subdivisión

de las clases medias en función de determinadas variables con el ánimo de sistematizar su diversidad. Así se han dividido las clases medias según el nivel de ingresos, el nivel de consumo, el sector de actividad en el que trabajan, el lugar de residencia, el tipo de trabajo, etc. Resultado de todo esto ha sido la configuración de una serie de nomenclaturas o categorías al interior del grupo. Hoy es frecuente hallar en textos sociológicos categorías como clase media-alta, media-media o media-baja, clase media rural, urbana o intermedia, clase media industrial agrícola o de servicios, clase media dependiente o independiente, etc.

Si se tiene en cuenta que todas estas variables intervienen al mismo tiempo para cada individuo, el resultado final de la clasificación, producido por la consideración simultánea de las variables, es de lo más pintoresco. Así se podría llegar a hablar de clase media-media-urbana-industrial-dependiente, por ejemplo, sin saber a ciencia cierta si lo que se está haciendo es un trabalenguas o un intento de estudio de la estructura social.

En cualquier caso hay que destacar el hecho de que dichas clasificaciones se mueven en el terreno de lo puramente descriptivo sin que se aporten elementos de comprensión de la estructura en su conjunto. Obsérvese que se trata en la mayor parte de ellas de elementos de referencia entre los componentes del grupo, lo que determina, en el mejor de los casos, posiciones relativas internas.

Pero si este tipo de clasificación, propio de la sociología funcionalista, no permite traspasar los límites de la mera descripción, la teoría clásica marxista de las clases sociales tampoco tiene previsto un dispositivo conceptual que permita incluir a las clases medias como un nuevo elemento que interviene significativamente en la configuración de la estructura social.

La teoría marxista ha diseñado tradicionalmente la estructura social de forma binaria, con dos clases protagonistas de un antagonismo irreconciliable y cuya resolución sólo puede significar la negación de los contendientes. En términos de estructura social quiere decir que de la lucha entre burguesía y proletariado sólo puede surgir un cambio revolucionario que dé paso a la sociedad sin clases.

Este análisis que centraba su atención en la base material de la producción de la existencia de los hombres, es decir, en el trabajo y las relaciones que a partir de él se establecen, constituyó sin duda un avance revolucionario en la interpretación de la historia. Primero, porque frente a todas las teorías de la historia formuladas con anterioridad que en general eran de corte idealista, ésta tomaba como elemento fundamental la base material y, segundo, porque suponía la

intervención dialéctica de los sujetos en el proceso de cambio como clases y no como individuos aislados.

Pero esta interpretación, formalizada en los albores del capitalismo industrial, tiene un carácter hasta cierto punto determinista en las predicciones. En efecto las tendencias apuntadas no se han visto totalmente cumplidas con el desarrollo posterior del capitalismo. Tal y como estaban establecidas las relaciones de producción, la tendencia apuntada por Marx era de una polarización creciente de la estructura social. Mientras el capital se concentraría cada vez más en menos manos, capas cada vez más numerosas de la población se verían obligadas a vender su fuerza de trabajo —proletarizarse— y estarían sometidas a una progresiva pauperización o empobrecimiento, sobre todo en relación con la clase dominante.

La tendencia, en términos generales bajo una consideración abstracta, ha venido cumpliéndose, pero la modificación sustantiva de las relaciones de producción que están en la base de la estructura social ha supuesto que la significación de la concentración del capital y de la venta de la fuerza de trabajo no sea la misma que en el capitalismo incipiente analizado por Marx. Todo ello sumado entre otros al aumento de la producción y del nivel de vida, al desarrollo del imperialismo como forma de explotación entre países, y a la importancia cuantitativa y cualitativamente creciente de las clases medias, diseña un escenario que tiene muy poco que ver en términos de estructura social con el previsto por Marx.

Así, pues, si la realidad se muestra diversa de lo que prevén las teorías, el esfuerzo debe dirigirse a la modificación de las teorías en tanto que instrumentos de conocimiento y explicación de la realidad y no, como desgraciadamente tantas veces se ha dirigido, a la modificación de la percepción de la realidad a fin de hacerla compatible con la teoría.

Modificar la teoría puede significar rechazarla plenamente sustituyéndola por otra más adecuada, pero lo más eficaz suele ser aprovechar los elementos válidos que puede contener a fin de prolongarla y hacerla útil. En este sentido, en el presente análisis se partirá de los elementos básicos de la teoría marxista pero rechazando los aspectos más deterministas que, muchas veces, son más expresión de un deseo que el reconocimiento de una realidad.

La doble línea de penetración en el estudio de la estructura social existente y, más concretamente en el estudio de las clases medias consistirá en: a) los cambios habidos en el proceso productivo y en las relaciones sociales que a través de él se establecen y b) los agentes sociales que integran estas nuevas clases medias.

Los cambios en el proceso productivo

Cuando los artesanos se vieron obligados a dejar de trabajar de manera independiente y tuvieron que emplearse en las primeras fábricas para poder subsistir, empezó a quebrarse todo un sistema social basado en la producción artesanal y emergió otro basado en la industrialización. Aquellos artesanos convertidos en obreros fabriles ya no percibían dinero por concepto de la venta de sus productos sino por concepto de la venta de su capacidad de trabajo, es decir, como salario. Pero con todo y que éste era un cambio fundamental, la forma concreta de producir no había variado sustancialmente. Los primeros obreros industriales trabajaron prácticamente igual a como lo habían hecho antes como artesanos independientes. Eran unos trabajadores que conocían todo el proceso de producción, desde las materias primas empleadas hasta el acabamiento de los objetos producidos. Es posteriormente y ante la necesidad del sistema industrial - capitalista de aumentar la producción, que se va introduciendo lo que se ha denominado racionalización del trabajo y que en un principio consistió casi exclusivamente en la parcelación de las tareas.

No todos los operarios hacían de todo sino que la producción de un determinado objeto se descomponía en fases sucesivas, de cada una de las cuales se encargaba un operario. Los obreros ya no necesitaban conocer todo el proceso, sino que bastaba con que conocieran una determinada fase de las que se sucedían en él. Esta parcelación, al margen de aumentar la producción, redundaba en beneficio de los patrones en la medida que el personal necesario era mucho más fácilmente sustituible, por los menores conocimientos que debían poseer, lo que se traducía en una baja de los salarios en el mercado de trabajo.

El proceso fue acompañado en su desarrollo por la introducción de las máquinas en el proceso productivo. Ya no eran exclusivamente las herramientas manuales las que se utilizaban para producir, sino que empezaron a existir unos artefactos capaces de reproducir, utilizando energía externa a los obreros - hidráulica, vapor- las manipulaciones que antes ellos efectuaban. Ante este tipo de innovación no es de extrañar que se produjeran revueltas obreras contra el maquinismo, puesto que la introducción de dichas máquinas dejaba sin trabajo a muchos obreros y sin pan a sus familias.

Pero al margen de estos efectos sociales inmediatos, el maquinismo significó la primera manifestación de la incorporación de la técnica al proceso productivo, no a través de los conocimientos que

podían poseer los trabajadores, sino a través de unos artefactos que no cobraban salarios, no eran conflictivos y, sobre todo, eran capaces de mantener altos ritmos productivos de forma sostenida.

Así el proceso de extrañamiento entre productor y producto alcanzó cuotas muy altas. Ya no se trataba de que el trabajador no realizara todo el proceso como el artesano, ni siquiera de que no lo conociese como los primeros obreros industriales, sino que además su intervención en él se veía limitada las más de las veces al control de unas máquinas que eran las que efectuaban la manipulación del producto.

Puede suponerse fácilmente que en este breve y rápido paseo por la industrialización se omiten todas las situaciones intermedias que la implantación de las máquinas produjo. Resulta evidente que las primeras máquinas exigían mucho más trabajo en su manipulación y mucho más conocimientos por parte del trabajador que las máquinas automáticas o autoreguladas que hoy en día se conocen. Pero lo importante a retener es el cambio cualitativo que se produce con el desarrollo del capitalismo industrial. Cambio que ha mantenido su tendencia hasta ahora con un ritmo uniformemente acelerado. La vida media productiva de las primeras máquinas era muy superior a la de las máquinas actuales, en la medida que la incorporación de modificaciones técnicas resultaba mucho más difícil y, por lo tanto, lenta. Hoy en día la obsolescencia de las máquinas, el no resultar productivas, el quedarse anticuadas, se produce con una rapidez tal, que muchas veces la inversión de capital que supone la compra no resulta rentable porque la vida media productiva no cubre el período de amortización.

Pero volviendo al tema central de la exposición, la incorporación de la técnica al propio proceso productivo y no a través de los hombres que intervienen en él, ha continuado de forma creciente superando diversas fases. Así se pasó de la producción individualizada a la producción en cadena y de ésta a la producción en proceso continuo, sólo por citar algunos ejemplos más conocidos.

Con ello se ha aumentado la producción y se ha descualificado, en general a los productores; pero al mismo tiempo se han generado necesidades en el sistema productivo que antes no existían. La incorporación de tecnología al proceso es cara y tienen que tenerse en cuenta como más arriba se ha indicado, períodos de amortización, disponibilidades de capital, sistemas de financiación, relaciones con la banca, etc. Ello se traduce en la necesidad de la presencia de unos especialistas en temas financieros. De una producción que se colocaba fácilmente en el mercado puesto que existía una demanda

mayor que la oferta, se ha pasado a una superproducción que no es fácilmente colocable. Ello se traduce en la necesidad de unos especialistas comerciales que al mismo tiempo que traten de vender el máximo posible, orienten los ritmos productivos. Por otra parte se precisan expertos en almacenaje y control de stocks: expertos en compras de las materias primas necesarias que al mismo tiempo que intentan rebajar los precios de compra han de mantener los flujos de aprovisionamiento para que la producción no quede estrangulada: expertos en relaciones laborales para evitar, en la medida de lo posible, los conflictos potenciados por la gran concentración de trabajadores, expertos en mantenimiento, técnicos para la investigación de nuevos productos y materiales, técnicos para controlar el proceso, expertos en gestión para poner de acuerdo a todos los anteriores y agilizar el funcionamiento de la empresa.

Todo ello quiere decir que en el proceso productivo mismo y al lado de él, se han definido unos espacios "técnicos" que deben ser cubiertos por expertos en dichas áreas. Estos expertos precisan para ejercer sus funciones numerosos colaboradores a todos los niveles de la jerarquía de la empresa. Hay que hacer constar por otra parte, que los conocimientos que dichos expertos poseen no han sido adquiridos según la fórmula tradicional del aprendizaje en el mismo proceso productivo, sino fuera de él. Se trata por lo general de conocimientos abstractos y muy especializados, lo que vuelve a repetir de forma ampliada la situación antes mencionada de posibilidad fácil de sustitución. Recuérdese que esta especialización está referida exclusivamente a fases del proceso y que estas fases pueden darse en diferentes actividades con lo que la posible base de reclutamiento de sustitutos queda enormemente ampliada al no tener que ceñirse a un determinado ámbito de actividad industrial. Todos estos trabajadores de cuello blanco que ocupan estos puestos, más los que trabajan en el sector de servicios, a los que por la función que desempeñan se les puede reconocer como técnicos y profesionales, son los que constituyen el núcleo fundamental de ese sector social de nuevas clases medias. Hay que entender esta denominación de técnicos y profesionales en un sentido amplio, puesto que también incluye a trabajadores sin titulación académica y que ocupan normalmente los puestos subordinados dentro del conjunto. Pero sobre este particular ya se volverá más adelante. Resultaría interesante quizás, analizar el crecimiento del sector servicios como un resultado más de la tendencia central que aquí se estudia, es decir, la incorporación de la técnica al sistema económico-productivo. Bastará sin embargo, para los objetivos propuestos, un breve apunte. En efecto, las actividades que cubre

el sector de servicios son aquellas que aun siendo necesarias para el proceso productivo industrial han sido segregadas del mismo y se han constituido como actividad específica y con entidad propia. Como ejemplos más claros pueden citarse las empresas de selección de personal, las empresas de organización, consultas, ingenierías y asesorías jurídicas y fiscales.

También quedan incluidas en este sector las actividades tradicionales de servicios como hotelería o banca aunque lo cierto es que éstas han sufrido una “tecnificación” paralela a la del sector industrial, modificando sustancialmente sus estructuras y funcionamiento tradicionales. De hecho con el crecimiento del sector servicios se está produciendo una diversificación en su interior que ha conducido a numerosos autores a distinguir entre un sector terciario y un sector cuaternario, aunque no hay acuerdo generalizado acerca de los criterios utilizados para tal subdivisión. Pero con respecto al presente análisis esta diferenciación resulta innecesaria.

A la vista de todo ello y volviendo al hilo central, se puede afirmar que la técnica en su sentido más amplio de conocimientos científico-técnicos, ha sido incorporada en forma masiva a los procesos económicos-productivos, tanto a través de tecnologías concretas como a través de las estructuras organizativas y de gestión. Ello permite hablar de la técnica como una fuerza productiva fundamental en el sistema hoy existente.

A veces se ha desmesurado esta importancia de la técnica en el sentido de que ha sido considerada como el único elemento fundamental. Es frecuente encontrar textos y artículos en los que se identifica la técnica con el progreso y se mide éste en términos o niveles de tecnificación. Se le confiere a la técnica un poder omnipotente y se diseñan sociedades paradisíacas futuras en las que todo el trabajo se realizará por máquinas autorreguladas que requerirán una mínima presencia humana en los puestos de supervisión. Estas sociedades regidas por la técnica —tecnocracias— se caracterizarán por la ausencia de conflictos ya que en ellas se dará, siempre según la opinión de sus defensores —los tecnócratas— una separación de bienes y servicios y los hombres. Estos últimos con la disminución de sus horas de trabajo habrán recuperado la posibilidad de dedicarse a su realización personal mediante actividades diversas y placenteras.

Esta interpretación de la sociedad futura, que se ha visto extraordinariamente potenciada desde la aparición de las últimas generaciones de ordenadores capaces de procesar y elegir soluciones óptimas a los problemas planteados en fracciones casi despreciables de tiempo, olvida un aspecto fundamental: el sistema económico-productivo,

indiscutiblemente tiene como uno de sus objetivos la producción de bienes y servicios que la sociedad necesita, pero también tiene como objetivo la acumulación de riqueza, y por lo tanto de poder, en manos de aquellos que lo controlan. Y no hay que olvidar que la introducción de la técnica como fuerza productiva directa ha respondido fundamentalmente a esta segunda dimensión que los tecnócratas olvidan o finger, olvidar.

Esta vía tecnocrática de acceso al paraíso terrenal sólo es imaginable en una sociedad sin clases y sin formas de explotación del hombre por el hombre, por muy sutiles que éstas sean. No hay que olvidar en este sentido que el consumo masivo de bienes y servicios existente en la sociedad actual viene en gran medida impuesto por las necesidades del capital de colocar toda su producción y transformarla en dinero. El consumismo debe entenderse pues como una nueva forma de explotación que viene a añadirse a las anteriores.

Esta lectura tecnocrática de la sociedad y de su futura evolución, no sólo se ha hecho desde las filas de los aliados del capitalismo. Autores que se reclaman marxistas, como puede ser Radovan Richta, han participado de interpretaciones similares, acuñando el término de Revolución Científico-Técnica. Para estos autores, del mismo modo que la revolución industrial acabó con el modo de producción artesanal y con las relaciones que a través de él se establecían, la Revolución Científico-Técnica acabará con el modo de producción capitalista y con sus relaciones de explotación.

Según Richta, la Revolución Científico-Técnica, que es "la renovación acelerada y permanente de todas las fuerzas productivas, de todos los factores objetivos y subjetivos de producción de la vida humana, "coloca al hombre al margen del proceso inmediato de producción mientras que antes era el fundamento principal de este proceso". "El proceso de producción directa deja de ser en este sentido (el de la incorporación de la técnica en tanto que fuerza productiva directa) un proceso de trabajo".

Para él resulta pues evidente que el hombre ha sido marginado del proceso productivo y que este proceso ya no es un proceso de trabajo, lo que leído en otro orden quiere decir que la producción de bienes y servicios ya no requiere la presencia humana en cualquiera de sus fases.

Si está hablando del momento actual, es claro que miente, tanto si se refiere a las sociedades capitalistas como a las mal llamadas sociedades socialistas. Hoy en día la presencia humana continúa siendo necesaria en todos los procesos de producción. Y si está hablando del futuro, al margen de consideraciones ético-morales,

debe hacerse una pregunta previa que en su texto se echa en falta: "Es posible un proceso productivo autorregulado sin ningún tipo de presencia humana? Lo que parece obvio es que Richta confunde la presencia del hombre en el proceso productivo con la aplicación directa de su fuerza de trabajo.

Para él la aplicación de otras capacidades en vez de la fuerza, es quedar marginado del proceso de producción, olvidando que las relaciones de producción, a pesar de haber variado, siguen estableciendo una relación de mercado entre los empleadores y los empleados. El proceso productivo demanda unas capacidades, antes físicas y ahora fundamentalmente "técnicas", y el hombre para subsistir ha de vender estas capacidades que le son demandadas a cambio de un salario.

Aunque nada más fuera por esta inclusión del individuo en unas relaciones de mercado ya resultaría difícil explicar su marginación. Pero detrás y retornando la pregunta antes formulada, queda la cuestión de la toma de decisión y el ejercicio del control de ese supuesto proceso productivo autorregulado. Porque la determinación de las necesidades existentes o futuras de una sociedad no puede ser hecha de forma automática ya que dichas necesidades no responden estrictamente a dimensiones técnicas. Ni tan siquiera puede afirmarse que dichas necesidades estén definidas cualitativa y cuantitativamente ya que en ellas se entrecruzan dimensiones políticas, económicas, culturales, éticas, y ¿por qué no? estéticas. Mientras las sociedades cuenten con recursos limitados y tengan que hacer de ellos usos alternativos, la intervención del hombre en la toma de decisión y ejercicios del control del proceso se planteará como necesaria.

La pregunta se ha transformado, pues, en: ¿Cuál va a ser la intervención del hombre? Y se sitúa exactamente en la dimensión que olvida Richta y que no es otra que la de la política. Porque no puede olvidarse la doble significación del proceso productivo antes apuntada. La producción de bienes y servicios, por un lado y por el otro, la explotación de unos hombres en beneficio de otros. La eliminación de esta explotación no puede venir sólo de la incorporación masiva de la técnica como fuerza productiva directa, sino de la eliminación y superación de las relaciones sociales existentes y que, evidentemente, no son sólo de orden científico-técnico.

Esta consideración parcial del tema realizada por los panegiristas de la Revolución Científico-Técnica como nuevo motor de la historia en sustitución de la lucha de clases, ha sido acertadamente captada por Salvador Giner que la ha calificado como "una revolución sin revolución en el sentido moral de la palabra, el cual incluye el paso de

una sociedad a una situación cualitativamente superior, humanamente más rica y creadora que la anterior”.

Los integrantes de las clases medias

Con anterioridad se ha mencionado a los técnicos y profesionales como el grupo principal de los componentes de las nuevas clases medias. Sin embargo, es necesario matizar esta afirmación para evitar las confusiones que toda simplificación puede acarrear. La primera imagen que aparece al hablar de técnicos y profesionales es la de unos señores que están en posesión de un título académico, generalmente de nivel superior, y que ocupan los puestos de responsabilidad en las empresas, cuando no ejercen la profesión libremente. Sin pretenderlo se introduce en el texto una imagen distorsionada que hace referencia a tiempos pasados. En efecto, en fases anteriores del desarrollo de la sociedad industrial en las que las relaciones de producción establecían una fuerte polarización de la estructura social entre patronos y obreros y en las que no se había producido la definición de espacios “técnicos” en la producción a los que en el capítulo anterior se hacía referencia, la inserción de técnicos y profesionales en el proceso productivo respondía más a criterios de delegación de poder del patrón en ellos que a las propias necesidades del proceso. Por otro lado cabe afirmar que la mayor parte de los profesionales ejercían su profesión libremente, con independencia de las instancias productivas con las que entraban en relación. Tanto en este caso como en el de los que se insertaban en la estructura de las empresas, puede afirmarse que el rasgo determinante era el de su titulación académica. Se trataba pues de una franja social que se definía por criterios categoriales, pertenencia a una categoría de titulados, muy en consonancia con la estructura social existente en la que el éxito social y económico iba estrechamente ligado a la obtención de un título. Claro que la obtención de este título estaba reservada a los delfines de las clases dominantes ya que, casi de forma exclusiva, los estudios superiores estaban reservados a ellos. No resultaba pues difícil pronosticar éxito social al conseguir un título a quienes por nacimiento ya tenían más que asegurado este éxito.

Hoy en día las cosas han cambiado. La demanda de técnicos y profesionales que se hace desde la producción ya no se basa exclusivamente en criterios de delegación y legitimación técnica del poder del patrón, sino que las necesidades técnicas han tomado preponderancia como criterio para la incorporación de expertos, que ya no son contratados en base a su categoría sino a la función concreta que van a desempeñar en el proceso. Se ha incrementado muy notablemente

el número de los que se precisa y, consecuentemente, se ha tenido que “democratizar” la enseñanza a todos los niveles, en particular la enseñanza superior. Esta necesidad que coincide con el aumento de la demanda social de educación, se ha traducido en el hecho de que la presencia de hijos de obreros, cuadros medios, oficinistas, etc., en los centros de enseñanza empieza a tomar considerables dimensiones, aunque eso sí, con notables diferencias según el tipo de estudios.

Todo ello nos dibuja la diferencia entre el grupo que hoy podemos denominar técnicos y profesionales y el que recibía idéntica denominación en etapas anteriores. En primer lugar, el ejercicio liberal de las profesiones ha entrado prácticamente en vías de extinción y en segundo, los técnicos y profesionales de hoy, aunque incluyen en sus filas a los titulados superiores, no están constituidos exclusivamente por titulados académicos. Por otra parte son de origen social interclasista, ocupan posiciones jerárquicas diversas, incluso subordinadas en la estructura productiva y, lo que es más importante, se definen en base a la función que desempeñan. En este sentido cabe afirmar que se ha pasado de una definición categorial del grupo que nos ocupa, a una definición funcional. Una prueba de esta definición funcional es la gran cantidad de áreas, materias o fases del proceso en las que se han consolidado grupos de técnicos o expertos y que multiplica por mucho el número de carreras y titulaciones existentes.

Pero la prueba fundamental de esta transformación se encuentra en la variación de la formulación de la demanda de este tipo de personal. Basta analizar superficialmente las demandas de personal técnico aparecidas en cualquier periódico para darse cuenta que lo que se solicita desde las instancias productivas no es tanto una titulación como una cualificación. Las características de los posibles candidatos al puesto no vienen definidas en la demanda tanto por el nivel de estudios y titulación como por el conocimiento del puesto de trabajo a cubrir y la capacidad para desempeñar correctamente las funciones de dicho puesto.

Este cambio empezó a producirse hace unos años cuando las empresas ya no solicitaban una titulación en concreto sino un determinado nivel de titulación, ofreciendo posibilidades alternativas. Así era frecuente encontrar demandas en las que se pedía “ingeniero o economista”, “economista o abogado”, e incluso alternativas entre diversos grados de titulación, “ingeniero o perito”, “arquitecto o aparejador”. Ello confirmaba que lo que se demandaba desde las empresas no eran los conocimientos adquiridos en las diferentes carreras, heterogéneos por definición, sino unas capacidades determinadas que venían más o menos garantizadas por la posesión de un

título. Naturalmente estas demandas llevaban, por lo general, una coetilla referida a la experiencia profesional del candidato. Fórmulas como “inútil sin experiencia” o “necesarios X años de experiencia en puesto similar” eran frecuentes y confirmaban la característica funcional de la demanda.

Posteriormente las empresas, en su búsqueda constante de abaratar los costos de producción y entre ellos los salarios, han aprendido que: a) la posesión de las capacidades exigidas no precisa la posesión de un título ya que personas sin titulación pueden estar igualmente capacitadas y resultar más baratas, y b) que la posesión de un título no garantiza la posesión de las capacidades. En base a estas dos comprobaciones y siempre que el puesto de trabajo a cubrir no requiera titulación por causas ajenas al propio proceso, legales para la firma de proyectos, carismáticas por tratarse de puestos de mando, etc., han ofrecido alternativas a los candidatos que van más allá de la mera sustituibilidad entre titulaciones. Así se pueden encontrar numerosas demandas en las que la alternativa ofrecida va desde la titulación superior a la no titulación, siempre que quede cubierta la experiencia en las funciones a desempeñar.

En este sentido la definición funcional de los puestos de trabajo ha supuesto que la polémica entre titulación y cualificación se decante de forma creciente del lado de la cualificación. Resulta curioso poner en relación este proceso con el de la progresiva descualificación que se produce en sistemas productivos como el español que pueden ser calificados de dependientes tanto desde el punto de vista tecnológico como del económico. La utilización de tecnología extranjera, impuesta por el dominio de las empresas multinacionales, supone que la mayoría de los técnicos ven limitado su papel a meros “traductores”. Pero esta peculiar incorporación de tecnología, al mismo tiempo de descualificación, genera la necesidad de numerosos puestos de trabajo especializados y jerarquizados según criterios en absoluto coincidentes con la división tradicional de las carreras universitarias.

Así se ha agudizado un problema ya viejo que es el de las relaciones entre el sistema educativo y el sistema productivo. No es nada nuevo afirmar que los conocimientos que se imparten en los centros universitarios no corresponden con las demandas de cualificación provenientes del sistema productivo. Pero la discusión no se centra en esta constatación sino en la cuestión de si los planes de estudios deben adaptarse lo máximo posible a esta demanda de cualificación, o por el contrario, deben desarrollarse autónomamente sin supeditarse de forma exclusiva a ella.

Ambas opiniones han sido sostenidas con firmeza por sus defensores respectivos y han tenido numerosas manifestaciones en las modificaciones sucesivas de los planes de estudio. Esto ha sido especialmente visible en la modificación de las enseñanzas técnicas ya que por su vinculación más inmediata a la producción han sido las que han sufrido más presiones desde el sistema.

El interés inmediato de las empresas es el de encontrar en el mercado unos titulados con los conocimientos precisos para que los costos de entrenamiento de los mismos resulten mínimos, con una escasa duración en el tiempo y con una completa incorporación a tareas productivas lo más rápida posible. Esta tendencia llevada al límite es lo que se ha calificado de "especialismo", es decir, la formación en los centros docentes de numerosos y variados especialistas directamente absorbibles por las empresas e incorporados a sus procesos sin entrenamiento posterior.

Pero esta vía se ha mostrado prácticamente inservible puesto que es imposible que los centros asuman la gama amplísima de entrenamientos especiales exigidos por la producción. Ello exigiría además una flexibilidad y agilidad en la modificación de programas, que siguieran paralelas a la dinámica propia del sistema productivo. Por otra parte esto sólo es imaginable en centros con recursos prácticamente ilimitados y la realidad, hoy por hoy, es muy otra.

La tendencia que parece predominar, por lo menos en los centros docentes técnicos de Europa, es la contraria. Interesa fundamentalmente formar a los futuros técnicos en las tecnologías básicas lo más actualizadas posible. De esta forma, al mismo tiempo que facilitan el posterior entrenamiento dado por las empresas sin sustituirlo, evitan una rápida obsolescencia de programas y conocimientos. Esta solución responde mucho más adecuadamente a planteamientos a medio y largo plazo, y sobre todo, evita el despilfarro de un sistema educativo constantemente envejecido porque no puede seguir adecuadamente las necesidades de la producción.

De facto en las grandes empresas ya se ha aceptado plenamente el hecho de ser responsables directos de la formación de sus técnicos y en las políticas de formación de sus trabajadores se contempla como elemento importante el entrenamiento de los técnicos titulados o no, que se incorporan a ellas.

Pero este es un tema no resuelto y que va configurando soluciones diversas de acuerdo con las políticas educativas y la correlación de fuerzas entre los diversos grupos sociales. Y si se habla de política educativa en general es porque afecta a todos los niveles de la

enseñanza. De igual manera que se ha hablado de la enseñanza universitaria podría hablarse de la formación profesional e incluso de los contenidos de la enseñanza básica y el bachillerato.

Al margen de estas consideraciones generales acerca del sistema educativo, lo importante es retener el hecho de que la incorporación de técnicos y profesionales a sus puestos de trabajo se realiza en su mayoría a través de reglas concretas de oferta y demanda, es decir, a través de un mercado de trabajo establecido. Por supuesto que aún perviven las formas tradicionales de cooperación, amistad, o lo que es más frecuente las relaciones familiares, pero puede afirmarse que son minoritarias y, en general, suelen referirse a los puestos directivos más que a los puestos técnicos. Estas pervivencias suelen estar relacionadas con estructuras y formas de comportamiento correspondientes a fases anteriores.

Aparte de la objetivación de los canales de reclutamiento existe un indicador preciso de la consolidación de este mercado de trabajo: la salarización de este personal. Hasta hace pocos años las retribuciones percibidas, frecuentemente lo eran en concepto de honorarios, participación en beneficios u otros conceptos que normalmente no estaban prefijados. Se trataba de una prolongación del pacto de confianza entre el empresario y el técnico. A la confianza del empresario de una cierta delegación de poder, se correspondía por parte del técnico con una confianza en la fijación de las retribuciones. Hoy en día en la medida que se han objetivado las funciones desempeñadas, también se ha objetivado la retribución que suele ser percibida en forma de salario, aunque se sigue practicando con cierta frecuencia la política de "sobres" o gratificaciones extraordinarias con las que se premian, en mayor o menor grado, determinadas actitudes hacia la empresa y con las que se establecen diferencias entre los trabajadores de igual grado. Pero de forma general y con una tendencia creciente, se percibe la remuneración como salario. Incluso empieza a ser normal que el personal técnico y cualificado, tradicionalmente marginado de la contratación colectiva, se vaya incorporando a ésta y negocie colectivamente sus condiciones de trabajo y aumentos salariales.

Con todo lo que hasta aquí se ha expuesto se manifiesta una diferencia fundamental entre las actuales clases medias y las tradicionales formadas principalmente por profesionales liberales, trabajadores autónomos y pequeños empresarios. Hoy se puede afirmar sin ningún género de dudas que las clases medias son asalariadas y ejercen su trabajo de forma dependiente. Pero si bien es verdad que se

diferencian de las tradicionales clases medias por estos criterios, no es menos cierto que estos mismos criterios les hacen asemejarse de forma creciente a la clase obrera de las sociedades industriales avanzadas.

CUESTIONARIO DE AUTOEVALUACION

Ejercicio 1

1. Explique los conceptos: Acción Social e Interacción Social.
2. ¿Por qué la interacción social más simple que podemos imaginar —la que ocurre entre dos personas— es tan compleja?
3. ¿Por qué la interacción social es la base de los grupos sociales y de la organización de la sociedad?

Ejercicio 2

1. Defina grupo social y cuasi-grupo y dé cinco ejemplos de cada uno.
2. Establezca las diferencias entre “grupo primario” y “grupo secundario” y dé algunos ejemplos.
3. Clasifique los siguientes en grupos (G) y cuasi-grupo (C).
 - a. _____ La Asociación Médica Dominicana.
 - b. _____ La tribu.
 - c. _____ Los admiradores de Marichal.
 - d. _____ Las mujeres.
 - e. _____ La burocracia.
 - f. _____ Los jóvenes.
 - g. _____ La burguesía.
 - h. _____ El sindicato de trabajadores telefónicos.
 - i. _____ El Partido Comunista Dominicano.
 - j. _____ Los miembros del Club Arroyo Hondo.
4. Clasifique en grupos primarios (GP) y grupos secundarios (GS).
 - a. _____ Instituto Tecnológico de Santo Domingo.
 - b. _____ La Iglesia Católica Dominicana.
 - c. _____ El Proletariado Norteamericano.
 - d. _____ El Santo Domingo Tennis Club.
 - e. _____ Los Miembros de un equipo de estudio.
 - f. _____ Los profesores de una Universidad.
 - g. _____ Los integrantes de una pandilla juvenil.

- h. _____ Los instrumentistas que forman un trío de música clásica.
- i. _____ Un sindicato.
- j. _____ Cuatro amigos que se reúnen a jugar dominó todas las noches.

Ejercicio 3

1. Dé una breve definición de familia.
2. Enumere las funciones principales de la familia.
3. Explique los conceptos endogamia y exogamia; monogamia y poligamia.
4. Exponga los cambios que ha sufrido la familia en la sociedad moderna.
5. Diga las diferentes formas familiares que se pueden encontrar en la sociedad dominicana.

Ejercicio 4

1. Defina estratificación social.
2. Enumere los diferentes criterios de estratificación que conozca.

Ejercicio 5

1. Exponga las diferencias principales entre la teoría de la estratificación social y la teoría marxista de las clases sociales.
2. Explique las características del sistema esclavista de estratificación.
3. Exponga las tres características de los estamentos feudales.
4. Caracterice el sistema de castas hindú.
5. ¿Cuáles son las explicaciones sociológicas que pueden darse al fenómeno de castas?

RESPUESTAS

Ejercicio 1

1. La acción social puede definirse como “la acción humana en los diferentes medios sociales” (Rocher).

La interacción social es la relación o vinculación que se establezca entre dos personas (Rocher).

2. Aunque aparentemente se trata de un fenómeno muy elemental, la interacción entre dos personas es un fenómeno complejo porque son muchos los elementos de orden social y psíquico que contiene. En la interacción entre dos personas hay una manera de organización o estructuración, unas percepciones, emociones, categorías valorativas, creencias, una adaptación mutua (Rocher).

3. La interacción social entre los seres humanos es la base de los grupos y de la organización de la sociedad, porque es el primer paso hacia la formación y consolidación de los agregados, el fundamento de agrupamiento con una estructura definida, unas relaciones más o menos estables, unas categorías mentales compartidas y unos sistemas de organización determinados (Rocher).

Ejercicio 2

1. Grupo es un conjunto de personas que tienen relaciones definidas, una estructura y una organización determinadas y una conciencia de la existencia del grupo y de sus símbolos (Bottomore).

a) La familia, b) la clase obrera, c) el clan, d) la casta, e) la escuela.

El cuasi-grupo es un agregado de individuos que no tienen organización ni estructura y cuyos miembros son inconscientes o débilmente conscientes de sus relaciones y símbolos (Bottomore).

a) Los fumadores, b) los ancianos, c) los amantes del beisbol, d) los futbolistas, e) los presidiarios.

2. El grupo primario es un grupo pequeño, cuyos miembros tienen una relación íntima, directa, duradera, espontánea, informal. El grupo secundario es un grupo generalmente grande, cuyos miembros tienen una relación indirecta, formal, impersonal, segmentaria, orientada hacia la búsqueda de un objetivo (Horton y Hunt).

Ejemplos de grupo primario: la familia, los amigos íntimos, el vecindario.

Ejemplo de grupo secundario: las asociaciones, las clases sociales, los grupos étnicos.

- | | | | |
|-------|----|----|----|
| 3. a. | G | f. | C |
| b. | G | g. | G |
| c. | C | h. | G |
| d. | C | i. | G |
| e. | C | j. | G |
| 4. a. | GS | f. | GS |
| b. | GS | g. | GP |
| c. | GS | h. | GP |
| d. | GS | i. | GS |
| e. | GP | j. | GP |

Ejercicio 3

1. La familia es un grupo social en el que el acceso sexual está permitido entre los miembros adultos, en el que la reproducción ocurre legítimamente, en el que el grupo es responsable frente a la sociedad del cuidado y educación de los hijos y es, además, una unidad económica, por lo menos de consumo (Según M. Zelditch).

2. Reguladora de la actividad sexual: organización y satisfacción de los deseos sexuales de sus miembros adultos.

Reproductora: aporte de nuevos miembros a la sociedad.

Socializadora: aprendizaje, interiorización de las pautas socio-culturales por parte de los niños.

Afectiva: satisfacción de necesidades emocionales.

Status: adquisición de la condición social.

Protectora de los miembros que integran la familia.

Económica: división del trabajo, transmisión de herencia patrimonial (Horton y Hunt, pp. 106-108).

3. Endogamia: cuando la persona está obligada a realizar el matrimonio con alguien de su propio grupo.

Exogamia: cuando la persona elige pareja fuera del grupo al que pertenece.

Monogamia: relación matrimonial de una persona con una sola del sexo opuesto en un momento determinado.

Poligamia: relación que permite una pluralidad de cónyuges. Se llama *poligamia* cuando el hombre tiene dos o más esposas. *Polian-dria* cuando la mujer tiene dos o más esposos (Horton, pp. 104-116).

4. La familia se ha convertido en una unidad de consumo; ha disminuido de tamaño, predominando la de tipo nuclear y neolocal; la función reguladora sexual ha disminuido; el poder y la autoridad paternas son menores y la independencia de la mujer y los jóvenes tienden a aumentar, los vínculos familiares son más flexibles (Horton, pp. 108-109).

5. En la sociedad dominicana encontramos fundamentalmente dos formas de familia: la *extensa*, que está en vías de extinción con el desarrollo de la industrialización; y la *nuclear-neolocal*, que es la forma más común en los centros urbanos. También hallamos, aunque en número más reducido, formas familiares matrilocales, patrilocales, y algunas expresiones de la poliginia.

Ejercicio 4

1. Es un proceso mediante el cual los individuos, las familias y los grupos sociales son jerarquizados en una escala, unos en posiciones superiores y otros en las inferiores.

2. Existen criterios objetivos y generalmente cuantificables tales como la ocupación, la riqueza, el conocimiento, el lugar de residencia, y otros de tipo subjetivo, como el prestigio, la elegancia en el vestir, las pautas de ocio.

Ejercicio 5

1. La Teoría Funcionalista describe la posición que ocupan los individuos en cada estrato de la sociedad y determinan que un individuo pertenece a una clase baja, media o alta según valores importantes para la sociedad, que pueden ser: nivel económico, nivel educativo, el poder, la profesión, etc.

La Teoría Marxista de las clases sociales determina la clase a la cual pertenecen los individuos en función de la posición que estos ocupan en el proceso de producción, si son propietarios o no de los medios de producción; clasifica la sociedad en explotados y explotadores.

Para los funcionalistas la existencia de clases sociales (de estratos) es necesaria para la sociedad; para los marxistas esta diferencia de clases es inhumana y debe eliminarse.

2. La base de la esclavitud es económica: se caracteriza por la existencia de dos clases fundamentales: los esclavos y la aristocracia (esta última vive del trabajo de los esclavos).

Todo esclavo es sometido a un dueño o amo, es propiedad de éste, y no tiene ningún derecho social, teniendo el dueño el derecho de vida o muerte sobre el esclavo. La esclavitud representa una forma extrema de desigualdad.

3. Cada estamento estaba definido legalmente y tenía un complejo legal de derechos y de deberes, de privilegios y obligaciones.

Los estamentos representaban una amplia división del trabajo. “La nobleza se encarga de defender a todos; el clero, de rezar por todos, y los siervos de suministrar alimentos a todos”.

Los estamentos feudales eran grupos políticos y los siervos no eran reconocidos como estamentos por la nobleza y el clero.

A partir del siglo XIII aparece un tercer estamento, que es el de los habitantes de los burgos: los burgueses.

4. Es un sistema de estratificación que se caracteriza por la rigidez y la escasa movilidad. La pertenencia a una casta es hereditaria. La casta está ligada a la ocupación. Cada casta posee un inflexible conjunto de normas, cuya violación se castiga severamente, incluso con la expulsión (del infractor) del seno de la casta. La noción de casta está vinculada a conceptos de pureza e impureza.

5. Una explicación asegura que el sistema de castas es el resultado de la división impuesta por los primeros invasores arios de la India, o sea, los portugueses. Otra explicación afirma que el sistema de castas tiene sus raíces en la filosofía y la cultura hindúes.

UNIDAD VI

Estructura y procesos económicos en el mundo moderno

Objetivos generales

1. El estudiante apreciará los procesos económicos vividos en la sociedad.
2. Será capaz de comprender desde una óptica sociológica los aspectos más relevantes de las estructuras económicas en el mundo moderno.

Objetivos específicos

1. El estudiante será capaz de formular una definición general de economía.
2. Comprenderá la relación existente entre el desarrollo de la economía y los demás procesos socio-culturales.
3. Podrá distinguir entre los diferentes modos de producción que han existido en la historia.
4. Diferenciará entre los principales enfoques socio-económicos que se han planteado desde el renacimiento.
5. Estará en capacidad de valorar y criticar las estructuras económicas actuales.
6. Podrá juzgar el rol del estado en la economía de las sociedades modernas.

Actividades

1. Lectura de los textos “Evolución de la estructura económica capitalista” y “Principales características de los modos de producción” que se presentan a continuación.
2. Lectura del capítulo 12 del libro *Hombre y Sociedad*, titulado: “Sociología económica” (pp. 219-245).
3. Revisión de las notas de clase.

EVOLUCION DE LA ESTRUCTURA ECONOMICA CAPITALISTA

Francisco Ayala*

El proceso económico. Noción general de economía. La economía como parte de la cultura. El valor económico.

Establezcamos ahora la línea del proceso económico, observando lo ocurrido en el terreno de la economía desde el Renacimiento hasta la época actual. El campo económico es aquel que, dentro del conjunto de la vida histórica, sigue en grado de proximidad al de la relación del hombre con la Naturaleza, organizada e incorporada en la técnica. Si ésta agrupa los instrumentos de que el hombre se vale para operar sobre la Naturaleza, la economía se refiere al conjunto de las actividades dirigidas hacia el fin de su mantención física. El hombre, como todos los seres vivientes, es un individuo biológico que necesita alimentarse y satisfacer una serie de otras necesidades elementales, exigidas por su condición animal. En cuanto tal individuo biológico, el hombre satisfaría esas necesidades en una relación directa con el medio ambiente, como lo hacen los demás animales. Pero esto sólo podría hacerlo así el hombre natural y no el hombre histórico que nosotros conocemos y que nosotros somos. El hombre histórico, o sea el hombre, como ser de cultura y no sólo de naturaleza, satisface sus necesidades elementales a través de la multitud de procesos de elaboración de la realidad natural en los que la cultura consiste; y el primer grado de la técnica, su manifestación más simple, su función inicial, consiste en proporcionarle al hombre los instrumentos adecuados para una más fácil y más eficaz satisfacción de sus necesidades elementales; es decir, de aquellas necesidades que él tiene como ente biológico, como ser de la Naturaleza; en fin, como animal viviente.

Por eso, aun en el más bajo estadio de organización de la sociedad humana, la economía está ya presente como una creación artificial, como parte de la cultura. A poca que sea la previsión que el hombre primitivo desarrolle para facilitarse, mediante una cierta técnica, la satisfacción de sus necesidades elementales, esa cierta técnica existe siempre en la sociedad humana. El hombre no satisface sus necesidades elementales como el animal, que come cuando tiene hambre lo que encuentra a su paso y que solamente por impulsos

* *Introducción a las ciencias sociales*. 8a. ed. Madrid: Aguilar, 1981.

instintivos está unido a sus fuentes de sustentación, sino que organiza de alguna manera (aunque ésta sea muy simple todavía en los primeros estadios y muy próxima a lo natural) el proceso de la apropiación para inmediato consumo; elabora siempre en vías culturales el proceso de adquisición, conservación, distribución y disfrute de los bienes de consumo. Podemos dar, pues, una definición provisional muy simple de lo que es economía, válida para cualquiera de sus grados o estadios, diciendo que consiste en la organización de las relaciones de propiedad, de producción y de distribución de los bienes útiles, y pasando en seguida a aclarar el significado de la definición.

Cuando hablamos de organización de las relaciones de propiedad estamos aludiendo implícitamente a condiciones de escasez. Para que haya apropiación, y, por tanto, un sistema de propiedad sobre bienes útiles, es necesario que estos sean limitados, que no se obtengan en cantidad prácticamente infinita en relación con las necesidades elementales del hombre mismo. A nadie se le ocurriría establecer relaciones de propiedad sobre el aire, a pesar de ser éste un bien biológicamente necesario para el hombre, puesto que sin el aire es seguro que nadie podría vivir. Pero el aire existe en la atmósfera en cantidad inagotable respecto a las necesidades respiratorias del ser humano; por tanto, no hay razón para establecer una relación de propiedad sobre el aire, ya que a nadie puede excluirse de su disfrute. Otros bienes, en cambio, son esencialmente limitados y, sin embargo, también absolutamente necesarios para la vida, y esto determina que venga a establecerse sobre ellos una relación de propiedad. Es fácil observar la transición de un caso al otro con el ejemplo del agua: en lugares donde el agua abunda mucho y la técnica de su aprovechamiento es tan simple que no existe ningún modo de conducción, sino que cada consumidor obtiene directamente por su propio esfuerzo ese bien indispensable y preciadísimo de la fuente misma, el agua está en iguales condiciones que el aire: no constituye objeto de apropiación. Mas cuando escasea en un paraje o cuando las condiciones técnicas generales en una civilización avanzada imponen medios particulares de utilización, entonces el agua se convierte en un bien económico. En las ciudades hay que pagar el suministro del agua que empleamos, cosa que no ocurrirá en una aldea donde la gente vaya a llenar sus cántaros en la fuente con arreglo a sus necesidades.

Otro concepto de nuestra definición provisional que conviene establecer un poco es el de bienes útiles. No todos los bienes útiles —ya lo hemos visto— pueden ser objeto de inclusión en relaciones de

propiedad, sino sólo aquellos que se encuentran dados en medida limitada: pero ¿qué se entiende, en general, por bienes útiles? ¿Es que acaso no son útiles todos los bienes? Con la calificación de útiles se quiere marcar una separación entre aquel tipo de bienes directamente relacionados con la satisfacción de necesidades físicas, biológicas, del hombre, y aquellos otros de carácter espiritual, a los que se conoce también por referencia al valor, que tiene quizá un precio más alto para la vida del hombre, pero cuyo precio no es, sin embargo, de índole económica. No se compra la belleza, no se compra la justicia: a estos bienes no puede denominárselos útiles, porque, aun siéndolo, no deben su validez a su utilidad, cuyo concepto debe jugar en función exclusiva de la economía; es decir, de la organización de las relaciones de propiedad, de producción y de distribución de la riqueza.

La primera manifestación de toda cultura consiste en la elaboración o producción de bienes de consumo: es decir, de bienes útiles, y no tan sólo aquellos producidos por la tierra, sino los conseguidos mediante otras técnicas distintas de la agrícola: la técnica de la caza, por ejemplo. Toda apropiación implica ya un cierto grado de organización social más o menos rudimentaria para la adquisición del bien necesario. El alimento se puede obtener por el cultivo de la tierra, pero también por la recolección de sus frutos espontáneos o por la captura de animales alimenticios. La caza y la pesca pertenecen ya al orden de esta cultura elemental y se conectan con el primer grado de la técnica, destinado a facilitar la satisfacción de las necesidades primarias del hombre. Toda sociedad humana, simple o compleja, posee así una estructura económica básica, estrechamente enlazada con las relaciones de poder que en ella prevalecen, o sea con la organización política de la correspondiente sociedad. Claro está que existiendo tantas posibilidades de organización de la vida económica como tipos de sociedad pueden encontrarse, y estando unos tipos de organización de la vida económica más cerca de la Naturaleza, en el aspecto de la satisfacción de necesidades elementales, de lo que están otros tipos, sociedades primitivas cuya base de sustentación sea la caza y la mera recolección de frutos espontáneos de la tierra, presentarán a la observación rasgos bastante semejantes a los de ciertas sociedades animales, con un parecido que delata cómo aquéllas se encuentran todavía muy cerca de la Naturaleza. Pero, con todo, no se trata ya de una economía natural, propiamente dicha. Cuando se emplea la expresión economía natural, como suele hacerse, es para apuntar no tanto a una efectiva economía natural en sentido estricto —imposible en sí misma, puesto que la economía es ya creación de

cultura—, como a una economía más próxima a la Naturaleza que la nuestra. Así, puesta en contraste con la economía moderna, es decir, con la economía capitalista, sin duda que la economía de la Edad Media aparecerá como relativamente natural, aunque en términos absolutos nos encontraremos ahí con una creación cultural indubitable y hasta cierto punto compleja, si se la compara con la economía de las llamadas sociedades primitivas. Esa pretendida economía natural de la Edad Media tuvo el carácter de una recaída, fue un retroceso al estadio rural, después del Imperio Romano, en el que se habían dado ya las relaciones económicas bajo una forma de alto capitalismo. En la Edad Media la economía se desenvuelve en su casi totalidad y de modo típico dentro de pequeños núcleos rurales. Es una economía estática, cuyos giros están ligados a la Naturaleza, siendo los cambios de la estación los que imponen el ritmo de producción a una vida económica sustentada fundamental y casi exclusivamente sobre la agricultura y la cría de ganado... Por supuesto, a esta organización puede dársele el nombre de economía natural, por contraste con la economía capitalista, que se desenvuelve después, a partir de ella, y cuyo proceso consideramos a continuación.

Concepto de economía natural, en contraste con economía capitalista: Dinamicidad de ésta. Paralelismo entre el desarrollo de la economía capitalista y la expansión geográfica en el occidente. Bosquejo de la conexión del desarrollo capitalista y los demás procesos fundamentales de la historia moderna.

El concepto de capitalismo es uno de los más controvertidos, no sólo como sistema práctico, sino también en el orden teórico. No resulta por eso tarea fácil formular su definición. Como punto de partida, aceptaremos las caracterizaciones que nos propone un economista muy notable, Schumpeter, en su obra *Capitalismo, socialismo y democracia*, cuando dice: “El punto esencial que debe tenerse en cuenta al tratar del capitalismo es que consiste en un proceso evolutivo”, y poco más adelante explica: “El capitalismo, pues, es por naturaleza una forma o método de evolución económica, que no es ni puede ser estacionario”, aclarando en seguida que ese carácter evolutivo del proceso capitalista no se debe tan sólo al hecho de que la vida económica transcurre en una atmósfera social y natural que cambia y que al cambiar altera los datos de la acción económica, aunque esto sea un hecho importante y esos cambios (guerras, revoluciones u otros) conduzcan con frecuencia a un cambio en el equipo industrial.

“Tampoco es debido —agrega— el cambio evolutivo del capitalismo a un aumento casi automático de la población o a las alternativas de los sistemas monetarios, factores de los que puede decirse exactamente lo mismo: que son importantes, pero no decisivos. El impulso fundamental que pone en movimiento a la máquina capitalista y que la mantiene en movimiento proviene de los nuevos artículos de consumo, nuevos métodos de producción y de transporte, nuevos mercados y nuevas formas de organización industrial que la empresa capitalista crea.” Todavía añade: “Ese proceso de destrucción creadora es el hecho esencial del capitalismo”. Es decir, que, según este autor, la economía capitalista está caracterizada por la nota dinámica, para contraste con la economía llamada natural, de base agrícola, que es predominantemente estática, aunque no puede serlo en términos absolutos. Aún podría añadirse otra señal distintiva del capitalismo: la de un equipo tecnológico relativamente desenvuelto, por lo mismo que ahora no se trata ya de una economía estática y predominantemente agrícola, sino de una mucho más compleja economía industrial: la industria requiere técnicas bastante más avanzadas.

Después de estas sumarias indicaciones no podrá extrañar a nadie que el capitalismo sea en la historia de nuestra cultura un proceso paralelo de aquellos que estudiábamos en primer término; el de la expansión geográfica y el del proceso de la técnica, ni tampoco que se encuentre ligado a esos otros procesos en lo más íntimo, porque también el capitalismo es un proceso de expansión, es un proceso de crecimiento que sigue las mismas líneas y actúa sobre las mismas bases que los otros dos. Si la economía capitalista se caracteriza por ser dinámica y por contener en sí un principio de crecimiento indefinido, puede suponerse que responderá a los mismos estímulos culturales básicos a que respondieron la expansión geográfica y el progreso técnico, antes considerados. Como estos, el proceso capitalista llena la historia del desarrollo de la economía durante la Edad Moderna; como ellos, adquiere su plenitud, sobre todo a partir del Renacimiento, aunque también como ellos hunda sus raíces y tenga sus inicios en plena Edad Media. Es sólo en el Renacimiento cuando consigue dar fisonomía al mundo, marcar con un sello a la época; pero no aparece ahí de súbito, como una explosión, sino que ya venía formándose desde siglos atrás en zonas periféricas de Europa. Iníciase, en efecto, durante la Edad Media en las ciudades italianas, y a esta primera fase de iniciación se la distingue con el nombre de capitalismo comercial, al que seguirán sus fases financieras e industrial. La primera de ellas, como decimos, se desarrolla todavía

durante la Edad Media. “Es la vida urbana —escribe su autor, Henri Sée— la que va a ofrecer las primeras manifestaciones del capitalismo en la Edad Media, a lo menos en su forma puramente comercial. Las vemos aparecer principalmente en dos regiones favorecidas desde el punto de vista económico: en las repúblicas municipales de Italia y en las ciudades de los Países Bajos. ¿Por qué fueron estas dos regiones los primeros campos de elección del capitalismo? Porque el comercio marítimo con el Oriente, a continuación de las Cruzadas, llevó a las repúblicas italianas una gran masa de capitales y porque los Países Bajos fueron uno de los principales depósitos marítimos entre el Oriente y el norte de Europa. Desde la Edad Media, como se ve, el comercio en gran escala es la fuente esencial del capitalismo”. Y agrega: “No hay que ocultar que la situación económica de las repúblicas italianas y de las ciudades de los Países Bajos era, en realidad, excepcional. En otros lugares el capitalismo no se manifestó sino de una manera muy atenuada. Ello se explica si se recuerda que el comercio —el gran comercio, por lo menos— aún no tenía un carácter permanente: era ocasional e intermitente. Esto se debía a las deficientes vías de comunicación, a la ausencia de seguridad y al pequeño número de centros urbanos importantes.” Aparece, en efecto, el capitalismo comercial en las ciudades italianas, y algo después, en las ciudades holandesas y alemanas, puntos marginales del continente europeo, en los cuales se concentra el comercio con el mundo exterior a la Cristiandad, el comercio con el Oriente. Especie de emporios, estas ciudades mercantiles van creciendo, adquiriendo volumen, sin alcanzar nunca, sin embargo, las proporciones de las urbes actuales o las del Imperio romano: son pequeñas ciudades de 10.000 a 50.000 habitantes diseminadas como islotes en un mundo predominantemente rural, pero que, al desarrollarse como centros de irradiación, crean una red de relaciones que envuelve cada vez más típidamente a ese mundo rústico; red de relaciones comerciales, que son el origen de nuevos poderes sociales, y pronto, también, nuevos poderes políticos. El hecho de que en Italia el feudalismo tuviera un carácter más bien precario se debe justamente a que la península italiana fue el emplazamiento de esas ciudades, sede del comercio con Oriente, y en las cuales se iba condensando un nuevo tipo de organización económica que, al extenderse e imponerse, cambiaría la fisonomía toda del mundo occidental... Esta primera fase —comercial— del capitalismo evoluciona bien pronto hacia lo que sería el capitalismo financiero, con apogeo en el Renacimiento y durante los tres siglos primeros de la Edad Moderna. El capitalismo financiero se encontraba ya implícito en el capitalismo comercial; es su lógico

desarrollo. “Si se quieren conocer los orígenes del capitalismo — escribe el mismo H. Sée— es necesario considerar las grandes potencias que se constituyeron desde fines de la Edad Media. Su desarrollo se debió, sobre todo, al crédito público exigido por la formación de los grandes estados, principados o monarquías. En este tiempo la tasa de interés era con frecuencia superior al 50 por 100. Dichos estados tenían cada vez mayor necesidad de dinero, pues sus servicios militares, diplomáticos y financieros no cesaban de aumentar. Las finanzas públicas llegaron a ser una rama muy importante de negocios. Así se explica la actividad financiera de los italianos (florentinos, lucquinos, genoveses y otros) en Inglaterra, en los Países Bajos y en Francia, así como la de los *maranos* (judíos portugueses convertidos) en Amberes. En Alemania, Los Fugger, de Augsburgo, primero mercaderes y luego propietarios de minas de cobre y plata y banqueros, fueron los prestamistas oficiales de los Absburgos, y nadie ignora su intervención tan importante en la elección de Carlos V”.

El capitalismo financiero se caracteriza, sobre todo, por las instituciones de crédito. La historia de la economía nos muestra hasta qué punto está ligado, en efecto, su desenvolvimiento con la formación y el desarrollo de las monarquías absolutas, que estudiaremos más adelante. Puede tomarse como punto de referencia, entre otros, a esa famosa familia de banqueros alemanes, los Fugger o Fúcar, verdadera potencia política en la Europa de su tiempo; una auténtica dinastía de potentados, cuya actuación fue decisiva —al modo capitalista— en la elección de Carlos V para emperador de Alemania y en el resto de su política. La organización de ejércitos permanentes, el financiamiento de empresas de descubrimiento, el sostenimiento de guerras, son acciones de Estado que dependen del desarrollo de las instituciones de crédito durante la segunda fase del capitalismo, es decir, bajo el capitalismo financiero.

La aparición del espíritu capitalista. Fases históricas del capitalismo

Y al llegar a este punto no debemos pasar de largo sin plantear una cuestión incidental, aunque importante: ¿Cómo se desarrolla dentro de la Cristiandad, la actitud capitalista, tan contraria a las convicciones que habían prevalecido durante la Edad Media, correspondientes éstas a su vez a las formas de vida impuestas por una economía estática, a la que llamamos natural, por contraste con el dinamismo económico de la Edad Moderna? A este problema han tratado de darle respuesta varias tesis acerca de los orígenes socioculturales de una mentalidad capitalista en nuestra civilización, y de las

causas por cuya virtud esta mentalidad se impone y da el tono dominante. Baste mencionar dos de los autores que proponen una explicación de ese cambio tan radical de mentalidad; radical, porque en la Edad Media era vituperada como un pecado —pecado de usura— la práctica de cobrar interés por el dinero. Tal concepción medieval —según la cual el dinero era algo maldito, infecundo, y quien le sacaba frutos incurría en pecado— correspondía a las condiciones de una sociedad basada sobre una economía agraria, en contraste con el capitalismo, que está fundado precisamente sobre la posibilidad de hacer fructificar el dinero, obteniendo intereses, que en esa época llegaron a ser hasta del 50 por 100 del capital, puesto que el riesgo era también muy subido. Los autores a que me refiero son: W. Sombart, quien sugiere que la mentalidad capitalista adecuada a las nuevas condiciones del mundo se debió a la actuación de los judíos, no pertenecientes en aquel entonces a la cultura cristiana, pues eran una especie de grupos enquistados en el seno de aquella sociedad, donde estaban excluidos de una cantidad de actividades: excluidos del ejercicio militar, de las profesiones liberales y también de la agricultura —puesto que el dominio de la tierra dependía del ejercicio de las armas—, y, por tanto, empujados a aquellas ocupaciones lucrativas que eran mal vistas, desconsideradas y tenidas por odiosas; ellos prestaban con interés, hacían fructificar el dinero. Cuando las circunstancias cambian y la sociedad entera inicia una marcha distinta, son ellos quienes encabezan y propulsan la nueva situación; están preparados, dominan las técnicas económicas, tienen formada ya la mentalidad que había de ser de ahí en adelante mentalidad de la época... El otro autor aludido, Max Weber, uno de los historiadores y sociólogos más eminentes de todos los tiempos, atribuye por su parte mucha importancia en el desarrollo y prevalecimiento de la mentalidad capitalista a la Reforma protestante, en particular a la doctrina calvinista de la predestinación, según la cual el triunfo de la vida, el éxito práctico en este mundo es señal de la gracia divina y demuestra hallarse quien lo obtiene predestinado a la salvación eterna.

En el Renacimiento, pues, el proceso capitalista ya iniciado durante la Edad Media adquiere un vigor, una preponderancia tal que, pasando al primer plano, imprime su carácter a la época, cosa que no ocurriera en la época anterior. Observábamos antes que la aparición y el desarrollo del capitalismo se encuentran conectados con los otros dos procesos estudiados ya: el de la expansión geográfica y el de los adelantos técnicos, y conectados estrechamente.

Cuéntese además que una conexión igualmente estrecha se descubre entre esta fase primera del capitalismo y el proceso, que estudiaremos más adelante, de la formación de los estados soberanos que, inicialmente, toman la forma de monarquías absolutas. Si durante la Edad Media la vida económica había ocurrido formando unidad con lo político, al deslindarse ambos campos en la Edad Moderna, las acciones recíprocas entre la economía y la política son sumamente intensas, y no podríamos explicarnos ni el desarrollo económico sin el desarrollo político, ni éste sin aquél. Las monarquías se constituyen con el apoyo de la burguesía, clase social nueva que propulsa el capitalismo y, en reciprocidad de intereses, favorecen el desarrollo de éste. Conviene señalar, además, que es en este momento, a partir del Renacimiento, cuando la economía, habiendo adquirido sustantividad y un predominante peso específico en la cultura de la sociedad occidental, pasa a ser objeto de consideración científica. Las ideas económicas de la época anterior habían sido de carácter meramente práctico, apenas superaban las nociones vulgares que cada cual tiene acerca de este sector de la experiencia humana al que denominamos economía; y un pensamiento económico científico sólo se comienza a esbozar con el desarrollo del capitalismo, para desplegarse conforme el capitalismo se despliega. En el Renacimiento aparecen ligadas la práctica económica y la práctica política, así como la teoría económica y la teoría política. La primera gran doctrina catalogada en la historia de la ciencia económica, el mercantilismo, no surge como un resultado de la especulación intelectual de hombres de ciencia, sino como una excrecencia teórica al margen de la acción política de hombres de Estado; hasta tal punto que el mercantilismo, cuyo prevailecimiento abarca un gran lapso, extendiéndose desde el siglo XV hasta el siglo XVIII, suele vincularse al nombre, no de un teorizador, sino de un gobernante, Colbert, el ministro del rey francés Luis XIV, quien dirige la economía nacional durante el siglo XVII, período de tiempo que marca el punto culminante del mercantilismo. La política mercantilista practicada por Colbert se encuentra expuesta no en un tratado teórico, sino en sus instrucciones, en sus cartas, en la exposición de motivos de sus decretos.

El Mercantilismo

Examinemos de un modo muy sumario el contenido de esa política mercantilista que debía transformar la vida económica europea mediante las palancas del Poder público, y que, haciéndolo así, propulsaría el capitalismo. Es sabido cómo durante la Edad Media la

actividad económica se encontraba vinculada a los núcleos rurales, tejido de minúsculas unidades agrícolas, a las que se agregaron, un poco al margen, las ciudades de carácter comercial que iban tomando creciente auge en los últimos siglos del medievo. El intercambio económico entre las distintas unidades territoriales dentro de la cristiandad estaba entorpecido por una cantidad de barreras de índole fiscal, puesto que los señores locales ejercían derechos análogos a los que hoy llamamos derechos de soberanía sobre sus respectivos dominios: disponían de la facultad de establecer impuestos, de acuñar moneda, de administrar justicia, de fijar los pesos y medidas... El resultado era que todo intercambio comercial más allá del seno de los pequeños núcleos dominados por cada uno de los señores locales tropezaba con una serie de tales trabas. Existían, entre otros muchos obstáculos, los derechos de tránsito, sumamente onerosos: las dificultades surgidas de las aduanas interiores, establecidas con una profusión extraordinaria, existiendo además una enorme anarquía en el régimen de pesos y medidas, tanto como en los signos monetarios. Y todo esto daba lugar a que el comercio, que pugnaba por desarrollarse según las nuevas tendencias insinuadas en la época, se viera detenido y trabado. La acción del ministro de Luis XIV, Colbert, estaba dirigida a luchar contra esta situación caótica, apoyada en la pluralidad de los poderes locales. En líneas generales, puede afirmarse que el mercantilismo actúa en el sentido de una creciente centralización dentro de los límites del nuevo Estado monárquico.

Esto, por lo que se refiere a su política práctica. En cuanto a la teoría, esa política estaba fundada sobre unas cuantas ideas económicas muy elementales y en gran parte erróneas, pero que correspondían a la nueva situación, es decir, a una situación en que el Estado había hecho su aparición —en rigor no existía el Estado, tal como hoy entendemos este concepto, antes del Renacimiento— y a la nueva importancia que dentro de esa situación había adquirido la vida económica. Son ideas de experiencia vulgar, transportadas del terreno de la economía doméstica al de la economía política. Se ha caracterizado la mentalidad del mercantilismo como una mentalidad monetaria, que identificaba la riqueza con los metales preciosos, el oro y la plata. Esa mentalidad monetaria había sido fuertemente estimulada, además por ciertas consecuencias del descubrimiento de América, sobre todo la explotación de las minas de oro y plata del Nuevo Mundo. Al descubrir América y al transportar a Europa en grandes cantidades los metales preciosos, España participaba de la idea, general en la época, de que la riqueza consiste en los metales preciosos, de oro y plata, y eso produjo una enorme inflación de los

precios. Se salía por entonces de una etapa económica que en conjunto había sido estática, y ese estatismo combinado con las ideas de economía doméstica y con el hecho de que ahora existieran los estados, es decir, de que la Cristiandad se hubiera separado y dividido en estados independientes, sugirió la idea de que si la población de un país adquiere riqueza es siempre a costa del empobrecimiento de los otros países. De acuerdo con este modo de entender la economía, todavía estático, sobre el supuesto de una cantidad inalterable de bienes, la política preconizada y practicada por el mercantilismo estaba dirigida a conseguir por todos los medios el enriquecimiento del propio país, atrayendo hacia él los metales preciosos en que se creía consistía la riqueza. Si Francia, en donde se formuló con mayor precisión y claridad la doctrina mercantilista, carecía de minas de oro y plata, y España las tenía, el único modo de conseguir que Francia se enriqueciera sería, según eso, hacer que el oro de España fluyera hacia Francia, con lo cual España había de empobrecerse. Para conseguirlo se emplearon diferentes medios. El más importante de todos fue la implantación sistemática de aduanas nacionales. Al mismo tiempo que se suprimían las aduanas interiores, se establecían tarifas proteccionistas en las fronteras del Estado, procurando así alterar la balanza de comercio en un sentido favorable. La política mercantilista pretende desnivelar a favor de cada uno de los estados que la practican la balanza de comercio. Para atraer los metales preciosos, el dinero, que otros países tenían y no tenía Francia, se hace necesario fomentar la industria interna de manera que sea posible proporcionar a cambio de los metales preciosos productos manufacturados. La política mercantilista en Francia es, en este sentido, una política de fomento de las actividades productivas: la agricultura y la industria... Ya por entonces, a resultas de haberse diversificado en cuerpos políticos independientes el territorio europeo, comienzan a aparecer las diferencias que de ahí en adelante serían cada vez más intensas entre los distintos países de Europa, y así, mientras que la política mercantilista en Francia conduce sobre todo al fomento de la producción interior, la política mercantilista en España se esfuerza en vano por retener dentro de sus fronteras los metales preciosos obtenidos de la explotación de las minas americanas y por extraer cada vez más metales preciosos de América. La política mercantilista en Inglaterra se centra, a su vez, en un estímulo mayor del comercio.

La Fisiocracia

Tal es la política práctica, diversa según las condiciones nacionales, y tal es la común construcción teórica del mercantilismo, expuestas en unas líneas sumamente simples. Su vigencia se dilata hasta mediados del siglo XVIII, en cuya fecha aparece una nueva posición o doctrina económica, también en Francia; es la que suele estudiarse en segundo lugar en la historia de las teorías económicas, bajo el renombre de fisiocracia o escuela de los filósofos economistas, representada, sobre todo, por el doctor Quesnay. Quesnay no era un político, ni tampoco un economista práctico: era médico del rey, dado a los estudios científicos y filosóficos. Sus obras principales, aquellas donde se encuentra formulada la nueva doctrina, son el *Tableau economique*, que se publicó en el año 1758, y las *Maximes generales du gouvernement*, aparecida dos años más tarde. La escuela misma, que reunía a unos cuantos de tales filósofos economistas en casa del marqués de Mirabeau, a partir de 1767, cuenta con antecedentes bastante anteriores a la fecha en que comienza a funcionar: suelen mencionarse a este respecto las ideas de otro médico, francés también, que vivía en Inglaterra a principios del siglo XVIII, Mandeville, quien escribió una obra, publicada en el año 1705, donde hasta cierto punto se reflejan las condiciones y tendencias del país en que estaba viviendo, o sea aquella Inglaterra que aplicaba el mercantilismo bajo forma comercialista. El pensamiento que Mandeville expone en esta obra, *The Gumbling Hive, or Knaves turn'd Honest*, es antecedente no sólo de los fisiócratas en Francia, sino también de los liberales de la doctrina clásica en Inglaterra. El libro de Mandeville obedece a la inspiración y la tradición de las sátiras de costumbres. Presenta una colmena en la cual todo lo que es actividad predatoria ha desaparecido: los bribones se han decidido a ser gente honesta, y esto produce unos resultados lamentables en el conjunto. Lo que ocasiona la prosperidad del grupo es el hecho de que cada uno de sus individuos trate de conseguir ventajas sin parar mientes en el interés de los demás: sólo el interés propio cuenta, y esta conducta profundamente egoísta da lugar al resultado imprevisto de que el grupo entero prospera. Ya veremos cómo esta concepción, que él expuso en la forma envuelta de un apólogo, *Fábula de las abejas*, se vuelve a hallar en la base de convicciones de la escuela clásica liberal inglesa, tanto como en la escuela fisiocrática francesa. Pero ahora vamos a ocuparnos de ésta en particular. El libro del doctor Quesnay mencionado antes, *Cuadro económico*, ofrece el primer trazado de un circuito económico completo: mérito que es necesario reconocerle en la histo-

ria de las ideas económicas. Las fases de este circuito son las siguientes: 1. La clase agrícola percibe el producto neto de las cosechas, guarda una parte para semillas, para alimentación de su ganado y para su propia manutención y le da el resto a la clase de propietarios bajo la forma de pagos de arrendamiento. 2. La clase de los propietarios recibe esa fracción de plusvalía como remuneración por la prestación de la tierra y de los gastos incorporados a ella de tiempo atrás. Parte de lo que recibe vuelve a los agricultores en pago de los alimentos que los propietarios necesitan comprar, y parte es entregado a la clase siguiente a cambio de los productos manufacturados. 3. La clase de los industriales, comerciantes, personas dedicadas a las profesiones liberales, etc., recibe la fracción correspondiente por sus actividades y vuelve a entregarla a los agricultores a cambio de las subsistencias que le son necesarias para alimentarse. Con un esquema bastante sencillo se muestra así todo el proceso económico en circuito cerrado. Desde el punto de vista político, la escuela de los filósofos economistas y su jefe, Quesnay, creen en la existencia del orden natural como un orden inmejorable, como el orden óptimo; y las conductas humanas que acaso pueden desviarse de lo que la Naturaleza impone se deben ajustar a la regla u orden general de la Naturaleza, que el hombre percibe a través de su razón. En concreto, la solución política propugnada por esta escuela es la del despotismo ilustrado: una monarquía providente, que vele por sus súbditos como un padre vela por sus hijos, y en la que el príncipe actúe como guardián del orden natural, estando obligado a establecer en la sociedad, y por tanto, en la economía, las condiciones que prevalecen en general para el Universo. Esas condiciones son precisamente las postuladas en el libro de Mandeville mediante el ejemplo de la colmena: que cada uno procure su propio interés y de ahí resultará el interés general.

La fisiocracia coincide en esto con la posición de la escuela clásica liberal, de la que nos ocuparemos luego; pero antes de ello será conveniente dedicar alguna atención a la transformación económica que tiene lugar en la realidad práctica durante la segunda mitad del siglo XVIII y sobre cuya base de experiencia vendrán a fundarse las ideas liberales en economía. Pues la llamada revolución industrial inaugura la tercera fase del capitalismo.

La Revolución Industrial

Tiene efecto la revolución industrial en la segunda mitad del siglo XVIII —y aquí conviene hacer una advertencia de carácter metodo-

lógico, encaminada a prevenir malas interpretaciones—: cuando hablábamos de un capitalismo comercial no queríamos decir que en él no hubiera habido actividad financiera ni actividad industrial, sino que lo que venía a dar el tono era lo financiero; y otro tanto hay que repetir ahora respecto del capitalismo industrial, que la revolución industrial inaugura. Si queremos delimitar ésta en el tiempo —delimitación que siempre será aproximativa— podemos marcar las fechas de 1760 a 1830. Pero la revolución industrial es un fenómeno que se va produciendo sucesivamente en uno y otros países. Comienza en Inglaterra, a la que corresponden esas fechas; sigue en seguida en Francia, Estados Unidos, Alemania, y se va extendiendo a otros puntos. La revolución industrial es un fenómeno sociológico sumamente complejo, que podría ser definido, en conjunto, como la transformación de una economía predominantemente agrícola y comercial en una economía predominantemente industrial. Coincide con un enorme crecimiento de la población, con el aprovechamiento de inventos técnicos que se suceden con gran rapidez, con la modificación de las condiciones sociales de la producción y organización del trabajo. La producción que antes, en el aspecto industrial —para no referirnos al agrícola— estaba cumplida en pequeños talleres, según los métodos viejos de la artesanía, se transforma, dando lugar a grandes fábricas, y el artesano se convierte en obrero; un cambio sobre cuyas consecuencias nos extenderemos más adelante. En la revolución industrial es necesario, pues, retener como hechos importantes: la rapidísima transformación del equipo tecnológico; el aumento de población; el cambio de la organización general del trabajo y, consiguientemente, la aparición de una nueva clase, el proletariado o clase obrera, constituida con elementos del antiguo artesanado y una gran cantidad de campesinos que abandonan la agricultura para pasar a trabajar en las industrias nuevas, más los excedentes de población determinados por ese veloz crecimiento a que se ha hecho referencia. Se manifiesta ante todo en el orden de la agricultura, de los transportes, de la industria, de la ganadería, del comercio, de las finanzas mismas, con el resultado de alterar la fisonomía del equipo tecnológico entero.

Pero, como explica T. S. Ashton en su libro *La revolución industrial*, ésta fue asunto no sólo de tecnología, sino también de economía: consistió en cambios en el volumen y en la distribución de la riqueza, a la vez que en los métodos por los cuales dicha riqueza se dirigió hacia fines específicos, habiendo, en realidad, una estrecha conexión entre los dos movimientos. Ahora bien: ¿a qué responde esa serie de inventos que se acumulan en la época, y el entusiasmo general

que se despierta por el progreso industrial? Probablemente son, en gran medida, resultado de la expansión de los mercados, tanto del mercado interno como del externo. Y esta expansión está ligada al aumento de población antes aludido, y que, a su vez, puede considerarse, en parte al menos, como un resultado de la política comercialista, a que se tradujo el mercantilismo en Inglaterra. Afluyen las riquezas, el comercio ultramarino se hace sumamente intenso y rendidor y todo ello proporciona una gran oferta de nuevos capitales, brindando facilidades a la iniciativa.

Desde el punto de vista social, los nuevos modos de organización de la producción suponían nuevos modos de empleo de las fuerzas de trabajo. Las fuerzas de trabajo se reagrupan de distinto modo y surge a consecuencia de ello una clase social: el proletariado, la clase de los trabajadores industriales, con características propias. Así describe Ashton la aparición del proletariado: "Es un hecho indiscutible que, para 1830, la Gran Bretaña poseía, en una y otra forma, un grueso número de obreros asalariados, hechos a las condiciones fabriles y capaces de moverse de lugar a lugar y de empleo a empleo, de acuerdo con las circunstancias. El nivel de los jornales se volvió más sensible y respondió con mayor rapidez a los cambios regionales en la oferta y la demanda, a la vez que variaba con las tendencias ascendentes y descendentes de la actividad general del país. Los salarios de una industria estaban ligados con los de otra, y en especial, los ingresos de los agricultores y constructores se movían de acuerdo con los de los operarios fabriles. En vez de mercados locales o imperfectos, en que los obreros se ofrecían a unos pocos patronos de cuya buena voluntad dependían para adquirir y conservar su empleo, integrábase un solo mercado de trabajo, de sensibilidad cada vez mayor." Más adelante añade: "Con el transcurso del tiempo, los trabajadores, ya organizados, empezaron a hablar en tono más alto, y a partir de 1760 las regiones carboníferas, los puertos y los poblados textiles fueron testigos frecuentemente de escenas violentas. Los mineros del Tyne, el año 1765, declararon una huelga en contra de la aprobación de un certificado de despido, y en el curso de ella cortaron las cuerdas de los malacates, destruyeron las máquinas e incendiaron el interior de la mina. Al finalizar los sesenta, una huelga de hilanderos en el Lancashire originó la destrucción de edificios y maquinarias y tal vez motivó el traslado a Nottingham de las familias capitalistas Hargroaves y Arkwright. Los marineros de Liverpool iniciaron en 1773 una batalla campal, en la cual, como dice el señor Vadsworth, "izaron la *bandera sangrienta*, saquearon las casas de los armadores y emplazaron un cañón hacia la Bolsa. Mas no debemos tomar estos ejemplos como

prueba de la existencia de sindicatos: algunos no fueron sino espontáneos levantamientos provocados por el hambre o la opresión, y la organización que los sostuvo se deshizo tan pronto como, dada la batalla, habíase ganado o perdido." Así, al iniciarse la fase industrial del capitalismo, aparece frente a la burguesía, que promoviera el proceso capitalista, como complementaria de ella y al mismo tiempo enemiga, la clase obrera. La formación de esta clase había de tener decisivas consecuencias para el futuro del capitalismo. Pero antes de pasar a considerarlas, será conveniente que prestemos alguna atención a las doctrinas económicas conectadas con los grandes cambios tecnológicos, económicos y sociales englobados bajo el nombre de revolución industrial.

El liberalismo económico

Al mismo tiempo, aproximadamente, que tiene lugar en Francia el desarrollo de las doctrinas fisiocráticas, se esboza en Inglaterra una teoría económica que reconoce antecedentes comunes con la fisiocracia, según ya lo indicamos refiriéndonos al libro de Mandeville, pero que da un nuevo desarrollo tanto a la especulación teórica como a las postulaciones prácticas desprendidas de la nueva situación real de la economía en Inglaterra. Me refiero a la doctrina llamada clásica o liberalismo económico, formulada genialmente por Adam Smith, a quien suele considerarse como el fundador de la ciencia de la economía política, y cuya obra fundamental, *La riqueza de las naciones*, aparece en el año 1776. La escuela clásica de la economía constituye el sistema llamado de la libertad natural, según el cual el mejor orden para el régimen de las relaciones económicas consiste en el régimen de la libertad, es decir, en aquel que permita a las fuerzas económicas desenvolverse de un modo natural y espontáneo, sin coacción por parte de las autoridades políticas. El individuo, según afirma Smith, obra impulsado por su interés personal, y este interés egoísta lo lleva a buscar para sus capitales la inversión más ventajosa. Al hacerlo así, considera su interés propio, su propio beneficio y no el de la sociedad; pero esta preocupación por su propio beneficio lo conduce de modo natural, o más bien de modo necesario, a preferir aquel género de inversión del capital que justamente resulta ser el más ventajoso para la sociedad. Hay, pues, una identificación entre el interés egoísta del individuo y el interés general de la sociedad. Fácil nos será recordar la fábula de la colmena de Mandeville, donde late la idea expresada ahora, no en forma de apólogo, sino en forma de una teoría racional, rigurosamente lógica, acerca del modo como se produce la armonía

de los intereses. En general, la intención del individuo no es servir al interés público, y ni siquiera sabe que lo está sirviendo: una mano invisible lo conduce a llenar un fin que no entraba de modo alguno en sus cálculos. Escribe literalmente Smith en *La riqueza de las naciones*: "...persiguiendo su propio interés sirve a menudo, de una manera mucho más eficaz, al interés de la sociedad, que si realmente se hubiera propuesto servirlo". Ese sistema espontáneo de funcionamiento de la economía, impulsado por los intereses particulares, está descrito en el primer capítulo del libro donde se expone la teoría del precio, comenzando de esta manera: "En todo país o comunidad de gentes hay cierto precio ordinario o sentado, así de los salarios como de las ganancias de cuantos empleos se hacen del trabajo y de los fondos. Este se regula, naturalmente, como veremos más adelante, parte por las circunstancias generales del país, de su riqueza, pobreza, condición progresiva, estacionaria o declinante, y parte por la naturaleza misma del empleo particular. Hay también en toda sociedad un precio medio o una regulación ordinaria de las rentas de la tierra, que se gobierna asimismo, parte por las circunstancias dichas de cada provincia, y parte por la fertilidad natural del terreno.

"Estos precios comunes y ordinarios pueden llamarse naturales, tanto con respecto a los salarios como a las ganancias y rentas, en aquel tiempo y lugar en que generalmente prevalecen.

"Cuando el precio de una cosa ni es más ni menos que lo suficiente para pagar la renta de la tierra, los salarios del trabajo y las ganancias del fondo empleado en crearla, prepararla y ponerla en estado y lugar de venta, según sus precios naturales o comunes, se dice que la cosa se vende por su precio natural..."

La causa de la productividad reside, sin embargo, para Adam Smith, en la división del trabajo, de la manera que describe y razona.

El argumento fundamental, que se ha hecho clásico, está presentado del siguiente modo: si se toma como ejemplo la fabricación de alfileres, diez operarios conseguirían hacer, gracias a la división del trabajo, 48.000 alfileres por día, cuando cada uno conseguiría fabricar tan sólo 20 trabajando aislados. La división del trabajo, por las causas que él aclara, produce un incremento fabuloso de la productividad, y con esto encontramos ya definido, por primera vez, de un modo claro, el carácter expansivo de la economía capitalista, carácter expansivo que había tenido desde sus comienzos, pero que no fue visto probablemente sino en una época de madurez, en función de la revolución industrial, que efectivamente aumentó en medida extraordinaria las riquezas. Porque, desde cierto punto de vista, la doctrina del liberalismo económico se apoya sobre la base misma de

que partió el mercantilismo: ya en el título de este libro fundamentalísimo se habla de la *riqueza de las naciones*, exactamente igual que en el mercantilismo; pero con esta diferencia, que no es pequeña en sus implicaciones: el mercantilismo entiende por riqueza de las naciones la parte que a cada una de ellas le corresponde en una riqueza común, general, limitada por principio, de modo que el enriquecimiento de cada nación solamente se podía producir, según se pensaba, a expensas del empobrecimiento de las demás. En cambio, con esta nueva concepción —ajustada a la realidad de la economía capitalista, expansiva en su carácter—, según la cual la productividad puede aumentarse indefinidamente, la riqueza de las naciones no supone un reparto y, por tanto, un empobrecimiento correlativo al enriquecimiento, sino que se apoya en un aumento general de la prosperidad. Y esto —que corresponde, como decimos, a la realidad de los hechos en esa fase capitalista— tiene las consecuencias más extraordinarias en el orden político. Se rechazan todas las medidas de intervención del Estado en la economía; se afirma que la economía marcharía mejor, que la riqueza aumentaría más, si el Estado se abstuviese de intervenir en la vida económica. Por tanto, la nueva doctrina defiende que el Estado se abstenga de intervenir en la vida económica y se limite a sustentar el orden jurídico, a defender la propiedad, no porque sea justo defender los bienes de Fulano o de Mengano, sino porque la defensa de la propiedad privada es condición del enriquecimiento general en una economía progresiva, por contraste con la economía estacionaria.

Ciertamente que en la realidad funcionó este sistema de modo inmejorable y que una nación en particular, a saber, Inglaterra, a partir del siglo XVIII, por el hecho de haberse adelantado en la industrialización al resto del mundo, pudo hacer coincidir su interés como cuerpo político con el interés de la comunidad internacional y abstenerse de intervenir en la economía, ya que el libre cambio obraba en su propio beneficio de un modo espontáneo.

No podemos entrar a discutir aquí los mecanismos que hicieron posible la libertad económica en un mundo de estados soberanos como funcionó, a partir del siglo XVIII, hasta la primera guerra mundial. Ahora sólo nos interesa dejar esbozado este planteamiento científico de los cambios efectivos sufridos por la economía a influjo de la escuela clásica: con la obra genial de Adam Smith la economía se convierte en una ciencia que da lugar a especulaciones hasta cierto punto independientes de los hechos políticos, una ciencia de profesionales, de investigadores más que de políticos y de hombres de negocios. Bastará con recordar los nombres de algunas de las figuras que,

dentro de esta línea británica liberal, merecen destacada mención en la historia de la ciencia económica: Malthus, en primer término, cuya doctrina ofrece hoy un interés meramente histórico, pero que para nosotros tiene el valor de haberse hecho cargo de un fenómeno capital entre las modificaciones sociales de su época y lleno de consecuencias para la nuestra, a saber: el del aumento de población.

El famoso *Ensayo sobre el principio de población*, de Malthus, apareció en 1798. Ese hombre de temperamento religioso y clérigo de profesión había observado con pesar la miseria del pueblo trabajador y, reflexionando sobre ella, la atribuyó al exceso de población. Entonces formuló su célebre principio, según el cual la población crece en proporción geométrica, mientras que los alimentos, las subsistencias, crecen en proporción solamente aritmética. La concepción de la economía como algo dinámico es ahí ya clara y resuelta: el hecho se ha impuesto; hay una expansión de la población, pero también de las subsistencias —aun cuando, eso sí, desproporcionada. —Otras eminentes personalidades dentro de la línea liberal de la economía son: David Ricardo y John Stuart Mill, más que economista éste, pensador político y filósofo.

La dirección liberal del pensamiento económico culmina en el anarquismo. Smith había aconsejado que el Estado se mantuviera aparte de la economía, reducido a sostener el orden jurídico. La posición anarquista va más allá: pretende la supresión del Estado, por considerar su mera existencia como perturbadora. La gran figura del anarquismo en economía es el francés Proudhon, temperamento conservador, cuyas posiciones, argumentos y tesis, más bien que preconizar una destrucción en el sentido del anarquismo práctico que vulgarmente conocemos, reivindican, como ideales, las condiciones de vida de la Edad Media, en la cual no existía el Estado soberano, que sólo a partir del Renacimiento hace su aparición en la historia de nuestra cultura occidental. Proudhon sostiene la idea del orden natural: proclama el valor de la familia, el valor de las células sociales primarias y espontáneas: se muestra afecto a un cierto tradicionalismo y —como solución política— propugna un federalismo anarquista, es decir, una comunidad constituida por pequeños núcleos sociales, vivos, ligados voluntariamente y combinados entre sí. Pero su pensamiento, muy rico, se formula a veces mediante expresiones violentas, como la popularizada sentencia que proclama: “la propiedad es un robo”, reacción de un hombre de sensibilidad frente al estado de miseria que el proceso de la revolución industrial había ocasionado en una parte considerable de la población.

Marcando el contrapunto nacionalista del liberalismo, debemos mencionar ahora al alemán Federico List, cuya obra principal es *El sistema nacional de economía política*. Podemos decir que él representa el nacionalismo en economía: la posición establecida en su obra puede valer como eslabón intermedio entre el mercantilismo, ya superado entonces por la escuela clásica inglesa, y la economía dirigida, que, luego, en nuestro siglo XX, vendría a introducirse. List lleva al terreno económico el pensamiento nacionalista, que, para esa época, en virtud de circunstancias políticas locales (retraso del proceso unificador de la nación), toma caracteres de mayor virulencia en Alemania.

De la reacción socialista al nacionalismo económico: Las pretensiones de autarquía de los estados totalitarios

Pasemos ahora a reseñar brevemente la posición socialista. Quedó dicho que el anarquismo de Proudhon representa ya un cierto modo de reacción vigorosa contra la injusticia y las miserias sociales producidas por el juego de la producción en la fase del capitalismo industrial. Reacción, en cierto modo, frente a ese mismo estado de miseria general había sido también el malthusianismo. Mas lo que verdaderamente viene a desencadenar una contracorriente eficaz frente a las situaciones de miseria, de injusticia y de opresión social, es la doctrina socialista, cuya culminación estaría representada por el pensamiento de Marx, pero que presenta una larga e interesante serie de precedentes. Precursor ilustre de las posiciones socialistas fue el conde de Saint Simon, filósofo de extraordinaria amplitud de miras, que había sabido sacar consecuencias muy interesantes de su experiencia política, como testigo de la Revolución Francesa, y cuyo pensamiento germinaría en numerosos discípulos, entre los cuales figura en modo muy destacado el fundador de la sociología, Augusto Comte. En la dirección socialista debe mencionarse también a Fourier, pensador utópico que propone una forma de organización de la vida social en unidades artificiales a las que él denominaba falansterios. Pero el advenimiento de Carlos Marx había de reducir mucho la importancia relativa de todos estos precursores, tanto en el aspecto teórico como en el práctico. Marx afirma que todos los antecedentes de su pensamiento son pre-científicos o a-científicos, inaugurando él lo que se ha denominado por consecuencia el "socialismo científico". Y es de notar que en su personalidad vuelven a reunirse la teoría y la práctica, disociadas en la economía científica de A. Smith y sus seguidores. Marx es el autor de *El Capital*, obra de doctrina econó-

mica: pero también el fundador de la Asociación Internacional de Trabajadores.

La doctrina de Carlos Marx se ha denominado *materialismo histórico*. Discípulo de Hegel, realiza Marx una transformación o *inversión* del punto de vista idealista del maestro, constituyendo un sistema según el cual todo lo que es obra del hombre en la Historia se cumple a partir de la organización de las relaciones de producción en la sociedad. Así, pues, para él la base de toda la cultura y de toda la Historia y, por tanto, la realidad más profunda y auténtica, está constituida por las relaciones de producción, que cambian históricamente de acuerdo con una *dialéctica real* — en contraste con la dialéctica ideal de Hegel—, cumplida mediante la lucha de clases. Marx reconoce en todo momento histórico la presencia de dos grandes clases dentro de la sociedad, que se contraponen, que están en lucha consciente o inconsciente: la clase de los que detentan los medios de producción y la de los que no poseen sino sus fuerzas de trabajo y, por tanto, están sometidos a la explotación del otro grupo. Este es el esquema fundamental del pensamiento marxista, esquema que en tesis general resulta falso, pero que sirvió en su momento para describir con bastante claridad la situación social con la cual se enfrentaba el observador. Al mediar del siglo XIX, había en efecto, en la sociedad industrializada del Occidente — aparte de otros grupos residuales — dos grupos principales contrapuestos entre sí: los empresarios, poseedores de los instrumentos de producción de las máquinas, y los proletarios, que sólo tenían sus manos, su fuerza de trabajo, y que la cedían a aquéllos para que, aprovechándose de ese trabajo, obtuvieran un excedente de los bienes invertidos en la producción, plusvalía que revertía directamente sobre el capital, haciéndole aumentar en forma constante.

La dinámica histórica, según él la describe, consiste en un proceso a través del cual el grupo de los propietarios, la burguesía, se iría reduciendo cada vez más desde el punto de vista numérico y aumentando cada vez más desde el punto de vista de la cantidad de riquezas. Es el proceso de la concentración creciente del capital cada vez en menos manos. El final de este proceso según lo concebía el autor, consistiría en que, cuando ya estuviera concentrado en poquísimos dueños todo el capital, una revolución despojaría a los capitalistas y establecería un régimen socialista, régimen que implica, en el pensamiento de Marx, la cesación de la lucha de clases por la supresión de éstas, y con ello, el punto final del proceso de dialéctica real: lo que significa: el punto final de la Historia. Esas son, en sus más salientes

rasgos, las características del pensamiento marxista, que tan poderosas repercusiones prácticas había de tener.

La actuación política del marxismo puede cifrarse en la constitución de la Asociación Internacional de Trabajadores (1867), que, siguiendo las inspiraciones del *Manifiesto comunista*, reúne a los obreros de todo el mundo bajo unas consignas únicas y los dirige en luchas que, según la intención de sus promotores, tenían por finalidad suprimir los estados nacionales y establecer el socialismo en toda la superficie de la tierra. De hecho, la segunda mitad del siglo XIX y una parte del siglo XX se encuentran históricamente llenas por la lucha de clases, llevada por el proletariado en un plano internacional contra la burguesía, que también estaba situada en un plano internacional, pero que, por el creciente impulso de los estados nacionales, se había ido reduciendo cada vez más a actuar dentro del marco del Estado, conformada a sus condiciones y apoyada por los recursos del Poder.

En efecto, al mismo tiempo que se ponía en marcha esta política internacional del proletariado tienen lugar en Europa una serie de movimientos de carácter romántico nacionalista, que habrían de promover una cada vez mayor intervención de los estados en los aspectos de la vida interior, de la vida social. Así, desde el año 1848 hasta el 1914, en que estalla la primera guerra mundial, la política del Occidente, particularmente la política europea, puede ser descrita como una pugna entre el proletariado internacional y los estados nacionales, más bien que entre aquél y la burguesía capitalista internacional. Durante ese tiempo los estados nacionales se afirman de manera cada vez más imperiosa, planteando exigencias de competencia y jurisdicción más extensas y aprémiantes de día en día, frente a las pretensiones internacionales del proletariado. Esta pugna, indecisa, se prolonga hasta la primera guerra mundial, conflicto que debía marcar el comienzo de una nueva fase del capitalismo, en la que estamos viviendo todavía: el capitalismo de Estado, no sostenido ya fundamentalmente por las empresas privadas actuando en un mundo abierto, sino — de un modo primordial — por los poderes públicos. La tendencia general de la época hacia el capitalismo de Estado se manifiesta en las direcciones más contradictorias. En primer lugar, a través de la revolución comunista de Rusia. Cuando el proletariado internacional, en 1914, resolvió marchar a la guerra, postergando la revolución, especulaba con las perspectivas de una posguerra en que las circunstancias fueran más favorables a sus designios. Estos sólo se alcanzaron en uno de los estados que habían participado en el conflicto, en Rusia, donde una revolución de carácter proletario puso

el Gobierno en manos de los obreros. El desarrollo ulterior de ese hecho, en lugar de conducir a la implantación del socialismo, como pretendían sus gestadores y directores, desembocó en lo que es hoy un capitalismo de Estado, fuertemente opresor, con organización política totalitaria.

A análogo resultado conducen, siguiendo otra dirección, los movimientos fascistas, que poco tiempo después de concluida la guerra se inician con el de Italia, imitado luego en otros países, hasta culminar con el régimen nazi de Alemania. Ahí los ideales nacionalistas no son mixtificados y camuflados bajo otra ideología, como ocurre en Rusia, sino que se proclaman abiertamente: y es invocándolos como el Estado toma cada vez más intervención sobre todos los aspectos de la economía, hasta convertirse en el patrono universal, en el capitalista monopolizador.

Y en los demás países, preservados en un régimen democrático, ¿no se manifestó acaso igual tendencia? Sin duda, aunque más atenuada. Por lo pronto, los partidos obreros, si no netamente triunfantes, adquirieron ahí después de la primera guerra mundial cierta participación, mayor o menor, en el gobierno dentro del régimen burgués, participación que les permitía introducir la intervención del Estado en medida creciente, con el fin de proteger los intereses de las clases débiles, de las clases obreras, cuyos votos representaban. Y fue así como, dentro de la organización democrática, se implantó la injerencia del Estado en la vida económica, en un comienzo para beneficio de la clase obrera, pero luego también a beneficio de las industrias mismas, cuya subsistencia tenía que ser protegida nacionalmente para que pudieran soportar las cargas que les imponía la llamada política social. Paso a paso se ha llegado, pues, aun en los estados que mantienen en principio la forma política *democrático-liberal*, a una creciente intervención del Poder público en el régimen de la economía: de modo que, en verdad, el capitalismo del período que se extiende entre la primera y la segunda guerras mundiales ha cambiado de fisonomía y ya no puede dársele, sin reservas, el nombre de capitalismo, puesto que el llamado capitalismo de Estado implica la eliminación del poder social efectivo de la clase burguesa, sustituido por el de la burocracia oficial, lo que a su vez supone un cambio fundamental de toda la estructura económica. Ahora ---con diferencias de grado según los países y regímenes--- el verdadero poder económico ya no se encuentra en manos de particulares, sino en manos de los funcionarios del Estado, dueños efectivos de la economía. Si en Rusia son los dirigentes políticos los verdaderos beneficiarios de la plusvalía de la economía nacional, otro tanto ha podido

decirse del régimen fascista en Italia, que, sin embargo, no era tan intensivo en tal aspecto como lo es el comunista y lo ha sido el nazi en Alemania. Pero también en los estados democráticos, donde este proceso de injerencia del Poder público se manifiesta, aunque no en forma tan cruda como en los totalitarios, se puede observar igualmente cómo a la posición de funcionarios políticos o profesionales están vinculadas cada vez más las decisiones fundamentales en el plano de la economía. Esta es una nueva situación de hecho que no vamos a discutir en su valor, pero que necesitamos conocer y comprender, pues con ella se relacionan muchos de los problemas sociales de nuestra época. La causa de que se haya convertido así el capitalismo en un capitalismo de Estado, contrayéndose al reducir su ámbito, desvirtuando sus principios y produciendo una cantidad de contradicciones en el campo de la economía misma, debe hallarse en la vigorización de los estados nacionales dentro de un mundo cerrado como es el mundo actual, en el que cada uno de esos cuerpos políticos, que no pueden expandirse ya, trata de imponerse sobre los demás... No otra es la razón de que el Estado intervenga con intensidad creciente en la economía: necesita controlarla y dirigirla para fines de carácter político, pertenecientes a su política de poder y ajenos al punto de vista estrictamente económico.

PRINCIPALES CARACTERISTICAS DE LOS DIFERENTES MODOS DE PRODUCCION

Antonio Menéndez*

Modo de producción primitivo (o comunidad primitiva)

El más primitivo de los sistemas económicos se divide en dos etapas:

Comunidad natural nómada. El hombre comienza, por su trabajo, a apropiarse de las condiciones objetivas de su vida.

- la base de la subsistencia es la caza, la pesca y/o la recolección de frutos.
- el núcleo de la comunidad nómada es la familia extensa, bajo la forma de horda (tribu errante).

Comunidad agraria primitiva

- La base de la subsistencia es la agricultura.
- El hombre se apropia de la tierra y deja de ser nómada.

* Resumen elaborado por Antonio Menéndez: René Loureau, *La Sociologie*. Roger Bartra, *Diccionario de sociología marxista*. Juan Francisco Marsal, *Nuestra sociedad*. André Granou, *Capitalisme et Mode de Vide*.

- Formas clásicas de organización y se establecen sistemas tribales complejos.
- Medio de producción esencial: la tierra, que es propiedad colectiva de la aldea, (misma descendencia) clan o familia.
- Formas colectivas de trabajo, y muy poca división del trabajo.
- No existen intercambios mercantiles, las comunidades son autosuficientes. Aunque existe un trueque simple que establece un débil ligazón entre comunidades o familias.
- La distribución de los productos se realiza de acuerdo a reglas ligadas a la estructura de parentesco.
- La estructura de parentesco es la forma básica de organización de la sociedad.

Modo de producción asiático (tributario)

- El estado comunidad aglutinante superior, extrae un tributo a las comunidades (pagado en trabajo y en especie)
- El estado vende o intercambia parte del conjunto de la riqueza tributaria (el excedente creado por las aldeas o comunidades).
- Bajo nivel general de las fuerzas productivas.
- Super-explotación de la fuerza de trabajo y sub-utilización de las posibilidades tecnológicas.

Modo de producción esclavista (esclavismo)

- El trabajador (el esclavo) es usado como instrumento, como medio de producción poseído en propiedad privada como un objeto cualquiera.
- El producto del esclavo pertenece íntegramente a su dueño.
- Existen dos formas de esclavitud: esclavitud patriarcal y esclavitud mercantil. La primera ligada a una economía natural y la segunda a una economía mercantil.
- Este sistema se constituye en dominante en casos muy limitados en el tiempo y espacio.

Modo de producción feudal (feudalismo)

- El señor feudal se apropia del plusproducto del siervo por medio del cobro de una renta de la tierra (trabajo, especie o dinero según el desarrollo de la sociedad).
- El señor feudal es el propietario de la tierra.
- El campesino desarrolla su economía basada en el trabajo personal de su propia parcela.

— Implica la existencia de una coerción extraeconómica (fuerza de las armas) que crea la relación de servidumbre a que están sometidos los campesinos en el dominio del señor feudal.

— Se combina la agricultura y la artesanía al nivel de aldeas y feudos.

— Cada dominio es generalmente autosuficiente a nivel económico.

El modo de producción feudal es esencialmente característico de la Edad Media Europea.

Economía Mercantil Simple

Este modo de producción ha tenido gran importancia en el seno de las sociedades llamadas Esclavistas, Feudal o Capitalista. Pero siempre con carácter secundario.

— Propiedad privada del trabajador sobre los medios de producción.

— Libre individualidad del productor.

— Ausencia de división del trabajo en el mismo proceso.

Modo de producción capitalista

— Existencia de una fuerza de trabajo libre.

— Hombres sin medios de producción para subsistir, dependen únicamente de su energía.

— Existencia de un mercado de cambio por dinero del trabajo libre y de los productos de dicho trabajo.

— Profunda división del trabajo que crea la necesidad de un mercado para abastecer a las diferentes ramas de la producción.

— Gran desarrollo de las fuerzas productivas (maquinarias, etc.)

— Acumulación de riqueza por una minoría: la clase burguesa.

— Relaciones de producción sustentadas en la apropiación privada de la plusvalía; es decir explotación del proletariado por la burguesía.

Modo de producción socialista

— Los medios de producción más importantes están en manos del Estado (propiedad social de los medios de producción).

-- La producción es planificada por el Estado para el bien general.

— No existe clase explotadora. Pero sí estratos sociales.

— Este modo de producción se señala como la etapa de transición hacia el comunismo.

CUESTIONARIO DE AUTOEVALUACION

Preguntas

1. ¿Cuál es la circunstancia que transforma los bienes útiles en valores económicos?
2. ¿Es la economía capitalista un modo de producción estacionario?
3. ¿Dónde se inicia el capitalismo y por qué causas?
4. ¿Por qué los judíos desplegaron una actividad capitalista durante la Edad Media?
5. Max Weber atribuye mucha importancia a la doctrina calvinista de la predestinación, para el desarrollo del capitalismo. ¿Por qué?
6. ¿Dónde, cómo y en qué época se produce la revolución industrial?
7. ¿A qué causas se debe la aparición del proletariado?
8. ¿Quién fue el fundador de la escuela clásica del liberalismo económico (ponga un círculo alrededor de la respuesta correcta).
 - a. Karl Marx
 - b. Montesquieu
 - c. Adam Smith
 - d. Malthus
9. ¿Cuál es la afirmación capital del sistema de la libertad natural?
10. ¿Cuáles son las concepciones económicas básicas del liberalismo?
11. ¿En qué consiste el materialismo histórico?
12. ¿Puede darse un capitalismo de estado en una democracia con una economía capitalista?
13. ¿A quién beneficia la injerencia del estado en la economía?

RESPUESTAS

1. Cuando los bienes útiles son objeto de inclusión en relaciones de propiedad como consecuencia de existir en medida limitada.

2. No, ya que, como plantea Schumpeter, el capitalismo es por naturaleza una forma o método de evolución económica que no es, ni puede ser estacionario.

3. El capitalismo se inicia a partir del Siglo XIII en los centros urbanos de Italia y de los Países Bajos. Porque el comercio marítimo con el oriente, a continuación de las Cruzadas, llevó a las repúblicas italianas una gran masa de capitales y porque los Países Bajos fueron los principales depósitos marítimos entre el oriente y el norte de Europa.

El capitalismo adquiere su plenitud con el Renacimiento en Inglaterra, Alemania, los Países Bajos y Francia, ligado sobre todo a las actividades financieras de los mercaderes y más tarde, también, a las actividades de producción.

4. Porque estos eran grupos enquistados en el seno de aquellas sociedades, donde estaban excluidos en una cantidad de actividades (excluidos del ejercicio militar, de las profesiones liberales y también de la agricultura) y por tanto empujados a aquellas ocupaciones lucrativas que eran mal vistas, desconsideradas y tenidas por odiosas: ellos prestaban con interés, hacían fructificar el dinero. Cuando las circunstancias cambian y la sociedad entera inicia una marcha distinta, son ellos quienes encabezan y propulsan la nueva situación.

Estaban preparados técnicamente y tenían formada ya la mentalidad que había de ser de ahí en adelante la mentalidad de la época. Para los católicos en cambio, el dinero era algo maldito, infecundo y quien le sacaba frutos incurría en pecado: visión que correspondía a las condiciones de una sociedad agraria y que contrastaba con el capitalismo que está fundado precisamente sobre la posibilidad de hacer fructificar el dinero con grandes intereses.

5. Esta doctrina planteaba que el triunfo de la vida, el éxito práctico en este mundo es señal de la gracia divina, por lo cual todo creyente se esforzaría en hacer fructificar el dinero y los bienes.

6. La revolución industrial tiene efectos en la segunda mitad del siglo XVIII en Inglaterra primero; después en Francia, Estados Unidos y Alemania.

Surgen grandes fábricas, se aprovechan los inventos técnicos, se modifican las condiciones sociales de producción y la organización del trabajo.

7. El proletariado (clase obrera) aparece como necesidad de las nuevas modalidades de producción industrial, constituyéndose con elementos que antes eran artesanos y una gran cantidad de campesinos que abandonan la agricultura para trabajar en las industrias nuevas, más los excedentes de población que se había producido en aquel entonces.

8. (3)

9. Que el mejor orden para el régimen de las relaciones económicas es aquel que permite a las fuerzas económicas desenvolverse de un modo natural y espontáneo, sin coacción por parte de las autoridades políticas.

10. El individuo obra impulsado por su interés personal y este interés egoísta lo lleva a buscar para sus capitales la inversión más ventajosa. Y persiguiendo su propio interés sirve a menudo, de una manera mucho más eficaz, al interés de la sociedad, que si realmente se hubiera propuesto servirlo.

Por otra parte el acuerdo de la productividad necesario a la riqueza de las naciones reside en la división del trabajo y contrario al mercantilismo la riqueza de las naciones fruto de la productividad no supone un empobrecimiento de unas y enriquecimiento de otras sino que se apoya en un aumento general de la prosperidad.

11. Para Marx, creador del materialismo histórico, la realidad está constituida fundamentalmente por las relaciones de producción, que cambian históricamente de acuerdo con una dialéctica real que tiene como motor la lucha de clases.

Existe en todo momento histórico oposición entre las clases (o la clase) que detectan los medios de producción y los que no poseen sino sus fuerzas de trabajo, y por tanto están sometidos a la clase dominante.

12. Sí, es posible, ya que en la actualidad el Estado juega un papel preponderante en la inversión y en el desarrollo económico de los países con regímenes políticos con democracia, e incluso en algunos países llega a ser el capitalista más importante.

13. Dependiendo del sistema económico-político que impere en el país. Si es de tipo socialista tiende a beneficiar a la clase obrera y demás capas asalariadas y a la burocracia del aparato de estado.

Si es de tipo democrático capitalista, beneficia fundamentalmente a la burguesía mediante estímulos a la industria, medidas proteccionistas... etc.

UNIDAD VII

Los conflictos y los cambios sociales

Objetivo general

El estudiante definirá los procesos de cambio de la sociedad, así como los distintos enfoques que analizan el conflicto y los cambios sociales.

Objetivos específicos

Podrá definir los conceptos que explican el cambio y los diferenciará.

Discriminará entre la interpretación del cambio marxista y la funcionalista.

Será capaz de conceptualizar los principales elementos de estas dos teorías que explican la sociedad.

Identificará los procesos de cambios sociales, cuáles son los factores que producen el cambio y sus relaciones con los cambios culturales.

Definirá los movimientos sociales.

Reconocerá los principales movimientos sociales que existen.

Actividades

Estudiar los capítulos 14 y 15 del libro de texto *Hombre y Sociedad*, titulados “Teorías del cambio social” (pp. 269-290) y “El conflicto social” (pp. 291-322).

Estudia los textos que aparecen a continuación.

CAMBIO SOCIAL

Salvador Giner*

Dimensiones de mudanza social

Las modificaciones estructurales y culturales de la sociedad a través del tiempo han ocupado nuestra atención en todas las páginas precedentes. Hemos entendido todos los fenómenos dinámicamente: si nos referíamos a la familia extensa observábamos su debilitación y la subsiguiente emergencia de la nuclear como nuevo grupo central del parentesco moderno; si tratábamos de una secta, veíamos cómo podía convertirse en iglesia; de la división social del trabajo decíamos que era un proceso histórico, y de la estratificación, un conjunto de fuerzas sociales en tensión y transformación. En consecuencia, ahora que tratamos del cambio social aisladamente, es conveniente notar que lo hacemos para obtener una visión de conjunto, pero que nuestro objeto es completar algunos conceptos ya esbozados; pero el cambio social, por mucho que esté subsumido en todos los aspectos de la vida social, merece una cierta atención aparte. El estudio del cambio o de la mudanza es quizá la tarea más compleja de la sociología, pues para tratarlo en profundidad es necesario reunir más variables que en cualquier otro tipo de pesquisa sociológica. Por eso viene a cerrar nuestra breve incursión en el campo de esta ciencia social.

El cambio social puede definirse como la diferencia observada entre el estado anterior y el posterior en una zona de la realidad social. En realidad, mudanza es lo que ocurre entre estos dos momentos. En general, el cambio social es la consecuencia de tres grandes categorías fenoménicas:

Cambios producidos en el terreno ecológico y biológico de la sociedad. Así, un cambio de clima puede producir una sequía sostenida y forzar a un pueblo agricultor al nomadismo, al bandidismo o a la conquista de otros territorios. Grandes migraciones de la historia han tenido parcialmente este origen, con consecuencias de largo alcance para muchos pueblos. El aumento de la riqueza natural —caza, pesca, pastos— también por motivos climáticos puede poten-

* *Sociología*. Barcelona: Ed. Península, 1979.

ciar el crecimiento demográfico de una sociedad, lo cual, a su vez tiene consecuencias políticas, económicas y militares.

Cambios explícitamente queridos e impuestos voluntariamente por uno o diversos grupos sociales. La implantación de una ley, la ejecución de un golpe de estado, la construcción de un puente o un camino, la persecución de una minoría étnica o profesional, todos ellos pertenecen a la misma categoría.

Cambios que son el efecto inconsciente del funcionamiento de la sociedad y de su cultura. El modo de hacer que tiene cada grupo social forzosamente se plasma en unas líneas de cambio. Un mismo fenómeno de las dos anteriores categorías produce diferentes efectos en cada pueblo según sus concepciones, su estructura, su economía, su nivel educativo.

Finalmente, por el mero hecho de existir culturalmente, la sociedad humana cambia; la más estancada de las sociedades cambia, con la única diferencia de que su ritmo parece lento al lado del nuestro. "Existir culturalmente" significa, entre otras cosas, existir a través de la innovación, es decir, depender de una serie de inventos-enseres, artefactos, modos de producción, etc. —que a su vez han de producir pronto o tarde una serie de efectos sociales no anticipados por los que fueron sus creadores. Sólo las sociedades animales no cambian; es decir, su cambio sólo se produce si hay mutación biológica, precisamente porque no poseen innovación cultural.

Notemos que hablamos de cambio y no de desarrollo ni de progresos. Estos son ciertamente fenómenos existentes, pero son sólo aspectos de otro más general, el cambio social. El primero significa un incremento en la dimensión y en la complejidad; el otro un incremento en la riqueza cualitativa de la vida social. Así que no hay que confundir desarrollo con progreso. Un país puede desarrollarse económicamente con la ayuda de grandes campos de trabajo forzado; el absolutismo es ciertamente una forma menos rica cualitativamente que la democracia política. No obstante, hay a menudo una estrecha correlación entre ambos conceptos que el lenguaje común suele usar indiscriminadamente. La regresión es el fenómeno inverso al desarrollo y al progreso. Sus causas y dinámica son poco conocidas, pero en algunos casos son menos difíciles de trazar. Por ejemplo, se saben las causas por las cuales la población agraria española, en vez de seguir disminuyendo en volumen con respecto a la población total, aumentó durante los años posteriores a la Guerra Civil. Otros

casos son verdaderos enigmas. La desaparición de la gran civilización maya y la reaparición de la vida tribal menos compleja y culturalmente mucho más pobre es uno de estos casos, si bien no faltan explicaciones hipotéticas.

En lo que se refiere a la sociedad contemporánea, Wilbert Moore ha elaborado algunas generalizaciones que damos a continuación:

a. En cualquier sociedad o cultura el cambio social es frecuente o constante.

b. Los cambios no están aislados ni temporal ni espacialmente: es decir los cambios ocurren en cadenas de secuencias y no en crisis “temporales” seguidas por períodos tranquilos de reconstrucción, y las consecuencias suelen reverberar en regiones enteras o virtualmente en todo el mundo.

c. Dado que el cambio contemporáneo es probable “en todas partes” y sus consecuencias pueden notarse en cualquier lugar, diremos que tiene una doble base.

d. La proporción de cambio en el mundo contemporáneo que es fruto de la planificación o que procede de las consecuencias secundarias de innovaciones deliberadas es mucho mayor que en tiempos anteriores.

e. De acuerdo con ello, el alcance de la tecnología y de las estrategias sociales están en rápida expansión, y su efecto neto es acumulativo a pesar de la rápida “anticuación” de algunos tipos de técnicas y acción.

f. El cambio afecta a una gama mayor de la experiencia humana y a más aspectos funcionales de las sociedades modernas, no porque éstas estén más integradas, sino porque virtualmente ningún aspecto de la vida queda fuera de la expectativa del cambio como evento normal.

En realidad la sociedad contemporánea —que llamaremos sociedad moderna— es la que con más intensidad y persistencia registra el cambio social. Por ello la tomaremos como paradigma del mismo y trataremos algunos de los aspectos concretos de ese cambio, algunas de cuyas dimensiones abstractas acabamos de enumerar. Pero antes veamos, siquiera en escorzo, un aspecto más del cambio social, sin cuyo recto entendimiento no es posible captar el sentido de la sociedad moderna: la evolución social.

Evolución social

Cuando consideramos el cambio social con suficiente perspectiva, de modo que podemos trazar en él largas líneas dotadas de una cierta dirección, estamos frente a un proceso al que es posible dar el nombre de evolución social. En este sentido la noción de evolución cubre tanto la evolución propiamente dicha —cambio gradual de la sociedad— como la revolución —cambio violento y rápido—. Para atenernos a los datos que nos proporciona la investigación histórico-sociológica, dejaremos aquí de lado las grandes teorías sobre la evolución de la humanidad, las cuales, por otra parte, a menudo han sido fuentes fructíferas de sugerencias para la investigación, sobre todo cuando fueron elaboradas por pensadores abiertos a los datos empíricos, capaces de ordenarlos sin deformarlos. El marxismo clásico es un ejemplo de construcción teórica de esta índole.

El elemento direccional es fundamental para entender la evolución. La vida social tiene direcciones, líneas de fuerza, grandes tendencias, cuya naturaleza es intrigante develar. Lo que no nos es dable probar es que tenga una teleología general y última. En ciertas épocas y lugares detectamos unas direcciones concretas de cambio: la formación de una sociedad feudal, la construcción de un imperio, el paso de nomadismo al sedentarismo agrícola, lo que no vemos —sólo con los datos de la sociología— es un designio universal. Esto no quiere decir que la sociedad no tenga sentido. Significa solamente que para descubrir su último sentido habría que introducir elementos extrasociológicos, provenientes de la antropología filosófica y de la filosofía social, entre otros modos de saber.

El problema principal en el terreno de la evolución humana consiste en elucidar si los procesos que la han conducido del estado animal al estado cultural primigenio, y de éste al civilizado, obedecen a ciertos estadios regulares y, en caso de que ello sea cierto, saber cuáles son las causas que han determinado tal vasto proceso. En esto topamos con serias dificultades, pues si bien el estudio del origen de las diversas civilizaciones muestra numerosos puntos de coincidencia, existen también divergencias notables. La economía rural, por ejemplo, no siguió los mismos pasos en su desarrollo en los diversos lugares de la tierra donde surgió esa estructura social que llamamos vida civilizada. Los criterios tecnológicos usados por los arqueólogos tampoco nos suministran una base firme que nos permita definir

unos estadios comunes en la evolución socio-cultural de la humanidad. Y las pruebas fragmentarias que poseemos de amplios períodos de la historia hacen nuestra tarea más difícil todavía. Además, por si esto fuera poco, hay que descartar las fáciles analogías que suelen hacerse entre la evolución cultural y la natural, pues la cultura sigue ritmos y líneas de desarrollo diferentes de los de la naturaleza. A pesar de ello, como ha afirmado Gordon Childe, algunas fórmulas que explican la evolución natural pueden transferirse a nuestro campo, donde son a veces aún más inteligibles. Tomad la secuencia: “variación, herencia, adaptación, selección”. Una inversión es una variación —correspondiente a una mutación en el campo de la evolución natural— que sigue esta secuencia en la vida social con mayor fidelidad que la mutación en una especie del reino animal.

La confección de una teoría aceptable de la evolución de la humanidad habráse de basar en los estudios que se van realizando sobre aspectos limitados del cambio social, sintetizándolos y utilizando en gran escala el método comparativo. La atención de la sociología contemporánea gira más alrededor de los estudios monográficos que en torno a la formulación de las leyes generales de la evolución de la humanidad, como era el caso en tiempos de Comte, Marx Spencer, Morgan y los demás fundadores de nuestra disciplina. Su enfoque en este contexto se ha dejado en suspenso, a la espera de mayor cantidad de pruebas. Estas provienen de diversos campos, notablemente de la historia y de la arqueología, que han agudizado sus métodos; de la sociología animal y de la etología, que han dado grandes pasos en el descubrimiento de la psicología y sociabilidad de los primates; y de la antropología social, la cual, con aportes como los de Malinowski, Boas y Lévi-Strauss, nos descubre los aspectos internos del mundo primitivo y de la mentalidad arcaica. Los nuevos esfuerzos van dirigidos hacia la formulación de las relaciones y procesos constantes que aparecen en el cambio social: aculturación, diferenciación, desintegración, etcétera. Se trata, pues, de captar realidades determinables en estudios de una generalidad relativamente restringida.

Sería ocioso ocultar que durante las últimas décadas, el estudio de la evolución de la humanidad ha sido abandonado por la mayor parte de los sociólogos, después de haber sido un tema absolutamente central a la disciplina durante sus primeros tiempos de existencia.

Algunos hemos creído que esta actitud era insostenible —la inclusión de la problemática evolucionista desde la primera edición de este texto es prueba de ello— y que la vuelta a la investigación de la lógica interna de transformación de nuestra especie era perentoria. Finalmente, empero, tal interés parece renacer. La acumulación de datos arqueológicos e históricos, un mejor conocimiento de los movimientos de población y de la genética histórica y un mayor entendimiento de los efectos de las innovaciones culturales permiten una vuelta a las preocupaciones originales de nuestros predecesores. No obstante, dejaré de lado los detalles de esta cuestión, contentándome con haber recordado su importancia, para pasar a observar tan sólo la fase más reciente de esa evolución, el proceso de modernización.

La sociedad moderna

El proceso de modernización. ¿Qué es una sociedad moderna? Supongamos que nos encontramos ante una sociedad cuya movilidad vertical es baja, cuyas familias son patriarcales, donde el número de hijos por matrimonio es elevado y donde la autoridad política se basa en justificaciones tradicionales de resabio carismático; no dudaremos de calificarla de no moderna y, haciendo un juicio de valor, de atrasada o aun de subdesarrollada. Si al contrario encontramos los rasgos opuestos —movilidad vertical alta, familias nucleares, hijos poco numerosos, autoridad política legalista y con pretensiones racionalistas— estaremos seguros de encontrarnos ante una sociedad moderna o desarrollada. ¿Qué es, sin embargo, la modernidad? Porque, en cierta manera, todos estos fenómenos pueden entenderse como consecuencias de la dinámica que hace que una sociedad sea moderna. La mera presencia de una compleja tecnología no parece explicarlo todo. Karl Deutsch, por ejemplo, ha intentado definir la dinámica del cambio social que caracteriza y está en la base de toda modernidad a través de su noción de la movilización social. (La palabra movilización puede ser aquí algo desafortunada, por lo equívoca, pues muchas sociedades antiguas han movilizado hombres y recursos en gran escala, pero la noción que denota parece útil). La movilización social sería el proceso según el cual los ligamentos de los individuos con las instituciones culturales, económicas, políticas y primarias preexistentes son erosionadas y rotas, de modo que éstos vienen a estar libres o disponibles para nuevas formas de conducta o

socialización. La movilización así entendida es un fenómeno que denota modernidad, porque las instituciones de la sociedad moderna muestran una tendencia —y sólo una tendencia— hacia el reclutamiento de sus individuos y recursos a nivel de la sociedad general, y no según criterios de localismo, regionalismo, o por razones étnicas, clásicas o de afinidad política. Es decir, cuenta el valor intrínseco del individuo para realizar unas tareas determinadas. No sabemos si las fases más maduras de la modernidad —el futuro próximo del mundo contemporáneo— presenciarán el incremento de la movilización social, aunque ello es bien posible, como aclararemos en seguida al mencionar el hecho de la institucionalización del cambio social en las sociedades genuinamente modernas.

Modernidad no puede identificarse con un régimen político-económico dado, aun considerando que todos los regímenes modernos se definen a sí mismos como democracias. Pero ya vimos que tal apelativo no es garantía de que el país en cuestión sea una democracia real. Hasta se da el caso de países que se autodenominan “democracias populares” (expresión tautológica, aunque ideológicamente explicable). Tampoco es posible identificar la modernidad con el sistema económico del capitalismo, si bien, históricamente, la modernización del mundo comenzó de un modo inseparable del capitalismo europeo. Por mucho que hoy comencemos a entrever la posibilidad de un sistema social de dimensiones como mínimo supranacionales, es bien cierto que existen diversas formas de modernidad, y sociedades en las que unos rasgos de la modernidad son más prominentes que otros. Ciertas estructuras de un país moderno como lo es la Unión Soviética —en especial las de su vida intelectual filosófica, artística y literaria— parecen “atrasadas” con respecto a las holandesas, francesas o inglesas. En cambio, algunos aspectos de la estructura social de otro país moderno, los Estados Unidos, presentan aspectos bastante retrógrados. Así, Alabama, Mississippi, Arkansas son parte de una zona de la sociedad norteamericana donde existe una ideología racista que es una verdadera reliquia de la sociedad esclavista premoderna. En consecuencia, hay sociedades modernas más dinámicas que otras, más justas —según las convicciones morales del observador— que otras. El lector decidirá si es Rusia o China, o Suecia, o su propio país o cualquier otro el que más se aproxima al modelo que ahora trazaremos. El siguiente paradigma

de sociedad moderna no constituye, además, un acto de aprobación o de desaprobación de los fenómenos descritos: intenta tan sólo una constatación esquemática de los hechos.

Los rasgos de la sociedad moderna. Dícese que una sociedad es moderna cuando su estructura y cultura reúnen los siguientes rasgos en un todo de elementos interdependientes:

a. Presencia del centro en la periferia. El espacio social tiene, en las sociedades modernas, el grado más bajo de correlación con el espacio geográfico. En una sociedad tradicional los diversos centros —políticos, religiosos, culturales y económicos— influyen de un modo heterogéneo sobre las diferentes zonas sociales. Una región físicamente remota es un lugar socialmente remoto. La innovación tecnológica en estas sociedades se produce en un punto —generalmente urbano— y se distribuye —o no— sobre el ámbito rural con lentitud y escasez. La administración de justicia, la reforma religiosa, la decisión política, llegan mal o llegan transformadas a las zonas periféricas. Y viceversa, un movimiento social de origen remoto llega lento y leve a los centros.

En cambio, como señala Edward Shils, la sociedad moderna es una sociedad donde la presencia del centro en la periferia es un hecho estructural inmediato. Y la presencia de las zonas periféricas en el centro también es inmediata. No se trata tan sólo de un nuevo modo de control social, sino de un hecho de comunicación, que resulta del alto grado de conciencia que tienen los individuos, grupos y colectividades de su pertenencia al sistema social total. El contacto directo del centro con la periferia —y la paradójica descentralización que produce la extrema centralización en muchos casos— pueden entenderse si se tienen en cuenta los demás rasgos de la sociedad moderna.

b. Racionalización, desarrollo material, interdependencia económica. La racionalización es la aplicación de los principios racionales de la ciencia a la acción. (Obsérvese que decimos “principios”, no “resultados”). Pero la racionalización es diferente de la ciencia, porque no intenta investigar, sino solucionar eficientemente problemas prácticos: es el uso sistemático de la técnica. Racionalización es el tratamiento técnico de los problemas. En la sociedad moderna no se tratan todos los problemas ni racional ni técnicamente. Además, y esto es importante, la racionalización o tratamiento técnico de los proble-

mas ha sido compatible con el irracionalismo, cuya fuerza se ha visto potenciada por vastos recursos tecnológicos puestos a su alcance en ciertas aciagas circunstancias. El terror stalinista, las cámaras de gas de la Alemania nazi y el uso de las armas atómicas por el gobierno de Truman son tres ejemplos notorios.

En la división del trabajo y en la producción de bienes (de consumo, bélicos, culturales y de toda clase) es sociedad moderna la que alcanza un elevadísimo grado de producción per cápita a través de la racionalización colectiva de la técnica y ha llegado a un grado de extrema madurez en el momento, posterior a la Segunda Guerra Mundial, en que la progresiva división del trabajo ha comenzado a ser asimilada por la automatización y cibernización de los sistemas productivos. En un sentido estricto las sociedades modernizadas son aquellas en las que existe el mayor desarrollo material de bienes y energías con un mínimo de esfuerzo físico humano. En estas sociedades la estructura económica se parece cada vez más a una red de interdependencias que a un sistema radial; a su vez, las sociedades se entrelazan entre sí en un sistema internacional que tampoco posee un centro decisorio único. La preocupación por el control y el equilibrio de los mercados modifica seriamente la dinámica de la competencia económica tradicional. (En los países socialistas, mutatis mutandis, ya se producen procesos paralelos de descentralización de la economía).

c. La preeminencia de los grupos secundarios. Las relaciones primordiales para el ser humano continúan desarrollándose en el marco de las comunidades. Muchas de éstas han sido, sin embargo, minadas y sometidas a grandes presiones bajo el peso de recientes o presentes procesos de industrialización en gran escala. En muchos casos el individuo desenraizado ha buscado ligámenes pseudocomunitarios en algunos movimientos ideológicos o políticos que no han hecho sino aumentar su desarraigo y alienación. A pesar de ello no hay prueba alguna de que las comunidades desaparezcan. La llamada "crisis de la familia" es cierta si con tal término no indicamos su desaparición, sino su transformación y la pérdida de su prominencia en ciertos procesos decisorios, de socialización y económicos. Y es que la trama de la sociedad moderna reposa grandemente sobre las asociaciones. Esto implicó, en las primeras fases de la modernización, unas ideologías individualistas, que fomentaban la movilización

ción social tal como ha sido definida, poniendo a individuos a disposición de instituciones económicas, organizaciones mercantiles, partidos políticos, gobiernos, ejércitos. Todos ellos son asociaciones que, en la sociedad moderna, tienden a desentenderse de la etnia, tribu, comunidad local y demás grupos primarios. El desarrollo del nuevo individuo destribalizado —el hombre moderno— ha tenido muchas consecuencias para la cualidad misma de la vida, y entre ellas no ha sido la menor la nueva concepción del rol y status de la mujer, su posición social. La mujer moderna se equipara legalmente al hombre y su status se acerca al suyo en la práctica precisamente porque los grupos primarios han dejado de ser unidades estructurales básicas en muchos casos. Otra consecuencia de la destribalización ha sido la aparición de una concepción individual de la libertad humana lo que no es lo mismo que individualista. En relación con este punto es notable la importancia que para la movilidad social ascendente tiene el logro o mérito individual. En la sociedad moderna es frecuente el status conseguido en contraste con el status adscrito o heredado, tan común en las sociedades tradicionales, aunque sin exclusión de este último.

d. La transmisión cultural anónima y por medio técnico. Sociedad moderna es aquella que posee medios técnicos masivos de comunicación: prensa, radio, televisión, cine, telégrafo, teléfono, fonógrafo, telstar. En las sociedades tradicionales las transmisiones culturales se realizan por medio del esfuerzo humano personalizado. Las modernas, que no desconocen ese medio, utilizan también en gran escala la técnica en la comunicación. En virtud de este hecho ha podido tener lugar la fusión entre centro y periferia que hemos mentado, así como el aumento de la interdependencia de los diversos subsistemas culturales. Tanto las decisiones políticas como su conocimiento público, los contenidos culturales recreativos y la publicidad y la propaganda ideológica llegan instantáneamente al vasto público que es una sociedad moderna. Esto la caracteriza y separa de todas las anteriores.

Los medios de comunicación de masas, empero, poseen peculiares efectos sobre su receptor. En primer lugar, a menudo el contenido mismo cultural tiene menos importancia que el medio que lo comunica. El contenido cultural transmitido nunca deja de tener importancia, pero los nuevos medios de comunicación implican una nueva inversión del tiempo, un nuevo concepto del ocio, un nuevo sentido de la perspectiva; o sea, la introducción de nuevos elementos de

percepción y sensibilidad. Aunque conocemos ya las disfunciones de la propaganda ideológica, política o comercial, que presenta una imagen decididamente tergiversada de la realidad, es prematuro declarar cuáles serán los efectos del nuevo modo de comunicación sobre las coincidencias. En este sentido, no obstante, la investigación sociológica no cesa de producir interesantes resultados. Esto nos conduce a mencionar la cuestión de los valores de la sociedad moderna.

e. Mundanidad, hedonismo, humanismo secular. La mente moderna surgió como un movimiento hacia la consideración de la naturaleza en sus propios términos. Con ella el hombre reconoce y asume su naturaleza estrictamente terrena. Ello le había de conducir a la elaboración de un humanismo secular y a una valoración de un mundo que ya no consideraba como un mero lugar pasajero, o incómodo valle de lágrimas. Pero esta misma actitud ha acarreado el hedonismo de hoy: las sociedades plenamente modernizadas son declaradamente hedonistas, en el sentido corriente de la palabra, no en su significado refinado y filosófico. El hedonismo moderno es, además, de un tipo sui géneris porque responsabiliza a unas instituciones impersonales de la satisfacción del bienestar colectivo. Es así como ha surgido el estado benefactor, con su sistema impositivo progresivo, sus servicios de sanidad y transporte y un gobierno que se hace responsable de la marcha de la economía y de la "felicidad" de los ciudadanos.

El proceso de secularización de las mentes occidentales que ha hecho esto posible no ha sido más que relativo, pero de suficiente intensidad. En muchos casos, el secularismo ha excluido la visión mágica y sobrenatural del mundo, pero en otras se ha hecho compatible con ella: la persistencia de la religión en el seno de la sociedad moderna es prueba de ello, si bien la religión contemporánea tiene que coexistir con muchas zonas sociales por ella intocadas. Además, el fanatismo político e ideológico de todo tipo, es en rigor, incompatible con la mente secular y racional; y, sin embargo, no están ausentes del mundo moderno. Dado que en el hombre moderno, como en el de siempre, conviven diversos niveles racionales e irracionales de conciencia, nada tiene de particular que afirmemos que el mundo moderno es a la vez altamente racional —nunca la ciencia había encontrado mejor sociedad para medrar— y peligrosamente irracional.

El humanismo secular moderno no ha aceptado el hedonismo a que nos referíamos, y se esfuerza por superarlo. El mundo-moderno es también un mundo que alberga una gran actividad filosófica y crítica. Culturalmente —cuando no hay totalitarismo ideológico— la sociedad moderna es pluralista. Por ello en realidad habría que hablar de una pluralidad de humanismos, lo cual está más en consonancia con la naturaleza de la cultura occidental y con sus vivas tradiciones. La sociología misma intenta una comprensión humanística de la condición humana; por eso es una base necesaria para el humanismo de nuestro tiempo. Concebida ella misma como comprensión coherente de nuestra naturaleza, y no limitada a las estrecheces pseudocientíficas del ultraempirismo, es decir, concebida con cierta altura, la sociología es un humanismo.

f. Potenciación del poder destructivo. El humanismo contemporáneo intenta resolver precisamente la contradicción que hay entre los vastos esfuerzos de las organizaciones estatales y privadas para crear bienestar y seguridad y sus políticas bélicas, expansionistas o represivas. El estado benefactor es también un estado destructor, y no solamente en potencia. Tal contradicción plantea un problema enormemente complejo en el que las ideologías se mezclan con consideraciones geopolíticas hipotéticamente superadas. De hecho, se trata de un desfase cultural (cultural lag) que afecta a los hombres de gobierno y a sus instituciones: el cambio social, y no digamos el técnico, son demasiado rápidos para las mentes del hombre medio, socializadas según módulos valorativos inútiles y concepciones inadecuadas. El resultado, en términos de sufrimiento humano, es incalculable. La expansión del capitalismo maduro, sin frenos contra sus desafueros, es un factor más de los que contribuyen a agravar tal situación. Por otra parte, algunas sociedades tradicionales han modernizado su estructura, pero sólo para adoptar formas totalitarias, acompañadas de un culto frenético a un jefe político, como ocurre en la Corea de Kim il Sung o en la China de Mao. En esas sociedades los conflictos se resuelven mediante choques violentos entre facciones o bien se eliminan totalmente mediante la rigidez totalitaria. La guerra, los imperialismos, los odios raciales y otros antiguos males no han sabido ser resueltos por hombres cuyos conocimientos son aparentemente muy superiores a los de sus antepasados. Sin embargo, la sociedad moderna es también aquella en la que

el ideal de paz y convivencia civil parece más extendido, o por lo menos, donde con mayor frecuencia se proclama. Esta es una de sus más interesantes contradicciones.

g. Institucionalización del cambio social. En las sociedades no modernas una innovación técnica puede producir cambios decisivos. Así ocurrió durante las primeras fases del proceso de modernización, y aún ocurre. Mas una sociedad verdaderamente moderna es aquella que ha institucionalizado el cambio social, a la par que lo fomenta. El grado de prominencia de la universidad y de los centros investigadores en la misma estrategia del poder público da una medida de modernidad de un país. Y es que éstas son instituciones para el cambio; no en vano son oprimidas o neutralizadas por las sociedades totalitarias o reaccionarias. Hoy, cada vez más, el cambio social tiene su origen remoto en lo que ocurre en el laboratorio —lo cual no significa que la ciencia sea el verdadero origen de todo cambio, visión tan popular como errónea. Y en la constelación de valores del mundo de hoy la aspiración a la modernidad es el deseo más descollante. Por eso los hombres procuran “canalizar” unas fuerzas sociales que precisamente rompen moldes y canales inveterados de conducta. En consecuencia, y como se acaba de afirmar más arriba, el modelo cibernético —en el que la innovación es parte del sistema— refleja a veces con elocuencia ciertos aspectos de la estructura y procesos básicos de la sociedad moderna.

h. La transformación de las estructuras sociales. Bajo la presión de todas estas fuerzas —y aun de otras apenas mencionadas, como la de la expansión demográfica— la sociedad moderna es presa de profundas transformaciones estructurales. Tomemos como ejemplo el de su estratificación social.

Por lo menos en las sociedades occidentales se ha podido constatar un cambio muy serio en la naturaleza y en el volumen de las viejas clases sociales. Con el impacto de la industrialización, el éxodo rural se ha acelerado y las clases rurales, altas y bajas, han decrecido por doquier. Una gran parte de esta población ha adquirido un nuevo status, así como las características de los estratos rurales de una sociedad fundamentalmente no rural. Por otra parte, en los países más desarrollados económicamente las clases obreras no han continuado creciendo en volumen, pues el notable aumento del sector de los servicios ha absorbido una gran parte de la población activa. Por otro lado, las clases obreras han experimentado otras transformacio-

nes, fundamentalmente su mayor diferenciación interna en estratos profesionales. Los problemas, las actitudes y las mentalidades de los obreros especializados y las de los no especializados tienden a hacerse divergentes en muchos casos. La movilidad ascendente de los obreros especializados ha creado una "aristocracia obrera", pero no, como algunos creen, un proletariado aburguesado. Las migraciones y los fenómenos de participación de los trabajadores en la empresa (privada o pública) han venido a hacer más complejo el universo de estas clases. La diferenciación interna es aún más acentuada en las clases medias, cuya ética pequeñoburguesa, típica del siglo XIX, tiende a debilitarse en ciertos sectores importantes, al tiempo que se desarrolla una nueva mentalidad relacionada con las nuevas perspectivas ocupacionales y profesionales de la sociedad industrial de alta tecnología. Los mismos rasgos económicos, educativos y científicos de esa sociedad han permitido a los tecnócratas su acceso a las élites políticas y burguesas tradicionales. En todo este proceso, el logro educativo se ha convertido en un criterio de movilidad ascendente sumamente importante.

En general, la estratificación ocupacional ha venido a ser decisiva para la estructuración interna de las sociedades modernas. Una de las consecuencias de ello es que el estatus profesional y las clases sociales han perdido en parte el grado de congruencia mutua que las caracterizaba; el poder mismo de cada individuo o grupo ya no depende siempre y exclusivamente de la clase social a la que pertenece. Así, los dirigentes sindicales y sus organizaciones —sin perder su carácter obrero— pueden ejercer un poder considerable en la economía y la política de un país, cosa que no era cierta durante las primeras etapas de la sociedad industrial. Por ello es posible afirmar que hay un notable grado de incongruencia entre las diversas dimensiones de la estratificación social moderna: la clase, el status y el poder.

En los países socialistas las transformaciones han podido ser de un signo diferente, pero es posible trazar algunos paralelismos con los occidentales neocapitalistas en algunos campos limitados, sobre todo cuando se trata de criterios de reclutamiento para puestos dirigentes en la industria, la ciencia y la administración. No obstante sus estructuras (y sus criterios de privilegios, status y poder) no convergen de un modo lineal simple con las de las sociedades neocapitalistas.

Las nuevas clases sociales surgen en un mundo estrictamente rico y aparentemente próspero, el cual está, no obstante, amenazado por las grandes tendencias que han podido ser apuntadas más arriba. Nuevos conflictos de clase, nuevas formas de explotación y manipulación de la mayoría por minorías poderosas y las alienaciones producidas por las nuevas tensiones psicológicas de la sociedad moderna acechan al hombre de hoy y excluyen toda posibilidad de que mire su mundo complaciéndose en él.

Las contradicciones del mundo contemporáneo. El paradigma de la sociedad moderna que he trazado en escorzo hasta aquí no presenta la imagen risueña de una humanidad que camina en una dirección sencillamente progresiva, ni tampoco indica que se avecine cataclismo alguno. En lo que antecede he intentado, sencillamente, mostrar del modo más explícito posible la dualidad constante y universal que presentan los procesos de modernización. Prácticamente todos ellos las poseen. La aplicación de los hallazgos científicos conduce a la vez al bienestar y a la destrucción. La generalización de la sanidad y la higiene, por ejemplo, cuando no ha ido acompañada de nuevos patrones de tamaño familiar ha producido explosiones de población de tal envergadura que se ha comenzado a poner en peligro el futuro de nuestra raza a causa de la destrucción del hábitat. Por otro lado la erosión y destrucción de la naturaleza no es sólo un peligro, sino un hecho ya de proporciones gravísimas que requiere una acción inmediata y eficaz, que tarda en materializarse. El lugar de la sociología frente a estos resultados negativos de las contradicciones inherentes a los procesos de modernización debe ser fundamentalmente el de esclarecimiento, el de puesta en evidencia y el de exigir al poder una actuación adecuada. No puede ser, en ningún caso, el de pretender erigirse ella misma en rectora de la situación, como no debe hacerlo la economía, la ecología o cualquier otra disciplina —la tecnocracia debe ser rechazada y criticada sistemáticamente— pero debe estar presente en el debate público e intensificarlo, aguijoneando a los espíritus irresponsables y a quienes detentan la autoridad de cada lugar.

La tarea, empero, es inmensa, y las posibilidades de que al final triunfe la razón no son totalmente seguras. La hegemonía del mundo occidentalizado —Europa, el Japón, la Unión Soviética, los Estados Unidos, junto a varios otros países— sobre el resto de la humanidad ha creado ciertos modos de dependencia imperialista de unos pueblos de otros, que dista de ser simple. Su complejidad ni dimana solamente del hecho de que la explotación económica ya no va ligada a la

mera posesión de territorios coloniales, sino al confusionismo ideológico que imponen las potencias respectivas y al hecho de que el mundo no consiste en un bando simple de explotadores y otro de explotados. Toda visión maniquea es falsa. Naturalmente, ciertos grupos ideológicos insistirán en que el capitalismo, los EE.UU., la CIA y quienes les obedecen son culpables de todo, mientras que otros grupos acusarán de todos nuestros males a la Unión Soviética, la NKVD y al comunismo. Este maniqueísmo que ve al mundo en blanco y negro es inadmisibles en ciencia social, ni en su forma vulgar ni en su forma más sutil, tal como aparece en la obra de un buen número de críticos. Lo primero que descubre la sociología es la complejidad moral del universo social, la falsedad de todo esquema en blanco y negro. Los europeos practicaron el comercio de esclavos en Africa con ayuda de cazadores de hombres que eran africanos; la dependencia de los países hispanoamericanos del capitalismo norteamericano se hace con la cooperación eficaz de burguesías locales o grupos militares también locales ligados a él; la persecución de intelectuales en la Unión Soviética se hace con la connivencia de partidos que en otros países proclaman la libertad intelectual. Pero la complejidad moral no es la única. Estructuralmente, el mundo está dividido en zonas con ritmos diferentes y direcciones opuestas que no encajan tampoco con lo que el más elemental análisis económico o sociológico nos enseña. Por ejemplo, aún se habla de un fantasmagórico Tercer Mundo que parece cubrir todos los países que caen fuera de la órbita capitalista, por un lado, y de la comunista, por otro, es decir, los países atrasados (palabra enormemente veladora de lo que podríamos llamar el "complejo de modernidad") o, como se les llama hipócritamente, subdesarrollados. Pues bien, el Tercer Mundo no existe, como la crisis energética de 1974 ha demostrado a todas luces. Los países poseedores de petróleo u otras materias primas o fuentes de energía poseen una riqueza y un poder político enorme comparados con los que no las tienen, es decir, pertenecen a todo un otro nivel de posibilidades de desarrollo y de participación en ese proceso de modernización en el que todos parecemos estar empeñados.

A modo de conclusión

Estas últimas constataciones sobre la naturaleza de la sociedad moderna y sobre sus intrincados rasgos y contradicciones nos hacen ver que la sociología dista mucho de ser una ciencia cómoda. Su desmitificación sistemática del mundo significa que en su relación con el poder y la ideología, la explicación fácil y simplificada no

puede ser más que tensa y ardua. No obstante, la lucha de la sociología por la desmitificación del mundo no es una lucha para hacerlo más árido, sino para liberarlo de sus ensueños dogmáticos en un universo que cada vez puede permitirse menos el lujo de conducta irracional. Nuestros recursos son escasos, nuestra tecnología peligrosa, nuestros imperios demasiado poderosos y nuestra economía incide sobre toda la comunidad de los hombres. En medio de las contradicciones y problemas que nos acucian (a veces sin que los veamos, sobre todo cuando vivimos rodeados de una aparente prosperidad y de una civilización hecha de banalidades culturales) se hace necesario que florezca una disciplina que, como la sociología, cifra toda su esperanza en la racionalidad de quienes entran en contacto con su modo de ver las cosas. La sociología cree que el conocimiento de nosotros mismos, como comunidad de seres racionales, es posible, y que ese conocimiento es, a su vez, conducente a un modo más decente de vida. Por estas razones la sociología tiene un lugar eficaz en la tarea común de hacer más humana la marcha de esa sociedad. Su análisis y diagnóstico de los problemas y de las situaciones sociales característicos de nuestro mundo ha venido a hacerse indispensable para su comprensión racional y humanística. La sociología no ofrece, en general, fórmulas ni recetas para resolverlos, pues su naturaleza es profundamente inquisitiva y sus fines inmediatos no son utilitarios, sino científicos. Pero la generalidad del enfoque científico y filosófico es necesaria para que no se anquilose el ánimo ante lo rutinario o se pierda ante lo desconocido. Por eso, en el terreno cultural la sociología tiene una clara misión educativa, que ya está cumpliendo: su designio es tanto comprender la dimensión social del ser humano como poner orden en la imagen que éste tiene de su mundo, de sí mismo y de sus prójimos; un orden ágil y creador, es decir, significativo. Este afán, la sociología y muchas otras empresas espirituales del hombre moderno también lo han hecho suyo. Mas, en contraste con otras actividades, la sociología es muy especialmente a la vez fruto y síntoma del mundo moderno, con el cual ha nacido. Ella misma es uno de los caminos fundamentales mediante los que el hombre contemporáneo alcanza conciencia de sí mismo. Su crítica y su comprensión del universo humano son una aserción de nuestro albedrío. Porque su práctica es también la práctica de la libertad.

BREVE SINTESIS HISTORICA DE LOS CAMBIOS SOCIALES EN LA SOCIEDAD MODERNA

Judith Astelarra*

Hasta fines del siglo XVIII, la agricultura había sido la principal "industria" inglesa, y la capacidad de exportación de cereales por Inglaterra ayudó en mucho a la acumulación capitalista en el umbral de la industrialización. En 1825 se autorizó por vez primera la exportación de maquinaria inglesa; esto es, se inició el proceso de exportación de fuerzas productivas además de los productos propiamente dichos. Importando alimentos baratos de ultramar para poder contener en límites bajos los costos de reproducción y de su fuerza de trabajo industrial, y exportando manufacturas y maquinarias, Gran Bretaña mantuvo hasta el decenio de 1880 a 1890 su posición hegemónica mundial. A fines de siglo Alemania y los Estados Unidos la habían igualado o la desplazaban en algunos productos industriales; pero el empeoramiento de la balanza comercial británica quedaba más que compensado por el balance de pagos en otros ítems menos materiales, indicadores de una mutación económica en el poder hegemónico, un proceso relativamente lento en la última parte del siglo XIX y mucho más acelerado desde la Segunda Guerra Mundial.

Estos ítems no industriales comprenden: (a) Dividendos e intereses de capital invertido en el exterior, (b) Fletes y servicios marítimos, (c) Beneficios de compañías aseguradoras en el exterior, (d) Servicios financieros, (e) Venta o cesión onerosa de tecnología.

La propia estructura de clases interna del país hegemónico se modifica: deja de incrementarse en términos absolutos el proletariado industrial y se desarrollan las profesiones comerciales y financieras, los empleos no manuales, las nuevas clases medias asalariadas.

Para asegurar el trabajo de esta población no proletaria, no es suficiente el mercado interior; es preciso crear o extender los mercados exteriores. En el espacio de medio siglo (segunda mitad del XIX) Gran Bretaña pasa de la exportación de tejidos de algodón y otros productos manufacturados con fuertes insumos de trabajo y destinados al consumo de las colonias y de los países no coloniales aún no industrializados, a exportaciones más intensivas en capital (la exportación de ferrocarriles y de barcos), a la de maquinaria y tecnología y a la de capital en su forma de dinero (bien sea suscribiendo empréstitos públicos de los países no industrializados, bien concediendo

* *Nuestra sociedad*. pp. 497-500.

créditos, bien por inversión directa para el desarrollo de vías de comunicación, transportes urbanos, fábricas de gas y electricidad, etc.).

Al mismo tiempo se estructura una economía atlántica con tres centros de poder: Estados Unidos, Gran Bretaña y el Reich Alemán. Desde 1870 el trigo de los Estados Unidos empieza a llegar a Europa a precios baratos y en gran cantidad y concluye la posición privilegiada que en decenios anteriores había tenido Rusia como granero de la Europa occidental. En el decenio 1880-1890 la técnica de los barcos refrigerados (y más tarde la del frigorífico) permite la importación de carne de Australia y Argentina. La financiación de la apertura de otros espacios económicos en ultramar y la creación de economías agroexportadoras dependientes, tiene como principal función la de contener dentro de ciertos límites el crecimiento de los salarios en los países industrializados. La movilidad de los factores (capital y trabajo: exportación de capitales y grandes migraciones intercontinentales) contribuye a la igualación de tasas de ganancia entre ramas del sistema productivo y entre países.

El incremento de las fuerzas productivas es más intenso que el desarrollo y profundización de los mercados. En Inglaterra, J. A. Hobson y otros autores señalan la necesidad de una redistribución de la riqueza y de salarios más altos, y denuncian el imperialismo colonial y la exportación de capitales. En Alemania, Hilferding analiza los fenómenos de concentración de empresas (cárceles y monopolios) y de creación de un capital financiero por fusión de capitales industriales y bancarios (temas que, con el de exportación de capitales, serán tratados de manera sistemática por Lenin en *El Imperialismo, estadio supremo del capitalismo*, 1915).

En este período de máxima rivalidad entre Estados capitalistas, de aparente disminución de las oportunidades de inversión, saqueo de las colonias, carrera armamentista, iniciación de organizaciones empresariales transnacionales, cada Estado-nación imperialista se constituye en solidario de todos sus productores nacionales y de sus colonizadores en ultramar. El crecimiento de un poder externo (tanto económico como militar) es visto como una amenaza al poder propio. Cuando llega la gran crisis en términos militares, las aristocracias militares y las burguesías industriales y terratenientes de los países dominantes, se polarizan en dos bandos y luchan por el reparto final capitalista del mundo, obteniendo que la guerra la hagan los respectivos proletariados, enajenados por la ideología nacionalista.

Dos países salieron particularmente (y podría decirse que únicamente) vencedores en la Primera Guerra Mundial: los Estados Uni-

dos y el Japón, para los cuales la guerra fue un gran negocio. En ambos se dio entre 1919 y 1929 una cierta mutación industrial con efectos sobre la división internacional del trabajo y sobre el sistema mundial.

La crisis de 1929-34 permitió la industrialización de países que hasta entonces habían sido agroexportadores, y la Segunda Guerra Mundial estimuló este proceso (industrializado por substitución de importaciones). Aparecieron más definidos los vínculos de asociación y las relaciones de oposición entre burguesías industrializadas y nuevos proletariados. La división internacional del trabajo se hizo más compleja. Como había visto Hilferding ya antes de la Primera Guerra Mundial, se pasa de exportar mercancías a exportar la producción de mercancías.

La Segunda Guerra Mundial fue de nuevo un gran negocio para los Estados Unidos, donde el desarrollo de las fuerzas productivas puso a su sistema económico en el umbral de otra mutación. En tanto que las clases medias de los países hegemónicos europeos se polarizaban en dos bandos y reemprendían la guerra imperialista por el reparto del mundo que veinte años antes habían librado las aristocracias militares y burguesas, en los Estados Unidos se ponían en práctica nuevos sistemas de producción, asociación de poder público y poder privado, creación de la función del Estado como gran consumidor, y se ponía fin a la crisis agrícola de los años 30 y al endeudamiento de los propietarios agrarios. La población trabajadora industrial alcanzaba su máximo histórico.

La reconstrucción material de Europa, las políticas keynesianas de altos salarios, políticas anticíclicas, desarrollo de una agricultura capitalista de alta productividad en los propios países centrales (Francia, Inglaterra, Estados Unidos), y la persecución de la industrialización por substitución de importaciones en algunos países dependientes, constituyen los rasgos mayores del período 1945-1961, en el cual hubo, más que una expansión mundial del capitalismo, una profundización o densificación de éste en los centros preexistentes.

A partir de 1967-1968 se hace obvio que el sistema capitalista se encamina hacia una transformación, la cual es generada, por una parte, porque el desarrollo cuantitativo alcanza niveles que no se pueden extrapolar sin riesgo de todo el sistema mundial de recursos, y por otra parte, por la constante disminución del poder de decisión estatal y su penetración o substitución por los poderes de las grandes concentraciones empresariales, nacionales y multinacionales. Estas proceden a una relocalización de actividades industriales, que abarca a todo el planeta. La movilidad física gracias a la capacidad de las

redes mundiales de transporte y la disminución de tamaño de componentes industriales por la innovación tecnológica, permiten una división del trabajo por ramas o intrarramas, que se superpone a la división por países. Los centros hegemónicos se reservan cada vez más las producciones de alta tecnología y con menor insumo cuantitativo de trabajo, y trasladan al Tercer Mundo, a los países semi-industrializados, la producción de industrias que han quedado obsoletas en los centros o la de elementos aislados que son luego integrados en alguno de los países dominantes.

La crisis del petróleo (1974) pone fin a un modelo de crecimiento industrial en Europa basado en la importación de mano de obra, y el desarrollo económico pasa a descansar sobre el sector servicios y las ramas de alta tecnología. Las burguesías de los países hegemónicos establecen entre sí una cierta solidaridad en varias dimensiones: solidaridad económica en las políticas anticíclicas, solidaridad política o de clase frente al mundo socialista y a sus propios proletariados. En los países dependientes las burguesías industrializadoras o nacionales del período de industrialización por substitución de importaciones, devienen cada vez más burguesías asociadas a los centros del imperialismo económico.

Estamos ante una nueva fase de expansión mundial de capitalismo, con la extensión de la industrialización a países del Tercer Mundo y la formación de nuevos proletariados. Europa se desproletariza. Un infra-proletariado no nacional y huérfano de derechos sociales y políticos se crea en Estados Unidos y permanece en Europa como un importante residuo del período de crecimiento cuantitativo anterior a 1974. El modelo de desarrollo capitalista en los países hegemónicos favorece en particular a las clases medias de un cierto nivel de educación, ocupantes de empleos en el sector terciario: servicios financieros, administrativos, instituciones y organizaciones de investigación científica y técnica. La nueva industrialización en los centros urbanos del Tercer Mundo (y más específicamente en los países con fuentes propias de energía, Nigeria, México, Venezuela, Brasil, etc.) da trabajo a sectores crecientes de estas clases medias de los países hegemónicos.

Unas pocas formaciones sociales (Estados Unidos, Japón, Suiza, República Federal Alemana, Suecia) se distancian cada vez más, por su organización social y tecnológica, del resto de la humanidad, en tanto que en el Tercer Mundo se agravan los problemas causados por una rápida transformación social, el incremento de la urbanización (la población urbana se dobla cada 12 años) y la destrucción de las comunidades preindustriales.

CUESTIONARIO DE AUTOEVALUACION

Ejercicio 1

Ponga en el espacio en blanco el concepto que corresponde.
Desarrollo. Cambio Social. Modernización. Evolución. Progreso.

a. _____ : conjunto de transformaciones que conoce una sociedad durante un largo período de tiempo.

b. _____ : mejora de la vida humana, tanto colectiva como individual.

c. _____ : toda transformación observable en el tiempo, que afecta de una manera no efímera ni provisional a la estructura o al funcionamiento de la organización de una colectividad dada.

d. _____ : totalidad de las acciones emprendidas para orientar a una sociedad hacia la consecución de un conjunto ordenado de condiciones de vida colectivas e individuales, que se estiman deseables con respecto a determinados valores.

Ejercicio 2

¿En qué se diferencia fundamentalmente el cambio social de la evolución?

Ejercicio 3

Se presentan a continuación varios supuestos de dos teorías básicas de la sociología actual: la marxista y la funcionalista.

Indique con una "M" la proposición que consideres marxista y con una "F" la funcionalista.

a. _____ Relaciona la teoría y la práctica. La práctica es el elemento principal, pero no debe aislarse de la teoría.

b. _____ Para estudiar una cosa hay que abarcar y estudiar todos sus aspectos, mediaciones o vínculos.

c. _____ Se concentran en el estudio de las distintas instituciones. Evita el estudio global de las sociedades.

d. _____ Explica los cambios sociales como consecuencia de las contradicciones internas.

e. El hombre es producto de características intrínsecas y de la cultura.

f. La división en estratos de la sociedad, es necesario para su desarrollo.

g. Explica las instituciones a través del estudio de la sociedad, las partes a través del todo.

h. Tiende a analizar los fenómenos de manera estática y aislados del conjunto de la sociedad.

i. En los análisis empíricos con mucha frecuencia se prescinde de las abstracciones teóricas.

j. Las sociedades solamente tienen un cambio fundamental, que es el cambio que va de la pérdida del equilibrio a su recuperación.

Ejercicio 4

¿Qué oposición fundamental existe entre estas dos teorías de explicación de la sociedad?

Ejercicio 5

¿Cuál es el factor determinante de los cambios sociales según la teoría marxista?

Ejercicio 7

¿Qué papel juegan los movimientos sociales de una sociedad?

RESPUESTAS

- Evolución
 - Progreso
 - Cambio social
 - Desarrollo
 - Modernización

2. Cuando nos referimos a evolución se trata de transformaciones sociales que van más allá del tiempo que puede percibir a largo plazo, tienen tendencias seculares. Sin embargo, el cambio social es un cambio de estructura que se puede percibir a corto plazo en el tiempo que dura la vida de un ser humano; puede ocurrir más de un cambio social en una o varias sociedades determinadas.

- | | | | | | | | |
|----|---|----|---|----|---|----|---|
| a. | M | d. | M | g. | M | j. | F |
| b. | M | e. | F | h. | F | | |
| c. | F | f. | F | i. | F | | |

4. Los funcionalistas interpretan la sociedad como un conjunto de sistemas particulares con una unidad funcional que tiende al equilibrio interno. Las partes operan armoniosamente y los cambios que se producen son analizados como modificaciones dentro de la estructura fundamental de la sociedad. Se concentra en el estudio del funcionamiento de las distintas partes que conforman la sociedad.

En cambio, el marxismo interpreta las sociedades como derrumbables, en las cuales existen contradicciones; explica las partes en relación con el todo, estudia todos los aspectos, mediaciones y vínculos de los fenómenos, concentrándose en el origen de estos.

Relaciona la teoría y la práctica en la investigación.

5. Para la teoría marxista, el factor determinante de los cambios sociales es la infraestructura económica; según dicha teoría "el modo de producción de la vida material condiciona la vida social, política e intelectual".

Al cambiar el modo de producción, cambian todas las relaciones sociales.

Los hombres establecen relaciones sociales en consonancia con su producción material, y por lo tanto producen también los principios, las ideas, las categorías, en consonancia con sus relaciones sociales.

7. Un movimiento social se distingue de una institución en que esta última es una organización permanente de una cultura más estable que un movimiento social, estos son altamente dinámicos.

Las instituciones detectan un status institucional, o sea que la mayoría de los integrantes de una sociedad las considera como aspectos valiosos de la cultura y además se presentan a nosotros como obligatorios.

Un movimiento social carece de status internacional, por lo general, cuando grandes sectores de la sociedad lo contemplan con indiferencia u hostilidad. Y sobre todo no nos es impuesto: uno forma parte de un movimiento social porque lo desea. Por el contrario, uno soporta las instituciones sociales como imposiciones desde que uno nace.

Un movimiento social se distingue de un grupo de presión en la medida en que la mayoría de los grupos de presión simplemente desean que ciertas normas o ciertas medidas sean en beneficio de sus intereses.

Pero los movimientos sociales, aunque una de sus funciones sea la de presionar para conseguir su objetivo, están interesados primordialmente en la promoción de cambios de las normas o valores sociales, de las estructuras en general, así como en la oposición de dichos cambios.

8. Los movimientos sociales son agentes activos de mediación entre las personas. Dan a conocer a sus miembros y a otras personas las estructuras y realidades sociales.

Tienden a crear una conciencia colectiva clara y combativa en la sociedad; son importantes para el desarrollo histórico de una sociedad.

Presionan sobre las élites del poder con campañas publicitarias, manifestaciones públicas, huelgas, etc... para promover o defender ciertas posiciones de interés social.

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de marzo del año 1989
en los Talleres Gráficos de
Editora Corripio, C. por A.
Calle A esquina Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, República Dominicana



intec